

TIEMPO DOS

LOUIS G. MILK

Tiempo dos

Louis G. Milk

Espacio, el Mundo Futuro/015

CAPÍTULO PRIMERO

Fue el 5 de Prairial de la República, Una e Indivisible, día correspondiente en nuestros calendarios al 24 de mayo de 1794, cuando alguien borró del mundo de los vivos al "*ci-devant*" Anatole Hadeau, Comisario especial de Robespierre, impidiéndole llevar a cabo su misión, y el "Moniteur" de cinco días después publicó un vibrante y enérgico artículo, debido a la bien cortada pluma de su redactor jefe Thoré.

"Unos villanos, unos traidores, unos canallas al servicio de los malditos y execrados aristócratas, cuya raza estamos borrando de nuestra gloriosa Patria, han asesinado, ¡sí, asesinado!, a uno de los mejores hombres de la Revolución, tan incorruptible como el propio Incorruptible, recto, hombre que no se apartó nunca, por nada ni por nadie, del cumplimiento de su deber y que, en ejecución de unas órdenes dictadas por el más grande de nuestros hombres, Robespierre, se dirigía a Ombreval con objeto de arrestar a los últimos supervivientes de una familia de opresores, siendo entonces atacado por unos desconocidos que le acribillaron materialmente a balazos y cuyo superior número hizo huir a la escolta que le acompañaba, no sin dejar varios cadáveres de sus compañeros en el propio campo, muertos por defender heroicamente al "*ci-devant*" Hadeau, cuyo nombre brillará con inmarcesibles fulgores..."

La verdad es que al pobre Hadeau le dirigieron unos elogios muy poco acordes con lo que en realidad había sido su vida y con los actos que en ésta realizó y que, si en realidad murió hecho una criba, no lo fue

porque quienes le mataran se ensañaran con su cuerpo, sino porque el que se lo llenó de plomo usaba una "Thompson" americana de reglamento, con la cual, y en el brevísimo espacio de tres segundos, le puso el pecho hecho una lástima.

Los hombres que murieron de su escolta lo fueron a consecuencia de dos "Mills" de mano, hábilmente lanzadas en medio del pelotón y, si no murieron todos sus componentes fue porque tanto Cass como yo nos abstuvimos de continuar haciendo fuego una vez que conseguimos rescatar a la ciudadana Clara de Lorival de los astrosos brazos de Hadeau, quien, por lo visto, creía que uno de los derechos inherentes a su elevado cargo de Comisario de la Convención era abusar de toda mujer joven y agraciada que se le pusiera a tiro.

Y ahora, ustedes se preguntarán cómo es posible que yo pueda contar unos hechos que sucedieron hace bastantes cientos de años. Cierto que, hoy día, con los adelantos científicos, se ha conseguido duplicar casi el promedio de la vida humana y que uno empieza a sentirse viejo hacia los ciento veinte años; pero, aunque yo hubiera vivido el doble no hubiera podido ser testigo presencial de parte de los hechos que durante aquellos años, llamados del Terror, ensangrentaron a la dulce Francia.

¿Que si he vivido en Shangri-La? ¡Oh! No. Nada de eso. Simplemente estuve allí y yo fui quien arrojó las dos granadas de mano que barrieron el pelotón de nacionales a las órdenes de Hadeau, y el que disparó la "Thompson" fue el G. I. Cass Barclay, anticipándose a la acción del "ci-devant" Comisario de sacar del interior de su tricolor faja un pistolón de dos cañones, cuando, furioso por haberle interrumpido el coloquio que tenía con Clara de Lorival —digamos de paso que la muchacha lo hacía a la fuerza—, quiso quitarnos de en medio por expeditivos procedimientos, como ya lo había hecho con muchos infelices con quienes no tuvo siquiera la paciencia de llevarlos a presencia de "monsieur" Sansón[1].

No obstante, creo que ustedes me agradecerían mucho contar las cosas desde el principio, ¿no? Empecemos, pues, cuando, harto de manejar mi calculadora, cuando cansado de dar datos, cifras, predicciones, estadísticas y, en fin, todas esas maravillas de que es capaz una maquinita de ésas hoy día, cuando con ganas de tomar una buena temporada el sol y el aire, tumbarme en la hierba fresca, bañarme en el primer arroyo que me saliera al paso y haraganear de lo lindo, un jueves a mediodía, recién cobrado, dije, en voz muy baja, claro está, adiós a mi oficina y, sin volver un segundo la vista, llamé al primer taxi que encontré al paso y le ordené tomar rumbo a las afueras de

Nueva York.

—¿Por qué parte salimos, caballero? — me preguntó el taxista.

Mientras encendía un pitillo, me encogí de hombros. Me era igual. Una vez estuviera en el campo, me dedicaría al "reactostop", cuando me cansara de andar. No era muy grande la cuenta que tenía en el Banco, pero iría sacando dinero de ella a medida que lo precisase, pues llevaba mi talonario en el bolsillo y era nacional, es decir, que me podían abonar lo que pidiera en cualquier sucursal de la nación. La ropa la renovaría en ruta y... bueno, ya pasaría algo. Lo que quería era dejar de ser esclavo de una máquina. Volver a ser yo, es decir, una persona y no una submáquina que era, en realidad, a lo que había llegado.

Habíamos construido una supercivilización, es cierto. No nos faltaba de nada. Todo previsto. Suprimido el dolor. Suprimidas las guerras. Alargada increíblemente la vida. Tres días y medio de trabajo en la semana y se hablaba de suprimir ese medio. Pero, ¿era ésta en realidad nuestra meta? ¿No nos convendría, en algunas ocasiones, la vuelta a lo primitivo, a tener que bastarnos con nuestras propias manos y nuestro cerebro?

Éstas eran las preguntas que yo, Chris Madison, de veintisiete años, hacía ya casi otros tantos años que me venía formulando y al fin acababa de encontrar la respuesta. ¡No más servidumbre! Recuperar mi propio ser, volver a encontrarme a mí mismo como una persona y no como un hombre atenazado por la angustia del hipermaquinismo. En una palabra, ¡vivir!

Y así, durante un mes, haraganeé; gocé; me divertí; caminé a pie en la inmensa mayoría de las ocasiones; me bañé en los frescos arroyos; dormí largas siestas en las umbrías praderas, disfrutando de placeres que creí tener vedados; comí cuando tenía apetito y no a horas marcadas de antemano; olvidé las tabletas alimenticias para conocer un nuevo placer: el de freírme un par de huevos con tocino en la tapa de hojalata de una caja, en la cual hervía el agua del café; contemplé las distantes estrellas que pendían sobre mi cabeza y en cuyo espacio no había querido penetrar, pues siempre pensé que no valía la pena la incomodidad de un largo viaje para contemplar nuevos paisajes, cuando a pocas millas de Nueva York, el Hudson los brindaba espléndidos, y al fin, una noche, me hallé repentinamente hambriento y sin un centavo en el bolsillo. No porque hubiera agotado mis pequeños ahorros, sino por imprevisor, ya que era viernes, y hasta el próximo lunes no estaría abierto el Banco.

Para colmo de males había agotado mis provisiones y tenía un apetito verdaderamente feroz. Aquellas cuatro semanas de vagabundeo al aire libre me habían sentado a las mil maravillas. Me había tostado la epidermis, había ganado seis u ocho kilos cuando menos, mi torso se había ensanchado, solamente con el simple ejercicio de respirar un aire puro, en lugar del acondicionado que, por muchas ventajas que ofreciera, no podía alcanzar en calidad al renovado por la función vegetal y mis ganas de comer volvían a ser las que tenía cuando aún gateaba en la "nursery" y mojaba las sábanas de la cuna.

Afortunadamente, a lo lejos divisé una luz y pensé que habría algunas caritativas personas que no dejarían de satisfacer mis primarios instintos, por lo que, abandonando en mi "campamento" el exiguo equipaje, me dirigí hacia allí.

La luz estaba en el fondo de un pequeño valle y se filtraba a través de un numeroso grupo de árboles que me impidió durante el día ver la casa. Descendí la suave pendiente y, aunque pronto desapareció de mi campo visual el punto de orientación, antes, por precaución, me había fijado en la Polar y así marqué mi rumbo, que concluyó cuando, bruscamente, estando a punto de romperme las narices, tropecé con un elevado muro que me cortaba el paso.

Renegué durante un minuto, porque me había olvidado de contar hasta diez. Pero al fin me di cuenta de que lo práctico no era jurar, sino el modo de hallar la entrada en la casa y, una hora después, completamente desconcertado, tenía que admitir que aquel muro era absolutamente liso, sin la menor señal de una puerta que diera acceso a su interior.

¿Cómo diablos se las apañaban los habitantes de la mansión para entrar allí? Las urgentes reclamaciones de mi estómago no me dejaron contestar la pregunta, por lo que, buscando un lugar en el que las plantas trepadoras fueran más resistentes y, después de comprobar la solidez de sus ramas, en un momento me encontré dentro de aquel recinto, en el cual reinaba el más absoluto silencio.

El suelo era herboso, pero sin ningún árbol. Éstos se hallaban en la parte exterior, pero no di mucha importancia al detalle. Lo que me interesaba era... Bueno, el caso es que pronto me encontré al pie de la ventana iluminada y, asomándome con precaución, eché una ojeada por encima del alféizar.

¡Cielos! Sí que se cuidaban bien en aquella casa. La nevera, completamente abierta, enseñaba un muestrario de alimentos de lo

más variado y tentador, alimentos naturales; nada de filetes de serrín de pino ni crema de hulla, sino hermosas tajadas de jamón cocido y botellas con espesa leche, como a mí me gustaba. La corteza del pan era dorada, crujiente, cosa que comprobé treinta segundos después, cuando, tras saltar la ventana, me senté a la mesa y empecé a devorar como un caníbal.

Diez minutos me bastaron para que mi estómago adquiriera un relieve prominente, cuando, mientras exhalaba satisfecho el humo de mi pitillo; cuando estaba considerando la conveniencia de hacerme un cubo de café para redondear la cena, sentí de repente algo frío en mi nuca, que me hizo envararme y ponerme rígido, tenso, al mismo tiempo que una voz suave, pero decidida, murmuraba en mi oído.

—Si quiere hacer una digestión pacífica de la cena, no se vuelva y levante las manos. Tendría mucho gusto en darle de baja de la nómina de los vivos.

Obedecí. Las palabras que acababa de escuchar eran harto persuasivas y, hiperbólicamente hablando, rasqué el techo con las uñas. Dejé de sentir el frío en mi nuca, y antes de que tuviera tiempo de preguntarme por la identidad de mi desconocido interlocutor, se me presentó éste a mi vista.

Calculo que tendría unos ochenta años y, contrariamente a lo que generalmente ocurría a esta edad, sus cabellos eran completamente blancos, pero su aire era decidido y no exento de cierta nobleza. Sus rasgos eran enérgicos, pero agradables, bien que sus oscuros ojos mostraran en aquellos momentos muy poca simpatía hacia mí, tan poca como la enorme pistola que apuntaba exactamente al centro de mi frente.

—Escuche —empecé a decir—. Usted se equivoca. Yo...

—¡Silencio! —me cortó bruscamente—. No me dé falsas excusas. Ya sé quién y por qué le ha enviado. Stanislas Caddo, ¿verdad? ¡Dígamelo! —rugió de repente, agitando ominosamente el pistolón, que se me antojaba en aquellos momentos una pieza de 380.

—¿Stanislas Caddo? —me encogí de hombros—. No sé quién es ése. En mi vida he oído hablar de tal persona.

—¡No mienta! —Mi "anfitrión" estaba excitándose por momentos y, la verdad, tenía un miedo razonable por mi integridad física. Continuó increpándome a base de bien—: Usted es un espía a sueldo de Caddo. Usted trata de averiguar el secreto de mi invento y llevárselo al más

mortal de mis enemigos, quien, celoso de mi gloria, pretende mi destrucción. ¡Ah! —soltó una histérica carcajada que puso frío en mis carnes—. ¡Pero no lo conseguirá! No conseguirá saber cómo he logrado dominar el Tiempo. Ese secreto es solamente mío. Cuarenta años trabajando en él; cuarenta años sintiéndome espiado por Caddo, y ¿cree usted que cuando por fin he conseguido llegar a la meta, voy a dejarme arrebatar el fruto de esos ocho lustros? ¡No! —repitió—. ¡Prepárese! Rece alguna oración. Tiene un minuto.

—¡Espere! —grité, extendiendo la mano—. ¿Quién le ha dicho que yo soy un espía de Caddo? Me llamo Christian Madison, empleado de la "Shelley Consolidated" y allí no hay ningún funcionario que se llame de tal manera. ¿Por qué no comprueba mis palabras?

Se echó a reír de nuevo.

—¿Cree que soy tan tonto como para tragarme esa fábula? Humphrey Craig no es hombre que se deje engañar fácilmente, por muchos trucos que emplee ese canalla de Caddo y...

—¡Oiga! —dije, con una súbita idea en la cabeza, pensada desesperadamente. A los locos hay que seguirles la corriente, y aquel lo estaba como una jaula—. Usted mencionó que ha conseguido dominar el Tiempo, ¿no es cierto?

Asintió, moviendo al unísono la cabeza y la pistola. Continué inquiriendo:

—¿Acaso ha logrado usted hallar la manera de ser inmortal?

El más soberano de los desprecios podía verse en la mirada de mi interlocutor, cuando me repuso:

—¿Inmortal? ¡No sea usted idiota! Eso no se puede conseguir. Alargar la vida sí; ya se hace, pero jamás vivir eternamente. Sería demasiado aburrido.

—¡Caramba! —exclamé, fingiéndome terriblemente interesado—. Entonces, si no es una vida eterna, ¿qué diablos ha inventado usted? Debe ser muy importante cuando defiende su secreto tan encarnizadamente.

Mi programa de adulación comenzó a surtir sus efectos. El rostro del viejo empezó a cambiar de expresión.

—No es lo que usted supone, sino el modo de viajar a través de las

Edades. Lo mismo puedo ir al Pasado que al Futuro. Puedo trasladarme un año atrás, o dos hacia delante. Volver a la época de los Faraones. Presenciar las luchas de gladiadores en el Coliseo. O contemplar con mis propios ojos lo que ocurrirá en nuestro Planeta dentro de tres mil años.

Abrí la boca, tratando de inhalar aire para mis pulmones, que se habían quedado sin él, al oír las palabras de Craig. Cuando me recuperé, mi primera intención fue llamarle chalado, pero afortunadamente mi vista reparó en la automática y esto me hizo volver a la razón. Debía seguir dándole coba y eso es lo que hice.

—Un invento sensacional, sí, señor —dije, con el más persuasivo de mis acentos—. Un invento que revolucionará el mundo. Hará posibles las investigaciones históricas con toda fidelidad. Sabremos cómo fueron en realidad los grandes hombres y cuáles fueron sus exactas virtudes y sus verdaderos vicios. Podremos prevenirnos contra las catástrofes, sabiendo lo que va a ocurrir…

—¡Eso no! —me cortó excitado, asustándome de nuevo—. Nadie puede variar lo que va a suceder. Ni tampoco, cuando se viaja hacia el Pasado, se puede intervenir en los acontecimientos que se presencian, so pena de alterar la Historia. Debe ser, el viajero del Tiempo, un mero espectador, sin intervenir para nada en los sucesos que transcurren ante sus ojos.

—¡Bueno! —me encogí de hombros—. De todas formas, lo que ha pasado está hecho ya. Y el porvenir… —Aparte de salvar en aquellos momentos mi amenazada vida, me importaba un bledo mi vida futura —. De todas formas me gustaría verlo.

—Eso es lo que quisiera usted. Enseguida se iría con el cuento a Stanislas Caddo, a ganarse el montón de billetes que le ha ofrecido, ¿verdad?

—¡Deje en paz a ese Caddo! —repliqué malhumorado—. Le digo y le repito que en mi vida le he visto y que ni siquiera le conozco de nombre. Entré aquí porque me quedé de repente sin víveres y tenía hambre. Hoy es viernes y hasta el lunes no estarán los Bancos abiertos, para reponer fondos.

Mi acento pareció convencerle.

—¿De verdad… de verdad no es usted un agente de Caddo?

—¡Claro que no! ¿No le he dicho ya cuáles fueron los motivos de mi

asalto a su despensa? ¿Cree que un espía se entretendría en comer, teniendo otras cosas más urgentes que hacer? ¿No opina que llevaría dinero encima, para evitarse lo que me ha sucedido a mí?

Mis palabras eran harto sensatas y Craig no dejó de reconocerlo, porque apartó el cañón de la pistola de la dirección de mi cabeza, y empezó a rascarse la barbilla con él, evidentemente hecho un lío.

—Pues si no es usted un espía… —murmuró meditabundo.

—¿Puedo hacerme, continuando el abuso, un poco de café? —y sin esperar a más, seguro de que ya no quería hacerme ningún daño, arrimé un cacharro con agua al hornillo eléctrico, mientras que encendía un cigarrillo. Le dije:

—Debe ser interesante viajar por las Edades. ¿Ha probado usted ya, señor Craig?

—No, todavía no —me repuso—. Pero estaba ya a punto de hacer mi primer viaje.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Adónde pensaba marcharse?

—Hay algunos puntos oscuros de la guerra de Corea, en 1950, que me gustaría aclarar.

El café estuvo pronto y, mientras lo sorbía, hablé:

—¿Por qué no emprende el viaje? Sólo son tres siglos. —Mi acento podía ser sincero, pero bien sabía Dios que en mi interior estaba lanzando una serie inacabable de carcajadas. Todo ello tendía a conservar incólume mi epidermis.

—Necesitaría un ayudante —musitó—. Solo no me atrevo a emprender el viaje.

—¡Bien! ¿A qué espera, señor Craig? Ya lo tiene. Yo puedo ser su segundo de a bordo en su máquina del Tiempo.

—¡No es ninguna máquina del Tiempo! —me replicó ásperamente—. Eso solamente existe en la imaginación de los escritores. Mi invento es una cosa científica. Ciencia pura, ¿lo entiende usted, Madison?

—¡Claro, claro! —me batí en retirada—. Debía haberlo supuesto. ¿Cómo es ese aparato?

—Una astronave —y estas dos palabras me dejaron atónito,

convenciéndome ya del todo de que el pobre Craig estaba necesitando los servicios de un nutrido pelotón de alienistas.

—¿En qué se funda usted para viajar a través del tiempo? —inquirí.

Me miró un segundo y luego su rostro adquirió una súbita resolución.

—Venga conmigo —dijo, y me tomó del brazo, mas, para mi desgracia, sin soltar la pistola.

Salimos al jardín, que atravesamos en cuatro zancadas. Los pasos de Craig eran vivos, decididos y pronto estuvimos ante una espaciosa construcción cilíndrica de unos seis metros de altura, por veinte de diámetro. Oprimió un botón, y una puerta se descorrió, en un lugar en el que cinco segundos antes hubiera jurado no existía la menor abertura, al tiempo que las luces del redondo hangar se encendían dejando ver el extraño artefacto, en forma de lenteja que, ocupando casi todo el sitio, se encontraba posado en el suelo, inmóvil, plateado brillantemente, dando en su misma quietud una impresión de poderío y fortaleza que no había logrado advertir en ninguna de las naves espaciales que estaba cansado de ver.

—Con este aparato, al que he bautizado con el nombre de "Chronos", viajaremos fuera de nuestra época.

—¿Viajaremos? —repetí incrédulo.

—Viajaremos, sí. O, ¿es que después de haber demostrado interés por la confirmación práctica de mis teorías, se me va a echar atrás ahora, señor Madison? —y su tono era altamente reprobatorio.

—¡Oh, no, señor Craig! ¡Nada de eso! Si en realidad lo estaba deseando. Y... —tragué saliva. Me estaba viendo unas cuantas horas de viaje por el espacio, cosa a la que siempre había tenido una imponente alergia, pero no veía la forma de remediarlo. ¡Aquella maldita pistola...!— ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo. "Chronos" está listo para marchar a Corea en cuanto lo deseemos. Suba.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, su mano hizo presión en algún lugar de la brillante cáscara metálica y un orificio cuadrangular se hizo presente, dejando ver el interior del aparato, al que ascendimos por unos escalones que se tendieron automáticamente y que se recogieron de la misma manera, cuando Craig cerró tras sí la puerta, en tanto que yo me dedicaba a contemplar el interior de la

lenteja.

No se parecía en nada a las cámaras de astronaves que había visto, no solamente en la realidad, sino en fotografías. Nada de sillones antichoque, literas amortiguadoras ni zarandajas de ésas que sirven para evitar las funestas consecuencias de una repentina aceleración. Más parecía, por lo menos en su mitad, el cómodo rincón de una acogedora cafetería. Divanes mullidos, confortables sillones, una pequeña biblioteca, hasta el supremo detalle de un minúsculo bar, eran cuanto componía aquel trozo del interior del aparato, opuesto a la parte que pudiéramos llamar de mandos, que componía el resto. Calculé que el diámetro interior sería de unos diez metros, con lo que hasta dieciséis del total, restaba media docena en los cuales, sin la menor duda, estaría instalada la extraña maquinaria del no menos raro artefacto.

Me acerqué al puesto de conducción. Varias sillas, igualmente cómodas, estaban colocadas frente a una serie de tableros, pantallas, esferas, indicadores, en una impresionante colección de instrumentos que hubieran causado el delirio instantáneo del más avezado de los pilotos de espacionave.

—¿Cómo se las arregla usted para salir de su época?

—Muy sencillo —me replicó—. La Tierra gira alrededor del sol a una velocidad de 29,6 kilómetros por segundo. Si yo me sustraigo, por medio de "Chronos", a su atracción y la gano en velocidad, es lógico que me anticipe al tiempo real que hay en nuestro planeta, si sigo su dirección, claro está. Y para buscar una edad pasada, no hay más que caminar en sentido opuesto, siguiendo, claro está, la trayectoria de su órbita.

—¡Fantástico! —elogié, sin pizca de convencimiento—. Pero habrá que correr mucho para ganar a la Tierra.

Me sonrió con infinita compasión.

—La luz es lenta comparada con "Chronos". Ahora lo verá —y empezó a manipular en los mandos de la nave.

—¡Un momento! —grité—. ¿Y la aceleración?

—Ese problema está resuelto aquí. No se notan sus efectos. ¿Se ha dado cuenta siquiera de que ya no estamos en la superficie de nuestro planeta?

Nuevamente volví a tragar saliva. ¡Loco, pero de remate, estaba el tal Craig! Cierto que veía la noche sideral, a través de una pantalla televisora, pero también era cierto que no había sol cuando entré en casa de aquel orate. Estaba seguro de que no nos habíamos movido siquiera.

—¿Cómo se las arregla para despegar?

—Evitando la atracción del planeta. Creando un campo antigravitatorio electromagnético, mediante un complicado mecanismo interminable de explicar. Si a mí, un experto en la materia —y no había sombra de la menor inmodestia en sus palabras—, me ha costado cuarenta años averiguarlo, ¿qué no le costaría a usted?

—Cierto —murmuré anonadado, y en aquel momento Craig soltó un grito de alegría.

—¡Ya hemos llegado! ¡Corea, diciembre de 1950!

Abrió la puerta y una bocanada de aire gélido penetró en el interior haciéndome estornudar. Ante nosotros se extendía un montañoso paisaje, blanco a fuerza de la capa de nieve que lo cubría.

CAPÍTULO II

—¿Son ustedes marcianos?

La pregunta nos la había formulado un soldado mexicano; barbudo, con gruesa ropa de abrigo, armado hasta los dientes que, saliendo de una especie de trinchera, se nos acercó sin dejar de encañonarnos con una pistola ametralladora y, a fe que debíamos causarle tal impresión, dada la notable diferencia que existía entre nuestras ropas y las suyas.

—¿Marcianos? No, por Dios. Somos hombres de la Tierra. Norteamericanos como usted. Éste es el señor Humphrey Craig. En cuanto a mí me llamo Christian Madison, empleado.

El soldado nos miró con desconfianza.

—¿Seguro? Los platillos volantes están de moda y no me extrañaría

nada que vinieran ustedes de otro mundo.

—En cierto modo, sí, joven —le replicó benignamente el profesor—. Nuestro mundo, el del siglo XXIII, es totalmente diferente a éste, el del siglo XX. Hemos retrocedido tres siglos.

—¿Quieren decir que ustedes viven dentro de trescientos años?

La frase agradó a Craig.

—Exacto, joven. Ha dado usted en la diana.

El soldado se rascó pensativo la pelambrera que le cubría las mejillas.

—No lo entiendo —dijo hecho un puro taco—. De repente vi aparecer ese cacharro aquí y primero me pareció algún aparato nuevo que había inventado el Ejército, pero ahora van ustedes y me dicen que vienen de otra época. ¿No se están guaseando de mí?

—No, si quiere usted comprobarlo, soldado...

—Barclay, Cass Barclay. Ése es mi nombre. De los "marines". ¿Dice usted que puedo viajar fuera de esta maldita guerra?

—Naturalmente, Barclay —asentí. De repente me había convertido en acérrimo defensor de Craig. Los bultos negros tendidos en el suelo, destacando con toda claridad sobre la blancura de la nieve, atestiguaban que en lo que estaba presenciando no había la menor trampa. Y el hombre no era actor. Vivía en su época y estaba terriblemente desconcertado. Pregunté—: ¿Cómo es que está usted solo?

—Tuvimos un contraataque de los chinos y nos barrieron la posición. Continuaron avanzando y yo me hice el muerto. Ahora estamos en su retaguardia. Nos dieron una buena paliza. Oiga, ¿es cierto que ustedes me pueden sacar de aquí?

—Naturalmente, joven —Craig ardía en deseos de hacerle una demostración. El orgullo por su invento le rebosaba por todos los poros—. ¿Adónde quiere viajar?

Cass nos miró pensativamente, encogiéndose de hombros al fin.

—Si quiere que le diga la verdad, me es indife...

¡Piiiiing...!

El metálico sonido del rebote de un proyectil contra el metal de "Chronos" le interrumpió bruscamente la frase, y todavía duraba el gemido de la bala, cuando a nuestros oídos llegó claramente la detonación de un rifle.

—¡Canastos! —exclamó Barclay—. ¡Ya están aquí otra vez esos tipos!

Se volvió como un rayo, divisando a unos doscientos metros de nosotros tres o cuatro siluetas negras, portando algo en las manos, de las que salían unos chispazos a decir verdad muy poco tranquilizadores, porque iban seguidos de unos estremecedores silbidos, que cortaban el helado aire de aquella mañana, impactando más cerca de nosotros de lo que hubiera sido conveniente para la paz de nuestro espíritu. Pero a Barclay se le daba un ardite de aquellos norcoreanos y de haber sabido el desprecio que el americano sentía por ellos, se hubieran marchado sin más. Mas como, naturalmente, lo ignoraban, continuaron avanzando hacia el lugar en que nos hallábamos, con la idea de liquidarnos cuanto antes.

—¡Puah! —escupió Barclay, arrodillándose con toda calma y apuntando con su ametralladora durante un segundo, en tanto que Craig y yo nos refugiábamos precavidamente en el interior del aparato contemplando la escena por medio de la pantalla.

Una serie de detonaciones salieron del arma del G. I. La movió en abanico de muy poco radio y las figurillas negras se abatieron, quedándose repentinamente inmóviles. Cass Barclay se volvió hacia nosotros haciéndonos un alegre gesto y viendo que ya no había peligro alguno, nos aventuramos a asomar la nariz.

—¡Liquidado el asunto! Ya podemos marcharnos, y ahora será conveniente que no perdamos más tiempo. Los tiros podrían hacer de miel para esas moscas amarillas y entonces no saldríamos tan bien librados. Aunque no son capaces de dar a un muro a medio metro de distancia, las balas suelen tener bromas muy raras.

Sin embargo, ya estaba Barclay con un pie en el interior de "Chronos" cuando exclamó:

—¡Aguarden! Me olvidaba de una cosa.

Saltó de nuevo al suelo, dirigiéndose al hoyo en el que estuviera refugiado, del que volvió a los pocos momentos cargado hasta los topes de un montón de cosas, que arrojó dentro del aparato, diciendo:

—¡Andando, profesor! A ver si puede llevarme a un sitio donde no

haga tanto frío.

Dichas esas palabras, Barclay miró curiosamente cuanto le rodeaba, silbando apagadamente de un modo que denotaba bien a las claras la admiración que sentía por cuanto estaba contemplando. Sin dejar de girar la cabeza a un lado y a otro se acercó al lugar en que estaba Craig manipulando en los controles de la nave.

—¡Cáscaras! Vaya un lío de aparatos. ¿No tiene usted perturbadas sus facultades mentales, profesor?

Craig arrojó una furibunda mirada sobre el imprudente que encendiendo un arrugado cigarrillo, continuó charlando volublemente.

—En mi vida he visto una cantidad tan grande de controles. Una vez estuve a bordo de un "Dakota" de transporte y me descubrí ante el piloto. Se necesita ser un "hombre" para no volverse loco en medio de tanta esfera graduada. Pero usted tiene diez veces más y le veo tan campante. Debe ser usted una maravilla de la ciencia del siglo XXIII. Algo así como cincuenta Einsteins juntos, y eso que Einstein es un tipo de cuidado.

Afortunadamente para mí, estaba a espaldas de Craig, el cual hacía verdaderos esfuerzos para no estallar, procurando absorberse en la conducción de "Chronos". Pero el río de la gárrula palabrería de Barclay no cesaba un segundo.

—Siempre me dije yo que los siglos futuros serían una fuente enorme de maravillas. Eso de viajar a través del tiempo... Todavía no estoy muy convencido.

La cólera contenida hacía tiempo en el interior del ánimo de Craig estalló al fin:

—¡Joven! Si cree que voy a seguir aguantando sus impertinencias un segundo más, está usted completamente equivocado. Una palabra más y lo devuelvo donde lo encontré para que los norcoreanos hagan picadillo de usted.

—¡Bueno, señor Craig, bueno! No se ponga usted así. ¡Caramba, y qué malas pulgas gastan todos estos sabios! No he visto ninguno que tenga buen humor. ¿Qué es esto, profesor?

Al mismo tiempo que hacía su última pregunta, Barclay había alargado la mano, tocando algo que no pude divisar desde la posición en que me hallaba y que hizo lanzar un verdadero rugido de ira a

Craig.

—¡Animal! ¡Deje usted eso quieto, imbécil! ¡Cien mil veces imbécil!

Los ojos de Barclay se entrecerraron amenazadoramente, en tanto que sus manos se abrían y cerraban nerviosamente. Abrió la boca, parpadeó y al fin soltó su andanada.

—Es usted un viejo chiflado y por eso no le doy su merecido. Pero, si cree que me voy a tragar su cuento, es que está con más agujeros en sus sesos que una regadera. ¡A través del Tiempo! ¡Puaf! —y tras escupir desdeñosamente a un lado, pasó su mano por la serie de botones en los cuales manipulaba Craig, volviéndole la espalda con olímpico desdén.

—¿Qué le parece, señor Madison? ¿Cree usted todas las fábulas que nos ha contado este viejo idiota?

—Por favor, Barclay. Sea usted comprensivo —dije, tratando de arreglar la situación, naufragada después del incidente, echando un vistazo a Craig que, de tanta cólera que le poseía, no podía ni hablar.

De repente el profesor extendió su dedo acusador:

—¿Sabe, grandísimo zoquete, lo que ha hecho con pasar su mano por encima de los controles?

Barclay se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni me importa un pepino —declaró.

Craig me miró a mí entonces.

—Usted lo comprenderá mejor cuando le diga que nos ha enviado al año 1794.

Abrí los ojos desmesuradamente, incrédulo.

—¿A la Revolución Francesa? ¿Es posible?

—No solamente es posible, sino que ya estamos en ella.

—Mire, profesor. Bromas de esa índole, no. He pasado por alto el que usted me haya llevado a la guerra de Corea, pero que de repente nos metamos de cabeza en el Terror, ¡ah!, eso es ya demasiado.

Craig hizo un teatral ademán.

Extendió su mano derecha hacia una de las pantallas televisoras.

—¡Mire y échese a llorar, Madison!

Los colores eran deliciosos, desde luego. Y el paisaje era maravilloso. Un paisaje de unos verdes y azules que eran un fresco descanso para la vista, completada tan hermosa visión con los puntiagudos extremos de las torres, grises de pizarra, del feudal castillo que se divisaba sobresaliendo por encima de las frondosas copas de los árboles. Una cinta plateada discurría apaciblemente por el medio del césped, y su vista me hizo soltar una exclamación de alegría:

—¡Magnífico! ¡Espléndido! Menudo baño me voy a pegar.

—Y yo también. Le acompañaré —dijo Barclay, decidido, empezando a quitarse ropa—. Tengo encima de la piel algo así como una tonelada de mugre.

—Pero, ¿qué es lo que van a hacer ustedes? —inquirió atónito Craig.

—¿No lo está viendo? —dije, acercándome a la puerta y oprimiendo el control correspondiente, cosa en que ya me había fijado con anterioridad—. Espero que no nos dejará usted colgados, y se volverá al 2255, ¿verdad?

—No podría. Mi obligación es reintegraros a vuestras épocas. Si os abandonara podríais causar graves trastornos en la Historia de Francia con vuestros superiores conocimientos.

Pero antes de salir me volví hacia Barclay:

—Cass, los tiempos que corren ahora son muy malos. Convendría que fuéramos prevenidos.

—¡Claro! No vamos a dejar que nos echen la cabeza al cesto. Eso lo vi en una película. ¿De verdad que estamos ahora en esa época?

Craig no se molestó en replicar. Cruzado de brazos nos miró ceñudo, sin que de momento acertara a explicarme el porqué de su actitud, prometiéndome preguntárselo a la primera ocasión que tuviera.

Barclay me echó algo que me metí entre la camisa y el pantalón. Él tomó su inseparable "Thompson" y luego me dio dos oscuros huevos metálicos, que asimismo colgué de mi cintura.

—Con esto, ya pueden venir revolucionarios.

No es necesario decir que disfrutamos como salvajes. Barclay adecentó su aspecto con la ropa limpia que había sacado de su mochila, afeitándose y, cuando limpios y satisfechos, estábamos decididos a volver a "Chronos", no sé qué diablillo me impulsó a decir:

—¿Qué le parecería si diéramos una batida a ver si encontrábamos algo de comida, Cass? El baño me ha abierto el apetito de un modo atroz.

—Yo soy su hombre, Chris —me dijo mientras terminaba de abrocharse la camisa—. Esto parece muy desierto y no será difícil dar con una oca y una buena botella de vino. ¡Andando!

Y Barclay dio el ejemplo poniéndose en marcha.

Tomamos nuestras armas, siguiendo el curso del riachuelo, y quince minutos más tarde nos hallábamos al pie del enorme castillo, solo, pesado, aplastándonos con su sola presencia y que hizo que nos detuviéramos un minuto, contemplándolo a nuestro sabor, a la entrada del puente de piedra que, sobre el foso, del que partía el arroyuelo en que nos bañáramos, había sustituido al antiguo levadizo de otrora.

—¡Piuuu...! —silbó, admirado, Barclay—. ¡Vaya choza! ¿Vivirá alguien?

No era probable. A tales horas no hubiera dejado de verse alguna delgada línea de humo cruzar el puro azul del cielo y, sin esperar a más, acuciado por mi estómago, dije:

—No dejará de haber dentro algo de comida. Estos castillos tenían una despensa muy difícil de agotar.

Echamos a andar, sin darnos cuenta —lo supimos después—, de que unos hermosísimos ojos azules, llenos del Terror que inundaba entonces a la Francia, nos estaban contemplando detrás de los visillos de una de las ventanas y pronto, buscando, buscando, nos hallamos en la bodega.

—¡Aquí hay comida, patrón! —gritó, alborozado, Barclay—. ¡Y bebida!

Diez minutos después, tras haber ingerido enormes cantidades de jamón, convenientemente regadas con unas cuantas botellas de aquel deliciosísimo vino, nos sentíamos otras personas. Y cuando, satisfechos, nos disponíamos a encender un cigarrillo, sentimos el

apresurado galope de unos caballos.

Nos miramos mutuamente, consternados.

—¿Qué diablos será eso? —pregunté, alarmado.

Cass era hombre de rápidas decisiones. Tomó su “Thompson”, moviendo velozmente la palanca de carga e introduciendo una bala en la recámara.

—Ahora lo sabremos. No quiero que me estropeen la vuelta a ese artefacto.

Le seguí y subimos las escaleras, procurando no hacer el menor ruido, escuchando todos los que procedían de los recién llegados, entre los que se oían con toda claridad, risotadas estruendosas, atroces juramentos, arrastrar de sables y sillas y tintinear de copas y botellas.

Al terminar de ascender, nos encontramos a la entrada de la gran cocina del castillo y entonces presencié una increíble escena, una escena como solamente había visto en retrospectivas evocaciones cinematográficas.

Dos docenas de hombres, vestidos con arrugados tricornios en los que campeaba una sucia escarapela tricolor: roja, blanca y azul; pantalones estrepitosamente rayados; botas destrozadas; enormes sables pendientes de la bandolera que les atravesaba el pecho, y, dominando todo, mucha mugre, suciedad y barbazas, se encontraban allí, riendo estrepitosamente, vaciando botellas con patriótico entusiasmo, a juzgar por los brindis que podía entender, recuerdos de mi francés de la escuela secundaria.

Absortos en el inicio de su borrachera, no se habían dado cuenta de nosotros y, aunque sus prehistóricos fusiles de pistón estaban apoyados en la pared, no era nada difícil que, a la primera alarma, los empuñaran e hicieran una descarga contra nosotros.

Por otra parte, aun siendo, como seguramente eran, una tropa de la peor "canaille" conocida, me repugnaba abrirme paso disparando entre ellos a sangre fría, y lo mismo le ocurría, estoy seguro, a mi compañero. Maldije su curiosidad, en primer término, y luego a mi malhadada idea de merodear por la casa del profesor. Ahora no me habría visto metido en tamaño lío y, por más que buscaba un remedio, no lo hallaba.

—¿Qué hacemos para salir de aquí? —me cuchicheó al oído Cass—. El

profesor estará ya impaciente.

—Y yo —le gruñí, diciéndole nada más ni nada menos que una verdad como el puño.

—¿Disparamos? —me insinuó.

Detuve su ademán. Ya había alzado la "Thompson", mas en aquel momento algo vino en nuestro auxilio.

Estábamos escondidos detrás de la puerta de acceso a la bodega que aquellos pillastres, afortunadamente para nosotros, no habían divisado todavía cuando de repente, un hombre, ligeramente, no mucho mejor vestido que ellos, se asomó y empezó a insultarlos con todas sus fuerzas, sin que los soldados de la Revolución hicieran otra cosa que coger mansamente sus armas y salir de la grandísima cocina, dejando tras sí un impresionante rastro de botellas vacías.

—¡Uf! —dije, pasándome la manga por la frente, totalmente cubierta de sudor.

—¡De buena nos hemos librado! —suspiró Cass, y en aquel momento un penetrante sonido, atravesando las espesas paredes, llegó hasta nosotros.

El alarido de la mujer se repitió y, movidos por el mismo impulso, echamos a correr Barclay y yo.

CAPITULO III

Guiándonos por los gritos de la mujer, que continuaban atronando el espacio, atravesamos la cocina como un huracán dirigiéndonos a la espaciosa sala de acceso, para detenernos al instante, puesto que dos patriotas, vueltos de espaldas a nosotros, nos impedían el paso, llegándonos sus comentarios con toda claridad.

—¡Vaya! —decía uno de ellos, tras soltar una carcajada—. El "ci-devant" Hadeau parece encontrar más resistencia de la que esperaba.

—Sí —asintió su compañero—. Si cree que los colorines de su faja le

van a granjear el corazón de la ciudadana Clara de Lorival, está listo.

—¿Y por qué no había de ganarse sus favores, ciudadano Ferian? —gruñó el otro—. ¿Es que el Comisarlo no es un hombre como los demás? Aún mejor diría yo, porque no es un maldito "aristo".

No estaba dispuesto a escuchar mucho rato tamaño cúmulo de sandeces, de modo que tomé la pistola por el cañón y abatí la culata sobre el cráneo del ciudadano que me tocó en suerte, en tanto que Cass hacía lo propio con el suyo. Los dos soldados de la Convención se derrumbaron como trapos, sin sospechar siquiera que habían sido dos personas que no habían nacido, ni sombra de ello, todavía, quienes les habían sacudido. ¡Y con qué placer!

Atravesamos la enorme sala, subiendo la anchurosa escalinata a saltos, y al fin, tirando hacia la izquierda, encontramos la puerta tras de la cual, y mezclados con los gritos, salían no pocos juramentos, procedentes sin duda de la irritada garganta del Comisario que, a lo que parecía, no conseguía sus turbios propósitos.

Hadeau había sido listo. Había cerrado la habitación con llave por la parte de adentro, pero la puerta no resistió nuestros esfuerzos mancomunados y al primer empujón la cerradura saltó, junto con unas cuantas astillas, deteniendo a aquel villano en su impúdica labor.

Hadeau vestía traje negro de montar, con altas botas de grises dobleces y su blanca camisa, de prolijas chorreras, aparecía desgarrada por varios sitios, así como la faja tricolor que le ceñía la delgada cintura, distintivo de su cargo, y el hombre, sin soltar todavía a la mujer, se volvió hacia nosotros.

La muchacha, pues no era más que una jovencita, con el vestido también desgarrado, roto por los hombros que habían quedado al descubierto, nos miró y en sus ojos, azules, bellísimos y en los cuales se veía el miedo no a la muerte, sino a algo infinitamente peor que la pérdida de la vida, vi una instintiva súplica.

Avancé un paso.

—¡Suelte a esa mujer, bandido!

El hombre se enjugó con un pañuelo que extrajo de la manga la sangre que le corría de las rayadas mejillas a causa del uso que la muchacha había hecho para defender su honra y, apartándola a un lado con un brusco y descortés empujón, se dirigió hacia nosotros.

—¡Largo de aquí, "canaille"! ¿Quién sois vosotros para interrumpir la justicia de la República, Una e Indivisible, cuyo Comisario-Diputado para Lorival soy yo? ¡Fuera! Anatole Hadeau os lo ordena, en nombre de Francia.

Pero el que salió a empujones fue él. Tuvo que tragarse sus presuntuosas palabras, cuando entre Cass y yo lo corrimos a puntapiés, arrojándolo definitivamente por la escalera, cuyos peldaños recorrió rodando, uno a uno, con su cuerpo, hasta llegar al fondo del salón.

Se levantó gimiendo, para amenazarnos con su puño cerrado en dirección hacia nosotros.

—Habéis ultrajado y golpeado a un representante de la Convención. ¡"*Messieurs*"! Os llevaré a hacer una visita a Santa Guillotina —y dicho esto, agitando ridículamente los faldones de su casaca, se volvió saliendo al exterior y llamando a gritos a sus hombres.

La hermosísima muchacha corrió hacia nosotros, cubriéndose la desnudez de sus hombros con las manos.

—¡"*Messieurs*"! ¡Oh! ¿Por qué han hecho eso? Ahora volverán y nos llevarán a todos a París. Ahí nos guillotinarán, como ya lo hicieron con mis padres y mi hermano.

—¿Sus padres? —pregunté, horrorizado.

—¡"*Oui*"! Los mataron a todos hace dos meses —y las lágrimas acudieron a sus bellísimos ojos al recordar las que sin duda fueron espantosas escenas—. No tuvieron bastante y ahora volvieron por mí. Pero ese... ese Comisario me propuso salvar mi vida si... si...

Comprendí sin necesidad de que ella concluyera la frase que no se atrevió a pronunciar en su totalidad, enrojeciendo visiblemente.

—¿Cómo habla usted el inglés tan bien, señorita? —preguntó Cass.

—Viví mucho tiempo en Inglaterra hasta hace un par de años — explicó ella, añadiendo—: Me llamo Clara de Lorival.

Nosotros le dijimos nuestros respectivos nombres y entonces se me ocurrió una idea.

—Escuche, Cass. ¿Por qué no nos llevamos a la señorita de Lorival a "Chronos"? Si continúa aquí, ya ha visto usted las intenciones de esos

sinvergüenzas.

—¡Naturalmente! —me respondió Barclay—. ¿A qué esperamos?

Pero, cuando ya estábamos en el primer peldaño de la escalinata, llevando entre medio a Clara, todavía sin comprender exactamente lo que le ocurría, mas confiando instintivamente en nosotros, tuvimos que detener nuestra marcha frenando en seco.

En la inmensa puerta, seguido por todos sus andrajosos patriotas, estaba el "ci-devant" Hadeau. Y sus intenciones distaban mucho de ser pacíficas.

—¡En nombre de la Convención, daos presos! —gritó—. Supongo que sois extranjeros y por ello pasaré por alto vuestra incalificable agresión, así como el hecho de interponeros en la justicia de la República. Entregadme a la ciudadana Clara de Lorival y os prometo el olvido completo de lo que ha sucedido.

Avancé mi barbilla agresivamente.

—Decís que sois el representante del Incorruptible, de Robespierre, ¿no?

—En este momento, soy su mano derecha en las posesiones de Lorival y mi deber es llevar a la última de su execrable raza ante el Comité de Salud Pública, para que sea juzgada por el pueblo de los delitos que se la imputan —dijo, tenazmente, Hadeau.

—¿Figura, entre los derechos inherentes a vuestro cargo, el deshonrar a indefensas doncellas, "ci-devant" Hadeau? —procuré adaptar mi tono al de la época.

—¡"*Sacre*"! —juró, echándose a reír cínicamente—. Debo confesaros que ante la inigualable belleza de la ciudadana de Lorival perdí un poco los estribos...

—¡Mentís, "*monsieur*"! —gritó ella decididamente—. ¡Vos...!

Pero se interrumpió de repente cuando Hadeau exclamó:

—¡Ahora lo comprendo! Vos, ciudadana, habéis vivido mucho tiempo en Inglaterra. Esos hombres hablan el lenguaje de esa odiada nación. Sí. Claro. ¡Qué tonto he sido! Pertenecéis a la banda que no ha podido atrapar el Comisario Chauvelin. ¡"*Ma foi*"! ¡Qué golpe! ¡Cómo me voy a pavonear delante de él, cuando entregue a dos malditos espías

ingleses! Voy a tener para reírme durante un año seguido sin parar. ¡Capitán Troyat! —llamó después del exordio.

Un hombre, aquel que los llamara durante su anterior estancia en la cocina, se acercó y saludó marcialmente.

—Ciudadano Hadeau —dijo—, a tus órdenes.

—Son éstas: ¡Detén a la mujer y a los dos espías!

El ciudadano capitán avanzó hacia nosotros, subiendo rápidamente la escalera.

—Entregaos, en nombre de la República, Una e Indivisible... ¡Ay!...

La culata de la "Thompson" se le había estampado en la mandíbula, hábilmente manejada por Cass, y acto seguido el capitán Troyat perdió todo el interés por lo que pudiera ocurrir, rodando por la escalera, como antes lo hiciera su superior jerárquico, quien, advirtiendo que la cosa iba en serio y que no teníamos ganas, ni mucho menos, de entregarnos como mansos corderos para que "monsieur" Sansón luciera sus habilidades en nuestros pescuezos, gritó:

—¡Soldados, a ellos!

—¡Quietos! —grité, y mi acento debió estar tan impregnado de persuasivos acentos que los patriotas se detuvieron como si se les hubiera interpuesto un formidable e invisible muro.

Continué hablando, tratando de solucionar el incidente por la vía de la dialéctica:

—Ciudadano Comisario, tenemos armas cuyo poder desconocéis que os harán desaparecer, a vos y a vuestros hombres, en menos que canta un gallo. Dejadnos llevar a "mademoiselle" de Lorival y os prometo no haceros daño alguno.

Hadeau abrió mucho los ojos, como si no creyera en lo que estaba oyendo. Al fin prorrumpió en una estentórea carcajada.

— ¡"*Diable*"! ¿Creéis que los representantes de la Convención son tontos? ¡Basta ya de palabrería inútil!

—La cosa se pone fea —susurró Cass, preparando su pistola ametralladora.

En vista de la "ausencia" del capitán Troyat, el "ci-devant" Hadeau tomó el mando de las operaciones.

—Soldados. ¡“*Attention*”! ¡“*Chargez*”!

Los revolucionarios podían ser unos piojosos en cuestión de vestimenta, pero era indudable que una faja tricolor les hacía ser harto disciplinados. Se arrodillaron y pude ver, y oír, cómo cargaban sus anacrónicos fusiles que, a la corta distancia que nos separaba de ellos, podían soltar una descarga que nos enviaría al otro mundo. Hadeau sacó una pistola de su faja, pero Cass gruñó:

—¡Ya estoy harto de ese canalla! —y en aquel momento su "Thompson" escupió llamas y humo.

El pálido rostro del Comisarlo-Diputado se volvió cerúleo por completo al recibir en pleno pecho la descarga de la ametralladora. Un montón de proyectiles le envolvió en su mortífero abrazo, llevándolo de un lado a otro, hasta que al fin, con un aullido de agonía, se derrumbó encima de sus patriotas, de los cuales salieron unos cuantos disparos que, afortunadamente para nosotros, pasaron altos, debilitada su puntería, tanto por la sorpresa, como por el inaudito hecho de que de un arma tan pequeña hubieran podido salir tantos y tantos disparos en tan poquísimo espacio de tiempo, y coincidiendo con la ráfaga, viendo que no había otro medio de salir del atolladero, mis dos granadas de mano describieron sus trágicas parábolas en el aire.

Sin ningún miramiento, arrojé a Clara al suelo, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Al suelo, Cass!

Oí una serie de juramentos de éste, pero ni tuve tiempo de prestar atención, ni de intentar traducir inteligiblemente lo que le ocurría. Dos tremendas detonaciones sacudieron fuertemente la atmósfera, al mismo tiempo que los fragmentos de la metralla de las bombas silbaban ominosamente por encima de nosotros.

Miré hacia donde estaban los soldados y divisé un fatídico cuadro.

Ocho o diez cuerpos, con los miembros destrozados en medio de enormes charcos de sangre, yacían en la puerta en tanto que los demás soldados, espantados, habían huido, dejándonos el campo libre.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó palidísima, Clara, llena de espanto.

—No se preocupe ahora, señorita. Lo importante es largarnos de aquí —y viendo que Barclay andaba todavía con gruñidos, le pregunté—. ¿Qué le ocurre, Cass?

—¡Esta maldita pistola! ¡Encasquillárseme en el momento más oportuno! ¡Ah! ¡Ya está! ¡Vamos!

Cogí de la mano a Clara, pero la muchacha se detuvo unos metros antes de llegar al lugar en que se hallaban los cadáveres del "ci-devant" Hadeau y de sus hombres.

—He visto mucho —jadeó—, pero esto es algo superior a mis fuerzas —y se cubrió el rostro con las manos, para no ver el que en realidad era un espantoso espectáculo.

No lo dudé ni un segundo más. El tiempo nos apremiaba, y estaba seguro de que, en cuanto se repusieran de su sorpresa, los soldados de la Convención volverían a la carga. Tomé, pues, a Clara en mis brazos y salté por encima del sangriento montón de cuerpos que obstruía la entrada.

Cargado con ella, seguido por Barclay, que vigilaba constantemente, echamos a correr hacia el lugar en que habíamos dejado a Craig y a su nave del Tiempo.

Atravesamos velozmente los verdes campos, sobre los que caía un ardiente sol, y ya estábamos a la vista de "Chronos", en cuya puerta se podía divisar al profesor que nos hacía señas para que aceleráramos nuestro paso, cuando de repente sentimos un trueno a nuestras espaldas.

No pudimos evitar el volvernos.

El trueno lo promovía el galope de una docena de caballos, o más, sobre los que aullando como endemoniados, cabalgaba el resto de los patriotas que habían salido indemnes de nuestro primer y fulminante contraataque.

—¡Corra usted con Clara, Chris! —me gritó Cass—. ¡Yo me quedo aquí para contener a esos pillos!

Seguí sus consejos. No por mí, que de muy buena gana me hubiera quedado, puesto que llevaba una pistola en el cinturón, a ayudarle, sino por evitar que la muchacha sufriera ningún daño. Y cuando ya estaba a salvo, después de haberla depositado en el interior de "Chronos", me volví a ver qué había sido del valiente Barclay.

Del pelotón de jinetes salieron varias nubecillas blancas de humo y casi inmediatamente llegaron hasta nuestros oídos, los sonidos de la descarga que soltaron los soldados, cuyas balas levantaron trozos de césped que volaron por los aires, en derredor del imperturbable Barclay, que dejó acercarse fríamente a sus enemigos.

Oíamos claramente los gritos de triunfo de éstos, sus aullidos de felicidad y, gastado el primer cartucho de sus carabinas, enfundadas éstas, desenvainaron los sables que centellearon al sol.

Pero como el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra y, a fin de cuentas, por muy animales que fueran aquellos patriotas, no dejaban de ser hombres, se encontraron de nuevo con la "Thompson" que sacudió, crujiendo, el aire primaveral de aquel 5 de Prairial del segundo año del Terror, haciendo que los caballos, menos irracionales que quienes los montaban, tropezaran con el invisible muro que era la cortina de balas que tendió Cass y que, en su primera ráfaga, derribó media docena de animales, cuyos caballeros rodaron aparatosamente por el blando césped, que amortiguó considerablemente las duras caídas.

Los restantes se convencieron esta vez de que las palabras que pronunciara yo en el vestíbulo del castillo de Lorival, y que habían sido claramente escuchadas por todos, no eran fantasía, sino realidad y no aguardaron a que Cass recargara su arma, volviendo grupas y desapareciendo entre los árboles como si se los llevara el diablo. En cuanto a los restantes, salvo alguno herido por las balas disparadas, no habían sufrido daño alguno y también pusieron pies en polvorosa, llenos de un más que justificado pánico ante aquel fenómeno balístico que escapaba a su comprensión casi medieval.

En pocos instantes habían desaparecido todos.

Sin apresurarse en lo más mínimo, Cass, riendo como un tonto, se nos acercó:

—¡Vaya susto que les he dado! Me causaron mucha pena, por eso tiré a los caballos, aunque, sin querer he debido herir algún granuja de ésos. ¡Qué le voy a hacer!

Pero cuando estuvimos dentro, pudimos apreciar el rostro del profesor Craig, lívido, temblándole la mandíbula a causa del esfuerzo que tenía que hacer consigo mismo para no prorrumpir en denuestos contra nosotros dos.

—¿Qué le pasa, profesor? —pregunté ingenuamente—. ¿Está

enfadado?

—¡Cielo Santo! —exclamó por fin, cuando recobró el habla—. ¿Enfadado? ¿Dice enfadado? ¿Cómo quiere que esté después de las barbaridades que acaban de cometer su amigote y usted?

—¿Llama barbaridad al hecho de salvar una víctima inocente de algo peor que la misma muerte? —interrogué, amostazado.

—Y no es sólo eso —dijo, sin prestar atención a mis palabras—. Han matado a un comisario-diputado, ocho o diez soldados y malherido media docena. Han intervenido en la Historia de Francia, señores. ¿Se dan cuenta de que tal vez cambiarán el curso de los acontecimientos en vista de su inaudita acción?

—Vamos, vamos, profesor. Ese tal Hadeau era un canalla y un sinvergüenza de la peor especie. El mundo, y la misma Francia, estarán mucho mejor sin él. Ande, sáquenos de aquí. De lo contrario, no tardaremos en tener encima todas las tropas de Dumourlez.

—Les sacaré y les devolveré a sus tiempos, pero "*mademoiselle*" de Lorival se quedará aquí —exclamó, firmemente.

Entonces me tocó a mí el turno de ser duro y puse la mano sobre la culata de mi pistola, sobre todo viendo la súplica que se pintaba en los ojos de Clara.

—Usted nos sacará a los tres de aquí, ¡y me importa un pito la Historia ni lo que, por consecuencia de mi acción, ocurra dentro de tres mil años! ¿Me entiende?

Cass palmeó la culata de su "Thompson".

—Añado mi voto al de Chris, patrón. El que cambiará será usted, porque lo convertiré en una estatua de plomo si no obedece.

Refunfuñó Craig, pero terminó por hacernos caso. ¿Qué otro remedio le quedaba? Y se volvió hacia el cuadro de mandos después de cerrar yo la puerta, para soltar una exclamación al cabo de unos minutos.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmado.

—¡Hemos perdido la órbita de la Tierra y nos encaminamos hacia otro planeta!

—¿Otro planeta?

—Sí. ¡Y no pertenece a nuestro sistema!

CAPÍTULO IV

—¿Qué diablos está usted diciendo, Craig? —le interpelé de muy mal humor.

—¿Cómo puede ser eso posible? —disparó Cass.

—No lo sé —replicó, azorado, el profesor—. Sin duda, ese planeta anda suelto por el sistema y se ha cruzado con la órbita de la Tierra, en el preciso instante en que “Chronos” iba junto a él. El caso es que nos ha atraído y dentro de muy pocos momentos vamos a caer en su superficie.

—¿Y su sistema antigravitatorio, profesor?

Dejó caer las manos a lo largo de su cuerpo, claramente abatido.

—Alguna fuerza misteriosa procedente sin duda de ese planeta, me lo ha anulado. No obedece el mecanismo y vamos...

No dijo dónde íbamos porque inmediatamente el aparato se tambaleó bruscamente, haciéndonos caer a todos. Durante unos momentos reinó en el interior de la nave la más espantosa confusión, rodando unos sobre otros, magullándonos, hiriéndonos y haciendo que los golpes que recibíamos provocaran un insólito movimiento de nuestras cuerdas vocales en forma de gritos, de dolor y juramentos, esto por parte de Cass y mía, sin acordarnos de que teníamos una dama delante.

Bueno, quiero decir que Clara estaba con nosotros, porque, mientras duró la caída de "Chronos", que fue muy poco, la cabina fue un revoltijo de brazos y piernas agitándose desesperadamente, en busca de un asidero con el que amortiguar el choque de la caída, que preví catastrófica. No sé cómo me las arreglé, pero al fin, en el mismo momento en que la sujetaba por el talle —y no me costó mucho, porque era delgado como el de una avispa, sin que la frase constituya un eufemismo—, pude asirme con la otra mano a una de las sillas del puesto de control, sujeta sólidamente al suelo, y en tal momento la

nave se detuvo.

No lo hizo, afortunadamente para nosotros, con la brusquedad que esperábamos, mas de todas formas el golpe fue fuerte y durante unos minutos permanecimos como atontados, incapaces de reaccionar hasta que, considerando que ya no nos movíamos, me aventuré a ponerme en pie, levantando a Clara, quien, con una pálida sonrisa, me agradeció los esfuerzos por ayudarla a salvar la vida.

—¿Dónde estamos, profesor? —inquirí.

—No lo sé. Ahora lo averiguaremos —y se fue hacia la mesa, manejando los controles, para un minuto después volverse hacia nosotros con acento desalentado—. El choque ha sido muy fuerte y temo que haya estropeado alguna de las válvulas. La televisión no funciona.

—Bueno —terció Cass, ya recuperado, yéndose hacia la puerta—. Abriremos a ver qué hay por aquí.

Sin soltar a Clara, que instintivamente buscaba mi protección, cosa de la que yo me sentía íntimamente halagado, me acerqué hacia el lugar en que se hallaba Barclay tratando de abrir, inútilmente, la puerta, y se lo indiqué. Sin embargo, no tuvimos tiempo siquiera de examinar el paisaje.

Algo entró silbando ominosamente. Algo que parecía un látigo gigantesco, acornado de verdosas hojas y que se agitó como una cosa viva, haciéndome retroceder más que aprisa, esquivando el mortal abrazo de aquel enorme tentáculo, del grueso de mi muslo.

Pero si yo, soltando un enérgico reniego de asombro, saltando ágilmente a un lado, conseguí evadirme de su presión, no ocurrió lo mismo con Clara, que, atónita, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, sintió que la vegetal serpiente se le enroscaba en la cintura y, lanzando un grito de pavor, se vio arrebatada de nuestra vista, antes de que pudiéramos intervenir en su favor.

Cass y yo nos precipitamos al exterior, quedando atónitos un segundo ante la terrible maravilla que estábamos presenciando. Y no solamente, por mi parte, estupefacto, sino terriblemente espantado al adivinar la horrorosa suerte que esperaba a la pobre Clara, si no lográbamos salvarla a tiempo de morir devorada por aquella gigantesca planta carnívora, cuya secreción de jugos digestivos había aumentado enormemente al sentir una presa segura, lo cual se tradujo en un nauseabundo y dulzón olor que casi nos hizo desmayar.

El tronco, cortísimo, de apenas un metro, tendría el grosor de un hombre robusto y de él salían, como vivos tentáculos, varias ramas que, como serpientes de color blanquecino, veteadas por líneas verdosas, a modo de venas, se agitaban silbando enfurecidas en el aire, envolviendo en su mortífero abrazo a Clara, que se agitaba inútilmente, tratando de evadirse a su horrible suerte, izada en el aire y, poco a poco, arrastrada hacia la boca de la planta-fiera que se abría ya a muy pocos metros de ella.

El centro de la gigantesca "*dionea muscípula*" parecía una flor, pero ¡qué flor! Enorme, de varios metros de diámetro, de pétalos de tres de largo por uno y medio de ancho, rojos, sangrantes, exhalando por todos y cada uno de sus poros grandes gotas de aquel líquido dulzón que debía ser el disolvente de la presa, pétalos que se movían vibrando en el aire, en tanto que los tentáculos acercaban lenta, mas inexorablemente, a Clara hacia el centro de la corola, repleta del líquido, en el que se advertían continuos círculos concéntricos, procedentes sin duda de las vibraciones causadas por la excitación de la planta.

Para aumentar nuestro horror, los bordes de tan tremendos pétalos estaban adornados de puntiagudas espinas, de más de un metro de longitud y que, a simple vista, se adivinaban tan rígidas como si estuvieran formadas del más duro acero, destinadas a sujetar la presa una vez los tentáculos la hubieran depositado a su alcance. El conjunto, en suma, era horrendo, sobrecogedor y capaz de hacer temblar las piernas al más esforzado.

—¡Hay que hacer algo! —grité a Cass, viendo que todos nuestros esfuerzos para desasir a Clara del mortal abrazo eran inútiles. Por el contrario, teníamos que andar bastante listos si queríamos evitar el ser aprehendidos a nuestra vez.

Barclay no habló: obró. Entró de un salto en el interior de "Chronos", apartando a un lado, sin ninguna ceremonia, a Craig, que se había quedado como alelado, incapaz de reaccionar, y volvió con su ametralladora en la mano, comenzando a disparar acto seguido contra los tentáculos con el ánimo de segarlos a balazos.

Durante unos momentos pareció como si fuera a conseguir algo, porque, sin soltarla, cedieron hasta tocar el suelo, al mismo tiempo que por los orificios abiertos por las balas se escapaban ríos de aquella savia viscosa de tan pésimo aroma. Pero luego oprimieron más y más a Clara y de repente, con infinito horror, observé que la cabeza de la muchacha se doblaba a un lado, cayendo largos sus rubios cabellos, en

tanto que dejaba de gritar.

—¡Una granada! —dije a Cass y éste me comprendió, porque medio minuto después estaba con ella en la mano.

—Puede hacer daño a la chica —dijo.

Y Cass me miró, dudando.

Me encogí de hombros.

—Hay siete u ocho metros de distancia todavía. Es preferible que reciba un metrallazo, que podemos curar con facilidad, a que muera digerida por esa devoradora de animales. ¡Sería un final horroroso! Por otra parte, fíjese en que el fondo de la corola es bastante profundo y eso hará que los trozos de la bomba salgan proyectados hacia arriba.

Asintió Cass en el mismo momento en que la granada, chapoteando, se hundía en el fondo del líquido y dimos un salto atrás, aguardando la explosión.

Volaron los trozos de pétalos por los aires, en medio de una lluvia de aquel jugo, envueltos en humo negruzco, en tanto que una fuerte explosión sonaba en el ambiente y los tentáculos, laxos al fin, soltaban su presa, que rodó por el suelo, inconsciente, desvanecida, apresurándonos a recogerla y asistirla en el interior del aparato, proporcionándonos Craig un poco de licor, que obró maravillas en Clara, que abrió los ojos.

—¿Qué me ha pasado? ¡Oh, ha sido espantoso!

—Tranquilícese, señorita. Se encuentra bien —dije, con una de sus manos entre las mías, procurando darle ánimos—. Ese bicho no devorará ya a ninguna persona.

—¿Qué era, señor Madison?

—Una planta carnívora, capaz de digerir hombres. Pero la hemos destruido.

—Gracias —suspiró ella—. Cuando me vi arrastrada hacia el centro de aquella horrible flor, cuyas hojas se movían como si fuera una cosa viva, creí morirme.

—Desde luego ha pasado usted un mal rato —sonrió Cass—. La verdad es que imponía. Bueno, y ahora que ya estamos bien, ¿por qué no

echamos un vistazo a ese planeta? Me gustaría saber cómo se llama. ¡Canastos! Si supiera mi coronel dónde me encuentro…

Se asomó a la puerta, para quedarse instantáneamente clavado, como si se hubiera convertido de piedra, alzados los brazos, y yo miré hacia él, extrañándome de su actitud.

—¿Qué le ocurre, Cass? —pregunté.

—Si quiere ver a un tipo de película, venga y acérquese —me respondió. Esto picó mi curiosidad.

A fe que la satisfice, porque apenas me había puesto a su lado, cuando tuve que alzar los brazos al ver lo mismo que él estaba contemplando.

Había motivos más que suficientes para asombrarse, porque de verdad que era un tipo de película el que estaba frente a nosotros, vestido de la misma forma que un legionario de los tiempos de la Roma Imperial, pero no llevaba la espada en la mano, sino colgada del cinto. No obstante, no era el arma enfundada la que nos hizo levantar las manos, sino la extraña pistola que, desacorde en un todo con su anacrónico atuendo, empuñaba firmemente. En la mano izquierda tenía un objeto cuadrilongo, oscuro, cuya utilidad comprendí un segundo más tarde.

El romano aquel habló unas extrañas palabras, como si se dirigiera al micrófono portátil, y a punto estuve de caerme de espaldas, cuando de éste salió una voz que dijo con toda claridad, en un inglés perfecto:

—Salgan y no hagan ningún movimiento sospechoso, si no quieren que les tueste.

—¡Zambomba! —gruñó Barclay—. ¡Vaya un recibimiento! ¿Puede saberse los motivos de tan cordial acogida? —y al inquirir esto hizo un amplio ademán con la mano, señalando a la docena de hombres que, en semicírculo delante de nosotros, estaban en idéntica actitud que su jefe.

—Nuestro Emperador, el Gran Tardos, me ha ordenado llevaros a su presencia. Andamos escasos de gladiadores para los Grandes Juegos y vosotros constituís un refuerzo apreciable —contestó la máquina traductora, haciéndonos inteligibles las palabras del centurión.

—¿Los Grandes Juegos? ¿Gladiadores? No me hagas reír, figurón. ¡Anda y dile al fantoche de tu amo que no tenemos ganas de pelearnos con nadie! ¡Largo! —gritó, pero el otro dio una breve orden en su

idioma y el círculo de legionarios se estrechó avanzando hacia nosotros, sosteniendo firmemente sus armas, de cañón más largo que la pistola que sostenía su Jefe.

—Si quieres hacernos prisioneros, ¿por qué no te acercas? —le desafió Cass, y el romano, con toda ingenuidad, subió un par de escalones, creyendo que bastaba su sola presencia para que nos rindiéramos.

No sé cómo nos las arreglamos, pero juro en mi ánimo que no hubo telepatía, ni cosa que se le pareciera. El caso es que nuestros respectivos pies derechos se alzaron simultáneamente, alcanzando al centurión en la mandíbula y arrojándolo, después de hacerle perder el contacto de sus pies con el suelo, hacia atrás, con ominoso crujido de huesos, y mientras yo saltaba hacia adelante, Cass se metía en el interior de la astronave.

Mi intención era evidente. La pistola que empuñaba nuestro desmayado antagonista se encontraba en el suelo y deseaba apoderarme de ella. Sus hombres, desconcertados por tan inesperada reacción, vacilaron un momento y aquella fue su perdición.

Contra lo que yo esperaba, de mi nueva arma no salieron detonaciones, sino más bien latigazos, que restallaban poderosamente en la atmósfera. Los hombres empezaron a caer, y todavía más, cuando, ayudándome, Cass apareció en la puerta de "Chronos" y empezó a hacer uso de su ametralladora.

Pronto calló ésta, pues salvo dos o tres que arrojaron las armas y emprendieron precipitada huida, contra los que no quisimos disparar, el resto yacía en tierra, acertándome en mi curiosidad a ver qué efectos había causado su pistola.

Había uno de ellos tendido muy cerca y me incliné hacia él, pero súbitamente sus brazos se extendieron en fulminante movimiento, asiéndome sus manos por el cuello, tratando de cortarme la respiración.

Me soltó cuando le puse un ojo negro, cosa que le hizo lanzar un aullido de dolor, pero al mismo tiempo sus rodillas se clavaron en mi estómago, derribándome hacia atrás, en medio de las estrepitosas carcajadas de Cass, quien por lo visto la estaba gozando de lo lindo, al mismo tiempo que me llegaba un grito de alarma de Clara.

A pesar de sus atalajes, el tipo era duro y, después de levantarse de un ágil salto, se arrojó sobre mí, pero yo ya estaba en pie y no era manco; lo recibí con un demoledor derechazo al mentón que hubiera dormido

a cualquiera otro que no hubiera sido él y que se limitó a retroceder dos o tres pasos, gruñendo amenazadoramente, cosa que me importó muy poco, porque como no tenía el traductor automático a mano, no entendí ni jota de lo que me dijo.

Lo que sí vi claro fue su movimiento llevándose la mano a la espada, corta, recta, pero temible, desenvainándola al mismo tiempo que se tiraba a fondo, y acto seguido me lanzaba una estocada que, de haberme alcanzado, hubiera concluido en aquel punto con mi historia.

Pero sólo encontró el vacío. El vacío y mi pie derecho que dejó en tanto que yo, en el momento exacto, me ladeaba, antes de que tuviera tiempo de rectificar su trayectoria, haciéndole caer cuan largo era, ayudándole con el pie izquierdo, convenientemente aplicado en el final de su espalda.

Sonaron dos o tres palmadas y una exclamación.

—¡Bravo, Chris! —gritó Cass—. Ya ha ganado usted un "round". Vamos a ver si lo noquea.

—¡Va por usted! —grité, inclinándome y sacando la espada de uno de los caídos, disponiéndome a soportar el segundo ataque de mi antagonista que, furioso, se había levantado y cargaba airadamente sobre mí, con la sana idea de ensartarme en su pincho.

Me tiró una serie de furibundas estocadas que todavía no consigo entender cómo no me dejaron en el sitio, ya que las paré de milagro, puesto que no tenía la menor idea de lo que era el noble deporte de la esgrima, y al fin, tras un último tajo que estuvo a punto de abrirme en canal, volvió a lanzarse a fondo.

Volví a esquivar, adelantando el brazo izquierdo y desviando el arma que pasó rozándome el costado, haciéndome sentir una vivísima sensación de quemadura, al rasgarme el agudísimo filo de la espada la superficie de la piel, mas mi brazo derecho también había avanzado y en la mano, firmemente sujeta, tenía la espada arrebatada a uno de los caídos.

Sentí claramente cómo el arma penetraba en algo blando, al mismo tiempo que oía un sonido que me puso los pelos de punta: la carne rasgada, y luego, continuando la penetración de la espada, aprecié también el sonido de los huesos destrozados. El legionario lanzó un aullido agónico y, poniendo los ojos en blanco, cayó hacia adelante, engarfándose sus dedos en la tierra, moviéndose convulsivamente durante unos momentos, hasta que quedó definitivamente quieto.

Me quité el sudor de la frente. Ahora que había pasado todo, noté que una extraña debilidad se apoderaba de mí, pero Cass lo comprendió y corrió hacia mí con una botella en la mano, de la que bebí un largo trago. Gracias a ello, reaccioné de mi flaqueza y sonreí a Clara, quien, sin pensarlo poco ni mucho, corrió y se arrojó en mis brazos.

—¡Oh, señor Madison! Creí que le mataban. Temí... —pero de repente se interrumpió, poniéndose colorada y soltando aquellas deliciosas ligaduras.

—Es usted un hombre de suerte —comentó jocosamente Cass, echando a su vez otro trago—. Dígame, ¿cuál es la receta que emplea para atontarlas?

—No sea animal, Barclay —refunfuñé, pero en aquel momento Craig se nos acercó, con actitud harto meditabunda, sosteniendo aquel extraño aparato en sus manos.

—¡Notable! ¡Muy notable! He aquí algo tras de lo cual se ha ido siempre en la Tierra, sin poder lograrlo. El traductor automático. Me gustaría conocer su funcionamiento.

Lo hubiera sabido si conociéramos el lenguaje de aquel extraño mundo, de rojizo cielo, en el que nos hallábamos, pues la maquinita contestó algo que no logramos entender.

Miré en mi torno. No parecía aquel mundo muy distinto del nuestro, salvo, como ya he dicho, por el extraño tono sangriento del cielo que ponía matices inesperados en nuestras caras al reflejarse en ellas la luz ambiental. No obstante, no conseguí adivinar de dónde había salido aquel grupo de hombres, la mayoría de los cuales yacían en tierra, como tampoco pude averiguar el medio de que los supervivientes se habían valido para escapar a nosotros.

Me acerqué a Clara.

—¿Se encuentra bien, *mademoiselle* de Lorival?

—¡Oh, sí; gracias, señor Madison! Pero todo esto, ¡es tan nuevo para mí! Hace una hora escasa me hallaba a punto de caer en algo espantoso y ahora, ustedes lo dicen, y creo no debo dudar de su palabra, me encuentro en un planeta completamente desconocido para mí, que no es el nuestro. ¿Qué maravillosas artes emplean ustedes?

En pocas palabras le expliqué cuanto había sucedido desde el momento en que me tropecé con Craig, hasta aquel en que tan

oportunamente habíamos llegado a Lorival, pasando por la salvación de Barclay de las garras de los norcoreanos, y terminé diciendo:

—En suma, que no sabemos en qué época estamos. A juzgar por la indumentaria de esos tipos, debemos haber retrocedido veinticinco siglos en el Tiempo, pero esas pistolas son muy superiores a las de mi época, lo cual me hace suponer que en este desconocido mundo, la civilización está mucho más adelantadísima que en la Tierra.

Mas en el momento en que Clara abría la boca, me ocurrió un fenómeno extraño. Pues empezó a borrárseme de mi vista, como si se convirtiera en humo, ondulado y agitado por la brisa. Y lo mismo me pasó con los cuerpos del profesor y de Cass. Diez segundos después habían desaparecido todos de mi vista.

CAPÍTULO V

Cuando abrí los ojos me encontré tumbado en un rincón y junto a mí, el cuerpo de Barclay. La cabeza me ardía y me parecía que en lugar de lengua tenía una pata de elefante, pero algo parecido a un cántaro que tenía a mi lado me sirvió para refrescarme las resecas fauces y luego unas gotas en la nuca contribuyeron poderosamente a alejarme las brumas que cubrían todavía mis ojos. En vista de ello, hice que Cass abriera los suyos y se despertó bostezando.

—¡Eh! ¡Basta de agua! ¿Dónde estamos, compañero?

—Si me lo dice, le regalo un paquete de cigarrillos, Barclay.

—Falta me harían. ¿Qué es lo que nos ha pasado? Lo último que recuerdo es que usted se convirtió en humo.

—Es curioso —observé—. Igual, exactamente igual, me pasó a mí —y de repente solté una exclamación—: ¿Qué ha sido de Clara y de Craig?

No se veían por parte alguna.

Cass se puso en pie de un salto.

—¡Atiza! Pues es cierto. ¿Qué diablos habrá sido de ellos?

—Estarán...

El ruido de la puerta al abrirse me cortó la frase. Nos volvimos simultáneamente, pero contuvimos los impulsos que nos asaltaron de lanzarnos sobre los hombres que se habían presentado ante nuestra vista, advirtiendo los amenazadores gestos que hacían con sus armas.

—Resignación, amiguito —dijo con sorna Cass—. No podemos hacer nada.

—Ya lo veo —y presté atención a las palabras que, por medio de otro ejemplar de traductor, me dirigió el jefe de aquel pelotón de legionarios.

—No intentéis hacer nada, pues estáis inermes. Pudisteis sorprender al primer grupo de legionarios enviados para capturaros, pero ahora no ocurrirá lo mismo.

—¿Adónde nos lleváis? —el aparato tradujo mi pregunta y la respuesta del decurión.

—El Gran Tardos, Emperador de Kang, reclama vuestra presencia. Quiere conoceros, extranjeros.

—Está bien. Puesto que no hay otro remedio... —y avancé un paso seguido por Barclay, colocándonos en medio del pelotón de soldados, empezando a andar, acompasando nuestro paso al suyo.

Hago gracia de la infinidad de corredores y escaleras que tuvimos que atravesar y subir hasta que al fin nos encontramos en un gigantesco salón, de tremendas dimensiones, tanto en lo alto como en lo largo y en lo ancho. Estaba lleno de personas, vestidas todas de idéntica manera que los soldados, a excepción de sus corazas y, a una orden del jefe del pelotón, continuamos nuestro avance por el centro.

Me detuve de repente, como clavado en el suelo. Ante mí se extendía un estanque de unos cincuenta metros de largo por la mitad de ancho, en el cual, perezosamente, nadaba un repulsivo bicho que me puso los pelos de punta.

—¡Madre de Dios! —Era Barclay que no pudo contener la exclamación —: ¿Qué bestia tan espantosa es ésa?

—Seguid. No os entretengáis. El Gran Tardos os está esperando.

Quise dar un rodeo, pero sentí la punta de una espada clavárseme en

la espalda y, de una manera instintiva, di un paso hacia adelante.

Pero, cuando me veía precipitado en el agua, en las fauces de la bestia, me di cuenta de que el estanque estaba cubierto por una inmensa lámina de transparente vidrio, tan transparente que me había engañado del todo, haciéndome creer que entre nosotros y el animal que nadaba y que nos siguió con ojos llenos de deseo, no había nada. Estremecido por el horror que me causaba la espantosa visión, sin poder apartar mis ojos de ella, continué andando hasta que por fin, con un suspiro, se acabó el suelo de vidrio y pisé el pavimento de mosaico, con dibujos de rarísima factura, en cuyo momento alcé la vista.

Lancé un grito de sorpresa.

—¡Clara! —grité, y me hubiera abalanzado sobre ella, de no detenerme, con la punta de su espada, el decurión, clavando sus ojos en los míos y frenando mi movimiento muy en contra de mis intenciones.

Estaba hermosísima, ésta es la verdad. Despojada de sus desgarradas vestiduras del siglo XVIII, vestía una túnica que parecía de hilos de plata, dejando al descubierto su delicado hombro izquierdo, en tanto que su rubia cabellera estaba ceñida por una serie inacabable de hilos de gruesas perlas, que constituían por sí solas una pequeña fortuna, en tanto que al cuello llevaba un espléndido collar de oro y piedras preciosas de gran tamaño. Un broche de la misma forma, haciendo juego, sujetaba su túnica y, sus ojos me miraron suplicantemente, de un modo que me llegó directamente al corazón, haciéndolo conmover.

Pero casi más que su presencia, más, desde luego que la del profesor Craig, sentado también a su lado y vestido de idéntica manera, aunque sin joyas, fueron el hombre y la mujer que presidían aquella reunión los que atrajeron de poderosa manera mi atención.

El hombre se adivinaba de mediana edad, pero de poderosos músculos. Sus ojos tenían una dureza diamantina, dando la sensación de que solamente con una simple mirada era obedecido, y tenía en su mano algo que me recordó vagamente un cetro.

La mujer era de una belleza despampanante. Morena, ardiente, vestía de la misma manera que todos, con una pesada túnica de hilos de oro, que no lograba ocultar la turgencia de sus formas de diosa y sus labios, entreabiertos, parecían pedir un beso, sonriendo de una forma tentadora y maravillosa a la vez. Confieso que tal belleza me turbó y

me embriagó, pero me bastó mirar a Clara, para liberarme de su hechizo.

Todavía quedaba otro hombre, de pie a espaldas del que se decía Emperador de Kang, y lo que me extrañó de él era que tenía la cara cubierta enteramente por un negro capuchón, viéndose solamente sus ojos negros a través de dos orificios abiertos a su altura.

—Yo soy el Gran Tardos, Emperador de Kang. Sé a lo que habéis venido aquí —hizo un gesto con la cabeza hacia Craig—, pero también sé que matasteis a los hombres que envié en vuestra busca.

—Nos limitamos a defendernos —repliqué sencillamente.

—No teníais por qué temer. Nadie deseaba haceros ningún mal.

—¿No, eh? Y, ¿qué me dices de eso que necesitáis esclavos para vuestros Grandes Juegos? ¿Te figuras acaso que tengo tipo de gladiador?

Tardos nos miró de arriba abajo.

—¡Por Júpiter! —Soltó una risotada y se inclinó sobre la mujer que tenía al lado— ¿Qué te parece, Tanna?

La morena despampanante sonrió levemente, sin quitar sus ojazos de mí y dijo algo que evidentemente causó gran satisfacción en los concurrentes y, especialmente en el Emperador, quien se golpeó los muslos con gran algazara.

—¡Bravo, muchacha! ¡Has tenido una gran idea! Que traigan a Tohx.

Tanna me miró de un modo que me causó escalofrío. Aquella mujer me pareció la viviente reencarnación, en figura humana, de la serpiente que engañó a nuestros primeros padres, pero entonces el sonido de un enorme "gong" llenó totalmente la gigantesca sala.

Un enorme esclavo, vestido apenas con un liviano slip, de piel intensamente verde, ojos oblicuos y puntiagudas orejas, había golpeado el pesado círculo de oro, de doble altura que él, con un martillo del mismo precioso metal, que yo no hubiera sido capaz de mover. Y un minuto más tarde, un hombre idéntico a él, hacía acto de presencia.

Tardos se dirigió a mi compañero:

—Te voy a dar una ocasión de salvar tu vida, Barclay. —Por lo visto había averiguado nuestros nombres—. Todavía no ha nacido el hombre capaz de vencer a Tohx en una lucha con las manos desnudas.

Temblé por la suerte de mi amigo. Contemplando los músculos del gigante, su amplísimo tórax, sus escurridas caderas, sus poderosas piernas, no dudé un solo momento cuál iba a ser la suerte del desgraciado Cass. Pero éste se echó a reír desafiante.

—¿Ese enano es el que me destinas, Tardos? ¿Por qué no me traes media docena como él para igualar un poco el combate?

Mi amigo fanfarroneaba sin duda alguna, por lo que le dije, en voz muy baja:

—Ándate con cuidado, Cass. El fulano lleva la piel completamente untada de aceite y no será tarea fácil hacer presa en él.

Me golpeó levemente en el hombro:

—No te preocupes, Chris. Conozco una serle de trucos que le van a hacer reclamar el auxilio de la aspirina a ese Tohx.

Se quitó de un zarpazo la camisa, quedándose con el torso desnudo.

—¡Vamos, valiente! —le retó, y me dispuse a contemplar tan singular duelo, al igual que los centenares de cortesanos de Tardos, quienes empezaron a hacer sus apuestas, en medio de una algarabía espantosísima.

Con paso lento, pero seguro, Tohx avanzó hacia Barclay, avanzando sus manazas, intentando hacer presa en él, pero solamente encontró el vacío. Comparado conmigo, Cass podía pasar por lento, pero era una ardilla referido al gigante, quien, antes de que se diera cuenta de lo que le ocurría, ya tenía a Cass sobre sus espaldas, asiéndole por el cuello, con una mano, en tanto que con la otra le "acariciaba" suavemente los ojos.

De la garganta de Tohx salió una serie de aullidos de dolor, y con un brusco movimiento, se desasió de Barclay, quien, sorprendido, rodó por el suelo, en tanto que el enorme esclavo se lanzaba sobre él.

Mi amigo giró rapidísimamente sobre sí, con lo que hizo infructuoso el *plongeon* de Tohx, quien se estrelló contra el suelo en medio de las risas generales que, como era lógico, no contribuyeron precisamente a pacificar su ánimo.

Saltó al incorporarse sobre Cass, pero éste se ladeó a un lado y avanzó sucesivamente los martinetes de sus puños, castigando el estómago de su contrincante cuyo rostro se contrajo a impulsos del dolor. Pero hacía falta algo más que dos directos para abatir aquella torre de huesos y músculos, y una de las aspas, que era su brazo derecho, alcanzó aunque de refilón —porque si le da de lleno, en aquel momento se hubiera acabado la pelea— a Cass, haciéndolo volar por el aire, cayendo al suelo y resbalando unos metros sobre él hasta que logró frenar la marcha.

Sacudió la cabeza, tratando de recuperar la exacta visión de las cosas.

—¡Caracoles! —exclamó pintorescamente—. ¡Vaya mula!

Se levantó en el momento exacto en que Tohx caía sobre él. A pesar de que estaba untada de aceite su epidermis, logró hacer presa en su brazo derecho y, soportando heroicamente las tarascadas que le dirigía con el otro, dio media vuelta sobre sí mismo, en un fulminante movimiento, haciendo palanca en el miembro como si quisiera cargarse, a través de él, a Tohx.

Sucedió lo que tenía que ocurrir indefectiblemente: pesaba demasiado el esclavo y cedió por la parte más débil, que era la articulación del codo que saltó, con siniestro crujido, hecha astillas, algunas de las cuales atravesaron la piel, ensangrentándola.

Los alaridos de Tohx llenaron todos los ámbitos y, perdiendo la moral, volvió grupas, echando a correr hacia el mismo punto por el que había entrado, pero Tardos dio una seca orden y un centurión se destacó, armado con un látigo.

Me dejó asombrado el tal látigo, porque a cada aplicación sobre las costillas del esclavo, saltaban chispas de éste, resonando tremendos chasquidos, producidos en parte por los mismos golpes y en parte por las descargas eléctricas con que pretendían hacer volver al palenque al desgraciado que, antes que enfrentarse con Cass, prefería soportar tal brutal castigo.

Durante unos minutos, permaneció en pie, y no digo impávidamente, porque se retorcía presa de crueles dolores, hasta que, sin poderme contener, sintiendo una infinita piedad por el infortunado, me acerqué de un salto al centurión, arrebatándole la fusta eléctrica y cruzándole con ella la cara, de la que brotó un azulado chispazo, al mismo tiempo que un alarido de dolor.

—¡Basta! —grité—. ¡Sois más crueles que las propias fieras! ¿No veis

que Tohx no está en condiciones de combatir?

—¡Ah! —dijo suavemente Tardos—. Conque no puede combatir, ¿eh? ¡Suelta ese látigo! —ordenó perentoriamente y hube de obedecer porque media docena de soldados avanzó hacia mí, apuntándome con sus extraños fusiles. Tardos, prosiguió, sonriendo sardónicamente—. Si no está en condiciones de combatir, ¿para qué dejarle vivir? ¡Centurión!

Avanzó éste, levantando la mano derecha en saludo, viendo, al igual que yo y todos, el siniestro gesto que hizo Tardos, al inclinar el pulgar hacia abajo. El centurión no dudó un segundo más.

Su espada se clavó en la espalda de Tohx, quien lanzó un alarido infrahumano al sentir sus carnes traspasadas. Cayó pateando espasmódicamente en el suelo, en medio del lago rojo que era su propia sangre.

—¡Acaba con él! —gritó con aspereza Tardos, y el centurión, obedeciendo por segunda vez, le clavó su espada en la garganta, lo que hizo cesar en pocos momentos los movimientos de Tohx.

—Retirad esa carroña de aquí —ordenó Tardos y, sin poderme contener miré alternativamente a las dos mujeres.

Clara respiraba afanosamente, palidísima, oprimiéndose el pecho con las manos, en tanto que mantenía los ojos cerrados, para no presenciar aquellas visiones de pesadilla. En cambio, Tanna no separaba, como si estuviera fascinada, sus hermosísimos ojos de noche, del trágico espectáculo, respirando también anhelosamente, pero en su interior —estoy seguro de ello— lamentaba infinitamente que la lucha hubiera acabado tan pronto y, sobre todo, de una manera tan decepcionante.

—Ahora te toca a ti, Madison —y me sobresalté al escuchar la voz de Tardos, pues había olvidado que tenía que purgar la horrenda culpa de haber tratado de evitar el ser detenido.

—¿A... a mí? —tartamudeé—. ¿Qué... qué es lo que tengo que hacer?

Tardos sonrió de una manera peculiar.

—Detrás de ti hay alguien hambriento y que espera afanoso una buena comida.

Todavía hoy, al recordarlo, se me ponen los pelos de punta. Me volví y aprecié la bestia que nadaba suave, tranquilamente por el fondo del

estanque, cuyas aguas removía apenas. Sin poderlo evitar, sintiendo una fascinadora, hipnótica curiosidad, me acerqué al borde de la pileta.

Era un tiburón, pero ¡qué tiburón, por Neptuno! Lo de menos era casi su tamaño y sobrepasaba ampliamente los diez metros de longitud. Lo que me horrorizaba no era esto precisamente, sino las dos bocas que, en sendas cabezas que se movían por separado, se abrían y se cerraban, con un espantoso sonido de entrechocar de dientes que, a pesar del agua y del mamparo horizontal de vidrio, me llegaba con toda claridad.

¡Un tiburón bicéfalo! Un animal así desbordaba todas las fantasías imaginables. ¡Y era yo quien debía combatirlo!

No sé cómo me las arreglé para tenerme en pie, pero sí que instantáneamente me sentí bañado en sudor. Respiré hondamente y me atreví a preguntar:

—¿Y... y si me... me negase?

Tardos se echó a reír con aquella mueca tan peculiar suya.

—Sería mucho peor para ti y para nosotros. Nosotros nos aburriríamos, pero tú irías a parar a su estómago sin poderlo remediar, porque te echaríamos atado de pies y manos.

Tragué saliva. Extendí las manos:

—¿Voy a combatirlo solamente con esto? ¿Te figuras que esa bestia es otro Tohx?

—No, ¡por Júpiter! Escoge tus armas. Tienes esa ventaja, Madison.

Dentro de lo malo, aquello mejoraba mi situación. Pensé desesperadamente. ¿La "Thompson"? No. Sólo valía en el caso de que pudiera hacer fuego desde el borde y, claro, así no me iban a dejar combatir... ¡Ya! ¡Tenía la solución! Desesperada, pero la única viable.

Miré a Tardos.

—Quiero que traigan todo el equipaje que teníamos a bordo de nuestra nave.

Asintió y dio unas breves órdenes y acto seguido salió el centurión que apuñaló a Tohx, para regresar a los pocos minutos.

En tanto que esto ocurría, advertí la mirada de Clara y me acerqué a ella:

—Tened cuidado, *monsieur* Madison —y su acento era altamente patético.

No pude evitar fanfarronear un poco:

—Reparad en que es, al fin y al cabo, una bestia. Y yo soy un hombre y sé hacer uso de mi cerebro. Espero que mi truco no me falle.

—¡Oh! Si murierais... Pero no. Dios no lo querrá —dijo súbitamente, y aquellas palabras inflamaron mi corazón.

Me arrodillé ante ella, parte porque lo sentía y en parte por dar en medio de los dientes a otra mujer, cuyos ojos notaba clavados en mí. Con una reverencia que no la hubiera mejorado el propio Luis XVI, tomé su manecita en la mía y deposité un suave beso en ella, haciéndola estremecerse.

—*Mademoiselle* de Lorival, quedad tranquila —y me fui a huronear entre los bultos que unos hombres de piel verde, que debían ser la raza de esclavos en Kang, acababan de depositar a los pies del trono, soportando impasible las irónicas miradas de Tanna.

Saqué dos objetos de allí, y Cass me palmeó las espaldas:

—¡Buena suerte, Chris!

—Falta me hará —y, tras despojarme de la camisa y remangarme los pantalones hasta la rodilla, me volví hacia la piscina, en el preciso momento en que, merced a algún oculto mecanismo, el mamparo transparente, partido en dos, se separaba a ambos lados, dejándome espacio suficiente para zambullirme.

Antes de hacerlo, miré en dirección a Clara y vi que ésta me enviaba un beso con la punta de los dedos, lo cual me inflamó el corazón en ardores hasta ahora desconocidos para mí. Y tampoco pude evitar el mirar a Tanna, cuyos ojos llameaban de cólera, al ver la preferencia que demostraba por la aristócrata.

Dejándome de estas contemplaciones, eché un vistazo a la pileta. El bicéfalo escualo acababa de dar la vuelta en aquel instante el extremo opuesto, dirigiéndose hacia la parte en que yo me hallaba con intenciones bien claras.

Y mientras caía al agua, mis dientes tiraron, alternativamente de una y otra anilla de seguridad de las granadas de mano de que me había provisto.

Sujeté firmemente los seguros de las bombas, en tanto que, solamente con los pies, moviéndolos ligeramente, me sostenía entre dos aguas, los ojos bien abiertos, con objeto de percibir claramente los movimientos de mi enemigo, que se echó encima de mí con la velocidad de un expreso.

Su imagen, deformada por la refracción de la luz, reflejada en mis retinas a través de un medio más denso que la atmósfera gaseosa, se me apareció tremendamente enorme y no digo que de nuevo se me pusieron los pelos de punta, porque los tenía mojados, pero aun así y todo, era un espectáculo realmente impresionante el de aquel extraño pez, que en realidad eran dos escualos en uno, cargando sobre mí de manera aterradora.

No obstante, procuré no perder la serenidad. Me mantuve firme y, por la posición de sus dos bocas, me di cuenta de que para hacer uso de ellas tendría que voltear sobre su vientre, colocándose durante una décima de segundo, en posición francamente desventajosa en relación conmigo. Lo interesante era saber aprovechar aquel pequeñísimo espacio de tiempo.

Mis manos oprimían firmemente los seguros. Tensé mis músculos en el momento en que el tiburón caía sobre mí, y hallé el instante exacto.

Se volvió sobre su vientre, tal y como yo había calculado y, a menos de un metro de distancia, una tras otra, las dos granadas volaron a ambas gargantas, en el mismo momento en que taloneando vigorosamente, procuraba sumergirme todo lo posible, de una manera oblicua, de tal forma que al mismo tiempo huyera del doble peligro: de la fiera y de las explosiones.

No pude evitar que mi hombro izquierdo rozara con su asperísima piel e instantáneamente noté el dolor del despellejamiento, pero comparado con la salvación de la totalidad, el que perdiera la del hombro, era peccata minuta.

En la revolución de las aguas noté que el pez viraba sobre sí, lanzándose en mi persecución, y esto me hizo acelerar la potencia de mis brazadas, desarrollando una velocidad como jamás supe era capaz de ello, mas de repente me sentí brusca y dolorosamente impulsado hacia delante.

La onda explosiva se propaga con mucha mayor intensidad en el agua, por ser éste un medio más denso que el aire, y el golpazo repercutió dolorosamente en mi espalda, haciéndome crujir de tal forma la columna vertebral, que pensé me la había partido, así como los tímpanos estuvieron a punto de estallarme. Pero con un supremo esfuerzo, logré sacar la cabeza fuera del agua y con ambas manos me así al borde del vidrio, contemplando, jadeante, sin respiración, la espantosa agonía del escualo, descabezado doblemente.

Una gran mancha de sangre se diluía lentamente en el agua, enrojeciéndola, en tanto que el mutilado cuerpo del pez se debatía en los espasmos procedentes de los últimos reflejos nerviosos. Mas aquello había sido demasiado para mí y, durante unos momentos, perdí la noción de las cosas.

Me desperté en una habitación de tamaño muchísimo más reducido. Estaba tendido en el lecho y, cosa extraña, me había desaparecido el dolor del hombro lacerado. Me incorporé al sentir pasos precipitados y una mujer, corriendo apresuradamente penetró en la estancia:

—¡Chris! ¡Chris! ¿Estás bien? —Clara de Lorival había olvidado, en su anhelo, el tratamiento ceremonioso y se arrojó en mis brazos, sollozando intensamente, a causa de la alegría que sentía.

Le rodeé los hombros con los brazos, tratando de calmarla, mas apenas había murmurado media docena de frases, cuando las cortinas que daban acceso se apartaron bruscamente, separadas por dos legionarios que siguieron a la princesa Tanna, quien, con los ojos llameantes, ordenó secamente:

—¡Llevaos a esta mujer de aquí!

Lo adiviné por su gesto, porque la orden fue dada en su idioma. Clara, a pesar de sus gritos y de su resistencia, fue sacada a viva fuerza por los dos hombres, sin que yo, débil y extenuado todavía —el golpe de la onda explosiva había sido harto duro—, pudiera hacer otra cosa que dirigirles unos cuantos denuestos de los cuales los soldados, como era lógico, no hicieron el menor caso.

Mas apenas habían desaparecido éstos, llevándose consigo a la muchacha, cuando el rostro duro, áspero, de Tanna, se transfiguró súbitamente. Adquirió una expresión suave, amorosa, acariciadora, en tanto que sus ojos cargados de pasión me devoraban literalmente y, con voz susurrante, plena de ardor, me dijo, extendiendo los brazos hacia mí:

—¡Mi héroe! ¡Príncipe mío!

CAPÍTULO VI

Aun a riesgo de pecar de inmodestia, diré que esperaba por parte de Tanna algún avance más o menos amoroso, pero nunca supuse que llevara su pasión hacia mí hasta tal extremo. De modo que intenté retroceder, impidiéndomelo mi postura, y ella, al notar mi turbación, me preguntó con la mejor de sus sonrisas:

—¿Es que no te gusto, héroe?

Carraspeé antes de contestar adecuadamente:

—Sí... claro... Eres muy guapa, Tanna, pero...

Pateó el suelo, levemente impaciente.

—Pero, ¿qué? ¿Hay algún obstáculo para que no puedas declarar libremente tu amor hacia mí?

—Yo... pues, verás... El caso es que... —No sabía cómo decírselo de modo que no se sintiera ofendida, pues, aun reconociendo que como mujer era de una excepcional belleza, el caso es que había llegado unas horas tarde, y mi corazón, sin habérselo confesado todavía, pertenecía por entero a la no menos hermosa, aunque de otra clase de belleza más dulce y apacible, Clara de Lorival. Por otra parte, sentía que en aquel extraño planeta llamado Kang me convenía tener algún aliado, y si me granjeaba la enemistad de Tanna, me daría muchos más quebraderos de cabeza de los que me esperaban y que presumía no iban a ser pocos. De modo, pues, que procuré cambiar de conversación.

—Dime, Tanna, ¿cómo lograsteis apoderaros de nosotros?

—Usamos el telehipnotismo y el resto fue fácil —rió argentinamente.

—Pero lo que no comprendo es cómo vinieron y se fueron los soldados que enviasteis a capturarnos.

—Tenemos una extensa red de comunicaciones subterráneas. Cerca del lugar donde aterrizasteis había una entrada secreta, reservada únicamente a las fuerzas armadas de mi padre…

—¡Ah! De modo que Tardos es tu padre, ¿no es así?

—Sí, pero dejemos esto. Hablemos de nosotros solos, amor mío.

—¿Cómo puedes estar enamorada de mí si apenas hace una hora que me has visto, Tanna? —la interrogué.

Bajó los ojos en lo que a mí me pareció un falso pudor.

—A veces hay que esperar toda una vida para encontrar el verdadero amor, y éste no llega jamás. Otras, en cambio, basta con una sola mirada para comprender que es la persona a quien acabamos de ver la que nos hará feliz por toda una eternidad.

Quedé perplejo y apenas pude exclamar:

—¿Soy… soy yo, con respecto a ti, esa… esa persona? —No acababa de comprenderlo. Me parecía algo inconcebible.

—Sí. Y tú, ¿no me amas?

¡Y dale! Menuda obsesión había cogido la tal princesa de Kang. ¿Cómo me sacudía yo aquello de encima? Por más vueltas que le daba a mi magín, no acababa de hallar la solución. Y, en vista de ello, hice lo más cómodo para mí: fingir que perdía el conocimiento y dejé caer hacia atrás mi cabeza, cerrando los ojos con un quejido.

Dos minutos después estornudaba violentamente a causa de algo que me habían aplicado bajo la nariz. ¡Ni que hubiera sido yo una damisela decimonónica! Gruñí, renegué, pero a aquella Tanna no me la despegaba ni con agua caliente.

—¡Qué orgullosa me siento de ti, Chris! Seré la mujer más envidiada de todo el Imperio, cuando lleves mis colores en los Grandes Juegos.

Aquello me hizo reaccionar más que las sales. Me puse en pie de un salto.

—¿Los Grandes Juegos? ¿Qué es eso, Tanna?

—Cada cinco años se celebran unos Juegos, en los que se disputa algo muy valioso: un reino, un fabuloso tesoro o, como en esta ocasión, algo que vale más que todas las riquezas de Kang. ¡Mi mano! —

concluyó altivamente.

—¿Tu... mano? ¿Y serás capaz de casarte con el vencedor de los Juegos?

—¿Por qué no? —Su acento seguía siendo orgulloso—. Tardos, mi padre, ganó así, no solamente el Imperio de Kang, sino la mano de Kanha, mi madre. ¿Por qué había yo de rehuir la tradición? Sobre todo estando segura de que no habrá nadie que logre vencerte, mi héroe.

—La verdad es que, aunque no soy un alfeñique, no estoy muy ducho en los deportes. Hace ya algunos años que salí de la Universidad y desde entonces, y eso solamente a ratos, no he practicado otra cosa que un poco de gimnasia y algo de "footing".

—¿Quién ha hablado de deportes? —dijo ella con un encantador mohín—. Son luchas. Luchas a muerte. Como en los circos de vuestra antigua Roma. Y no puede quedar más que un vencedor. Todos los demás han de morir forzosamente. Espero que seas tú quien viva, mi héroe.

Me quedé sin aliento. ¡Vaya un programita que me anunciaba la hermosa Tanna! Como para salir corriendo rumbo a "Chronos" y volverme por donde había venido. Pero ello era absolutamente imposible.

Y tan sin aliento me quedé, que en esta ocasión la pérdida de conocimiento sí que fue auténtica y no hubo sales que me hicieran reaccionar de ninguna manera.

Veinticuatro horas más tarde ya estaba completamente repuesto. No sé qué demonios de medicina me habían dado en el hombro despellejado por el frote con el vientre del tiburón bicéfalo, pero el caso es que no sentía el menor dolor. Como si no me hubiera pasado nada, vamos. Y frente a mí se hallaba mi compañero de penas y fatigas, Cass Barclay, quien me estaba mirando, interrogante.

—¿Qué te parece el asunto? —dije con amargo sarcasmo—. Quieras que no, tienes que jugarte el pellejo por una cosa por la que no sientes el menor interés.

—Me parece que no hablas correctamente, Chris —me replicó Cass—. Yo sí siento un vivísimo interés... por mi vida.

—Yo también —continuaba mi abatimiento, máxime no habiendo

podido ver, a pesar de mis esfuerzos, a Clara—. Pero, según las reglas de estos Grandes Juegos, solamente ha de haber un superviviente. No lo olvides.

—¡Bueno! —me contestó indiferente Cass—. Todavía no hemos empezado siquiera.

Alguien apareció de repente en nuestra cámara. El mismo centurión que degollara tan a sangre fría al infeliz Tohx. Llevaba un traductor en la mano y ordenó a través de éste:

—¡Seguidme!

No quiero extenderme en detalles. Solamente diré que fueron largos los días, interrumpidos únicamente por frecuentes visitas de la princesa Tanna y que durante las cuatro o cinco semanas que duró aquello nuestros músculos, en un constante entrenamiento con toda clase de armas portátiles y arrojadizas, se endurecieron, adquiriendo fortaleza para la gran prueba que nos esperaba. No faltaron siquiera las clases de equitación, de modo que cuando acabó el plazo prefijado, podíamos considerarnos como medianamente instruidos y en condiciones de dar una réplica decente a los más afamados gladiadores de Kang, cuyas evoluciones en el "spoliarum" no dejaban de ponernos frío en nuestras respectivas médulas.

Y justo cuando acabó el tiempo prescrito llegó la época de dar comienzo a los Grandes Juegos.

Desde una ventana del palacio de Tardos, en el que, por influencias de la princesa Tanna, éramos huéspedes predilectos —"engordarnos para la matanza", decía melancólicamente Cass—, presenciamos durante días y más días la afluencia de gentes llegadas de todos los ámbitos de aquel planeta, tan singularmente civilizado en unas cosas, sobrepasándonos enormemente a los terrestres, y tan retrasado en otras, como aquellos sangrientos gladios que estaban a punto de comenzar.

Hombres de todas las razas posibles se fueron reflejando en nuestras retinas. Hombres verdes, como Tohx, formidables luchadores, con descomunales espadas al cinto; hombres-reptiles, cubiertos sus dorsos de enormes azuladas escamas, con sobresalientes colmillos, empuñando lanzas de dos puntas, afiladísimas como navajas de afeitar; hombres-leones, con melenas doradas, salientes colmillos y afiladísimas garras en las manos, capaces de abrir el vientre de una persona de un solo zarpazo; hombres-halcones, de enormes alas

saliéndoles de los membrudos dorsos, armados con larguísimas lanzas de más de cinco metros de longitud; pigmeos negros, portando diminutos arcos, capaces, sin embargo, de enviar una vira a quinientos metros de distancia con la precisión de un rifle; hasta lo que jamás hubiera creído posible ver tuve ocasión de presenciar, superando toda la fantasía posible: unos terribles combatientes por partida doble, los mitológicos centauros, hechos carne, armados de algo parecido a medievales ballestas, llevando sobre sus lomos a arrogantísimas amazonas que no portaban otro armamento que agudísimos venablos, capaces de atravesar un blindaje de un centímetro de espesor.

Todos estos fabulosos seres, mitad hombres, mitad animales, estuvieron desfilando días y días, en una riada ininterrumpida, inacabable, aumentando la población de Kang —la capital se llamaba igual que el planeta— a más del doble de su número habitual. Dónde se alojaron, cómo se las arreglaron para alimentarse y mil problemas más inherentes a una repentina subida del número de habitantes de la capital, es algo que ni siquiera me he atrevido a preguntarme, seguro de no obtener la respuesta adecuada por más que me hubiera devanado los sesos.

—Compañero, cuando volvamos a la Tierra tendremos de qué hablar durante todo el resto de nuestras vidas —me dijo el último día, cuando ya apenas quedaba nadie por llegar, Barclay.

—¿Crees que saldremos con el pellejo intacto? —exclamé lúgubremente, con un acento desprovisto por completo de optimismo —. Y aunque así fuera, ¿no recuerdas que de todo este fantástico desfile no quedará más que un solo superviviente? Tal es la regla de los Grandes Juegos, Barclay, y si tú y yo tuviéramos la fortuna de salir vivos, tendríamos que pelear a muerte el uno contra el otro por la mano de Tanna.

—¡Bah! Todavía no ha llegado ese momento, Chris. No seas pesimista —trató Cass de animarme, sin conseguirlo.

Y al fin llegó el momento tan esperado: el día en que debía dar comienzo la descomunal pelea. Ya estábamos armados Barclay y yo. Ligeros escudos, ligeras armaduras, que no imposibilitaban ningún movimiento por difícil que fuera, y cascos semiesféricos, todo ello de un metal liviano en extremo, pero, por lo que pude colegir, harto duro y tenaz. Unas espadas rectas, largas, de estrecha hoja y filo capaz de cortar un pelo en el aire, constituían todo nuestro atuendo bélico, en el que, durante las semanas que precedían, nos habíamos especializado en manejar, llegando a ser, si no consumados maestros,

sí unos buenos esgrimidores. Estábamos esperando el momento en que nos llamaran al palenque y, aunque Cass no dejaba de lanzar alguna que otra bravata, le notaba, al igual que a mí, un tanto nervioso.

Ya faltaban pocos momentos cuando irrumpió una mujer en la cámara: Clara, vestida de la misma forma que la viera el día de nuestra captura, y corrió hacia mí, colgándose de mi cuello.

He de confesar sin el menor rubor que, sin habernos dicho nada, intuyendo únicamente nuestros mutuos sentimientos, sus labios fueron oprimidos en un maravilloso beso por los míos, en apretado abrazo, que no fueron suficientes para deshacer los discretos carraspeos de Barclay, involuntario espectador de la escena. Y cuando, al fin, se separaron, advertí el temblor que agitaba el esbelto cuerpo de mi amada,

—¡Oh Chris, Chris! ¡Ten cuidado, amor mío! ¡No sé qué sería de mí si llegases a sucumbir en esas luchas tan bárbaras!

—Vamos, vamos, cariño —procuré calmar sus temores—. No pases pena por mí. Volveré y nos marcharemos de este mundo tan cruel.

—¡Si fuera verdad...! —y no pudo seguir hablando porque oprimí furiosamente sus labios al ver que unos cuantos legionarios, al mando de un decurión, hacían acto de presencia para llevarnos a la arena.

No me importó tener más testigos delante, y así el que quizá podía ser el último beso fue también presenciado por Tanna, quien hizo súbita irrupción en la estancia. Primeramente llamearon sus ojos de ira, y luego se echó a reír con aquella risa tan característica suya en la que, a pesar de la cólera, vibraban las notas argentinas:

—¡Oh, el amor! ¡Qué idiota eres, Chris! Podías tenerme a mí, y yo te haría infinitamente más feliz que esa tonta terrestre. Serías el emperador de Kang un día y fundarías una nueva estirpe de reyes, y dejas a un lado todas esas ventajas por amar a una pálida dama que se desmayará en cuanto vea correr la primera sangre.

—En el corazón no se manda, princesa —le dije, mirándola serenamente.

Su tono era harto burlón al contestarme:

—¿Quién sabe? —y tras pronunciar estas enigmáticas palabras dio una breve orden en su idioma a los soldados, que avanzaron hacia Cass y hacia mí. Me despedí nuevamente de Clara y, resignado ya, decidido a

luchar ferozmente por mi vida, salí de la estancia, arrojando una última mirada a Clara. Miento. Mis ojos repararon finalmente en la cínica sonrisa de Tanna, que parecía satisfechísima con los padecimientos morales de mi amada.

Una hora después hacíamos irrupción Cass y yo en la arena del gigantesco circo situado en las afueras de Kang, en medio de seis elevadísimas colinas, aprovechadas para apoyar en ellas los inmensos graderíos, repletos de una gesticulante y ardorosa multitud, ávida de sangre y emociones fuertes, cuyos rumores herían fuertemente nuestros tímpanos, al paso que nuestras pupilas se contraían para evitar los deslumbradores efectos de las candentes arenas blancas que muy pronto se teñirían de rojo.

Realmente era un impresionante espectáculo. Todo cuanto pueda decir acerca de las dimensiones de aquel fabuloso coliseo es poco. Creo que debía haber unos tres millones de personas, todas ataviadas a la moda romana, tan poco acorde con los modernos instrumentos en forma de gafas que usaban para acercarse hasta casi tenerla al alcance de las manos la escena que deseaban presenciar. Desde la arena a las primeras filas había un parapeto de mármoles ricamente labrados, de unos quince metros de altura, en cuyo borde superior vi numerosos objetivos que supuse serían los de las cámaras televisoras que retransmitirían las luchas a todo el planeta para complacencia de los habitantes que no habían podido disfrutar del placer de ser dueños de un boleto. Pero Cass y yo no caminábamos solos.

Íbamos los primeros, entrando por debajo de una enorme puerta, encabezando un verdadero ejército que, a medida que iba penetrando en el interior del circo, de más de quinientos metros de anchura, se iba extendiendo lateralmente. Y frente a nosotros, otra multitud de gladiadores avanzaba con rítmico paso, dirigiéndose a nuestro encuentro, en medio de las aclamaciones de la enfervorizada muchedumbre que llenaba totalmente el ambiente.

El espectáculo era impresionante.

Quedamos al fin frente a frente los dos grupos de combatientes, aunque, como ya he dicho, grupo no era su nombre exacto, sino ejército, dado el número que componían ambas unidades. Yo pertenecía, con Cass, al de las corazas doradas, y nuestros rivales al de las plateadas, para distinguirnos en el fragor de la lucha. Después de los primeros combates, cuando llegase el descanso, se igualaría el número, cambiando de corazas, según las bajas sufridas.

Un prolongado toque de corneta sonó, imponiendo silencio. Miré hacia el palco imperial, divisando allí a Tardos y Tanna. Clara y el profesor estaban juntos, al lado, y detrás de todos el misterioso enmascarado, cuchicheando de vez en cuando algo al oído de Tardos, quien sonreía de una manera que, sobre no hacerme ninguna gracia, no lograba comprender su significado.

Acallada la multitud un heraldo leyó —y entendimos su proclama porque alguien sostenía a su lado un traductor— algo escrito en un pergamino que no quiero repetir. Lo más suave que dijo fue que los heridos que no pudieran seguir el combate serían rematados, oído lo cual la plebe prorrumpió en alaridos de satisfacción.

Y todavía no se habían apagado éstos cuando otro toque de clarín, resonando siniestramente, dio la orden de comenzar la batalla.

Tan absorto estaba contemplando algo que atraía mi atención, que apenas me di cuenta de la señal. Y ello era que Clara se había tapado el rostro con las manos, en tanto que Tanna, sonriendo anhelosa, con los labios rojos como cerezas, entreabiertos, me enviaba un beso con la punta de sus dedos. Pero no tuve tiempo de mirar más.

Un enorme hombre verde, animado por demoníaca furia, cargó sobre mí, eligiéndome como su presa. No llevaba escudo como yo, pero sí un enorme mandoble, digno del Rey Arturo que levantó en el aire, abatiéndolo sobre mi escudo, que quedó partido por gala en dos, con metálico tañido que no pudo oírse porque el espantoso tumulto que reinaba lo impidió.

Una de las cosas que recordé en aquellos momentos fue que a veces conviene ceder en la lucha. Si hubiera mantenido tenso mi brazo izquierdo, lo menos que me podía haber ocurrido era que me hubiera fracturado los huesos, pero acompasé su movimiento de descenso al del tajo que me tiró el gigante y de esta forma solamente padeció mi escudo. Pero entre tanto no me quedé parado.

Mi antagonista tenía las dos manos ocupadas en la empuñadura de su espadón, en tanto que yo tenía bastante con una. Vi con toda claridad que no podría traspasarle la armadura, así que me dediqué a hostigarle en las piernas, teniendo la fortuna de cortarle los tendones de la rodilla al primer intento.

Flaqueó la torre verde, y aunque no cayó, un río de sangre brotó de la espantosa herida, formando espectacular contraste el rojo líquido con la verdosa epidermis, que aumentó todavía su raro colorido al saberse

seriamente tocado. Comprendió que, aunque me matase, él, concluida la primera fase de la batalla, sería rematado, pues ya era un hombre inútil, y me tiró otro tajo que esquivé fácilmente, pues mi contrario no podía moverse ya con la agilidad necesaria, ya que debía cargar todo el peso de su corpachón en la pierna sana.

Esta vez la herida se la infligí en la mano izquierda, haciéndole soltar un alarido de dolor. Le pendió inmóvil el brazo, sujetando la espada con la otra mano solamente, pero tras agacharme y evitar ser decapitado, me tiré a fondo, procurando que la punta de mi acero penetrase por su axila.

Cayó. Al fallar su golpe había hecho medio giro y mi espada le atravesó totalmente de parte a parte. Tuve que luchar para sacarla, haciendo crujir siniestramente las fracturadas costillas, pero al fin lo logré en el preciso momento en que un halcón humano, remontándose unos metros, descendía en "picado" sobre mí.

Debido a la cualidad de volar que poseían, salvo un liviano "slip" y su lanza, los halcones no llevaban otro armamento defensivo ni ofensivo. Agitó sus alas frenéticamente, cayendo como un tornado sobre mí, dispuesto a ensartarme, y aguanté a pie firme la feroz embestida.

Dominé mis nervios. Tenía que buscar el momento exacto. Una décima de segundo antes el hombre-halcón podía rectificar su "viaje". Otro espacio idéntico de tiempo más tarde, y me tendría como una sardina al extremo de su inacabable lanza. De modo que cuando ésta ya casi me tocaba el pecho, salté lateralmente, y aunque no pude evitar un ligero rasguño en el costado, apenas una raya de un centímetro de profundidad, de la que brotó instantáneamente la sangre, produciéndome una sensación de candente dolor, el arma pasó por mi lado y se clavó profunda en la ya enrojecida arena.

Empujado por su peso y por la fuerza de sus alas, mi rival no pudo desviarse a tiempo, y fue él mismo quien se ensartó en la espada, que yo alargué cuanto pude al extremo de mi brazo. Cayó, pateando convulsivamente, y en aquel momento vi a Barclay en muy difícil situación.

El que probablemente tuviéramos que matarnos los dos en algún fragmento del combate no fue obstáculo para que yo acudiera en su socorro. En alto su brazo izquierdo, estaba parando y devolviendo como podía los golpes que le tiraban dos hombres-leones, uno de los cuales, a fin de ayudar a su congénere, había arrojado su escudo y saltaba ágilmente a un lado y a otro, lanzándole furiosos zarpazos con

su garra izquierda, alguno de los cuales ya le había alcanzado, haciéndole ancha brecha en uno de sus costados.

Sin compasión alguna, sin sentir el menor remordimiento por atacarlo por la espalda, puesto que en aquel encarnizado combate no regían las normas de la ética, atravesé con mi espada al que tenía más cercano, haciéndole salir la punta del acero por el pecho, del que salió un atroz ronquido, tras de lo cual se desplomó hacia adelante.

—¡Gracias, camarada! —me gritó Barclay, y en aquel momento su espada describió un fulminante semicírculo en el aire.

Lo hizo en el preciso momento en que la garra descendía de nuevo sobre él y, separada de su antebrazo, voló por los aires. Un segundo tajo, esta vez de arriba abajo y procedente de la mía, abrió en canal la repugnante cabeza leonada como si hubiera sido una nuez de coco.

En aquel momento me sentí violentamente empujado a un lado. No sé quién me lo hizo —creo que fue Cass, agradecido—, y caí al suelo con los brazos extendidos, mas sin soltar el arma. Algo cruzó en el espacio con la velocidad de una centella y un venablo de dos metros de longitud se clavó en la arena, vibrante y amenazador, entre mi costado y el brazo. Y cuando miré quién me lo había arrojado, mi corazón se llenó de pavor.

Un centauro, montado por una hermosísima amazona de flotantes cabellos, de resplandecientes ojos en los que brillaba el deseo de matar, cargaba sobre mí. El semihombre me disparó con su ballesta una saeta que pude esquivar de milagro, pero me levanté de un salto, precipitándome sobre él, antes de que tuviera tiempo de poner un nuevo proyectil en la muesca.

Imitando esta vez a Cass, tiré una serie de golpes, tajos está mejor dicho, con toda la fuerza que me infundía la desesperación. En veinte segundos amputé ambos brazos al centauro, quien, lanzando pavorosos aullidos de dolor, soltando ríos de sangre por sus miembros cortados, empezó a dar una serie de saltos y corbetas que tuvieron por consecuencia el que su femenino jinete errara por segunda vez el lanzamiento de otro venablo, y cayera al suelo.

No fui yo, sino Barclay el que atravesó con su espada tan bella y delicada garganta, aunque he de confesar, en honor a la verdad, que fue mi compañero el que se me anticipó. Tampoco hubiera sentido el menor escrúpulo en eliminar un enemigo, por muy del sexo contrario que fuera, tratándose de salvar el propio pellejo.

Y en aquel momento el clarín resonó sobre todos los ruidos del combate y los aullidos del gentío. Casi al instante se detuvo la lucha, y libre, por el momento, de tener que pelear por mi vida, miré en torno a mí, descubriendo un dantesco espectáculo.

Habíamos entrado en liza miles y miles de combatientes. Miles y miles de ellos yacían en el suelo, la inmensa mayoría muertos, pues todos habían peleado hasta el último aliento, sabiendo que, una vez heridos gravemente, iban a morir de todas formas. Fragmentos de armas, escudos, armaduras, lanzas rotas, saetas clavadas en el suelo, todo ello formaba una confusa al par que deslumbrante mezcla, dados los nobles materiales de que estaban construidas todas las armas. Pero sobre todo esto, muerte y desolación eran los signos más característicos de aquel sangriento anfiteatro.

CAPÍTULO VII

—Has peleado como un valiente, Chris.

Estas palabras me las decía Tanna, con una mano apoyada en la cadera, en tanto que un cirujano nos repasaba las heridas sufridas en la lid, aplicándoles aquella pomada de tan rápidos efectos cicatrizantes, al par que anestésicos.

—Gracias —murmuré, de mala gana—. Tenía que vivir, ¿no?

—¿Para mí? —inquirió, anhelosa.

Entonces fue cuando ya no pude menos de estallar:

—¿Cuándo te vas a convencer de que solamente quiero a Clara, Tanna? ¿Es que todavía no te has dado cuenta?

Centellearon sus ojos, lanzando azuladas chispas de cólera. Se recogió el borde recamado de la pesada túnica, harto ceñida en el talle, con objeto de hacer resaltar más todavía sus encantos, y me miró de una manera que me hizo sentir escalofríos. Sin decir una sola palabra, dio bruscamente media vuelta y se marchó al fin, dejándome tranquilo. O al menos eso creí yo.

—Mal asunto, Chris, mal asunto —dijo filosóficamente Cass.

—¿Por qué? —pregunté, reclinándome sobre el lecho y tomando una copa repleta de vino, del que bebí un largo y reconfortante trago.

—Si yo estuviera en tu pellejo... ¡Vamos! A cualquier hora, con la protección de esa chica tan guapa, iba a salir a la arena. Por mí podía irse Clara un millón de veces al diablo.

Me levanté de un salto y cogí a Barclay por el cuello.

—¡Repite eso! —grité, perdiendo ya los estribos—. Repite eso y te dejaré con menos dientes que los que tenías a los diez minutos de nacer.

Barclay me miró serenamente.

—Bueno, hombre, bueno. No hay para ponerse así. Si tú quieres a la damisela francesa y ella te quiere a ti, ¿qué puede importarme? A fin de cuentas me salvaste la vida, y yo te la salvé a ti, ¿no? Seamos buenos amigos y dejémonos de luchas intestinas, que sólo a nosotros pueden perjudicarnos. Yo sólo he hecho exponerte mis puntos de vista.

—Está bien —dije, pero no seguí hablando. El clarín sonaba para la segunda "sesión", y nos dispusimos a armarnos, pero un oficial, provisto de dos lanzas cuyos hierros desaparecían entre medio de unas llamas verdosas que apenas despedían humo, nos detuvo.

—¡No! —ordenó a través del inevitable traductor—. Ahora no hacen falta armaduras, escudos ni espadas. Pelearéis a caballo sobre unicornios, con estas lanzas radiantes.

—¡Lanzas radiantes! —y miré, espantado, hacia aquellas terroríficas armas, cuyos efectos tenían que ser mortales de necesidad a poco que penetrasen en el organismo humano. Pero el oficial nos apremió y, tomando cada uno la nuestra, salimos fuera de nuestro alojamiento, contemplando a nuestro sabor las cabalgaduras que nos estaban destinadas.

Parecían dos mesteños salvajes, a juzgar por lo nerviosos que se mostraban. Ágiles de remos, finos de grupa, con la cola y las crinas flotantes, constituían una magnifica estampa de lo que debía ser un caballo, a no ser por el larguísimo cuerno pintado de oro, de más de un metro de extensión, que les sobresalía de la frente. Una silla, también de oro y piedras preciosas, completaba su equipo.

—Vaya, al menos no moriremos como pobretones —se echó a reír Cass, montando de un salto en su cabalgadura y tomando la lanza que le ofrecía uno de los "escuderos". Yo también le imité y pronto nos hallamos en el centro de una interminable línea de caballos y jinetes de todas las razas que abarcaba toda la amplitud del anfiteatro, del que se elevó un rugido unánime al vernos aparecer listos para el mortal combate.

Tembló la tierra cuando cargamos sobre la fila enemiga, que avanzó hacia nosotros con desaforado galope. Los doscientos metros que nos separaban a unos de otros fueron cubiertos rápidamente y, procurando hacer de la cabeza de mi montura algo parecido a un escudo, afirmé los pies en los estribos y oprimí decididamente la empuñadura de la lanza.

Mi enemigo y yo nos elegimos mutuamente. Era un negro pigmeo, de crueles facciones, en cuyos ojos se adivinaba el deseo de matar, más que por salvar su propia vida, por el goce que en destruir una enemiga encontraba, como perteneciente a una raza guerrera por antonomasia.

Pero, en tanto que la punta ardiente de mi lanza, impregnada de grandes cantidades de hirviente radium penetraba en su cuerpo, atravesándolo de tal manera que casi toqué con mi mano derecha su obscura epidermis, la suya me pasó muy cerca de mi costado, en el que advertí el quemante hálito de la de mi enemigo, que lanzó un impresionante aullido de dolor, al sentir sus carnes traspasadas por la mortífera arma, saltando fuera de su silla por la violencia del golpe y llevándose consigo, ensartada, la lanza, que no tuve tiempo o no pude, ahora no lo puedo recordar con precisión, de sacar de dentro de su cuerpo.

Sujetándome firmemente con las riendas y con las rodillas, pude aguantar el encontronazo que no me desarzonó de milagro y del que había salido indemne, echándome a un lado, casi fuera de la silla. Di un tironazo a mi cabalgadura y ésta se encabritó, girando sobre sus patas traseras, en el preciso instante en que un lagarto con figura humana se abalanzaba sobre mí.

Se había deshecho de su enemigo de turno, que se revolcaba espantosamente por el suelo, impelido por los horrorosos dolores que debía sentir en sus carnes, heridas y quemadas al mismo tiempo y puesto que lo que interesaba era sobrevivir en aquella crudelísima batalla, sin importar los medios y sin que hubiera ninguna regla espacial para combatir, cargó sobre mí, enristrando su larguísima lanza, de cuya punta salían verdosos vapores que ponían espanto en el

ánimo.

Espoleé mi unicornio, clavándole los agudos acicates en los ijares, a cuyo bárbaro tratamiento respondió saltando hacia adelante, impulsado por las potentes ballestas de los músculos de sus patas. Estaba desarmado, pero, por muy inteligentes y súper-civilizadas que fueran las razas de Kang, en cuestión de métodos de lucha, todavía tenían algo que aprender de los terrestres.

En el momento justo en que nos íbamos a encontrar, cuando ya el hombre-reptil no tenía tiempo de cambiar la dirección de su asalto, desaparecí de su vista, y para ello empleé una viejísima treta, una artimaña que usaban los indios cuando asaltaban las caravanas de colonizadores blancos cuatrocientos años antes.

Sujetándome solamente con la pierna derecha, galopé sobre el costado izquierdo del unicornio, teniendo firmemente sujetas, con la mano del mismo lado, las riendas de la cabalgadura y, en el instante en que la lanza de mi antagonista pasaba inofensivamente sobre mí, di un brusco empujón, hacia arriba, con lo que el larguísimo cuerno de mi montura subió rápidamente al encuentro del vientre del hombre-reptil, que fue arrancado de su silla y volteado trágicamente en el aire, en medio de espeluznantes gritos de dolor.

Cayó su lanza al suelo y el unicornio sacudió el asta, para librarse de tan incómodo peso. Un río de sangre brotó de la espantosa herida, cuando el lagarto humano quedó inmóvil en el suelo, pero entonces me di cuenta de que Barclay estaba atravesando una apurada situación.

Se hallaba de pie en el suelo, junto a su derribada montura, de uno de cuyos costados salía el extremo de una lanza, profundamente clavada. Su enemigo también había quedado desmontado, mas había conseguido hacerse con un arma idéntica y Barclay, para evitar la muerte inminente, no tenía otra cosa que sus manos. Antes de cinco segundos estaría inevitablemente traspasado.

Obré, sin pensarlo, con rapidez, imprimiendo toda la velocidad posible al unicornio y, agachándome al pasar, tomé la lanza del hombre-reptil que había quedado abandonada en el suelo, mas, desesperado, vi que a pesar de todo no iba a llegar a tiempo, por lo que adopté la única solución que podía tomar, aún a riesgo de que ésta me fallara, pero no podía obrar de otra manera.

Eché hacia atrás el brazo y luego lo disparé, abriendo la mano. Como

si fuera un venablo, la lanza hendió el aire, silbando siniestramente, clavándose profundamente en las espaldas del hombre-halcón y saliéndole la punta por el pecho, del que, junto con un arroyo de rojo líquido, salió un gutural sonido.

Se revolcó por el suelo el alado ser, tratando de arrancarse el arma, quemándose, en su frenesí irónico las manos con el radium de la punta, mas prontamente se quedó quieto.

—¡Gracias, Chris! —Barclay me estrechó fuertemente la mano—. ¡Por segunda vez me salvas hoy la vida! —y en aquel momento, el clarín sonó de nuevo, imponiendo otro intervalo, dándome entonces cuenta de que me hallaba herido.

En el ardor del combate no lo había notado. Tenía una desgarradura en el muslo derecho y Cass, a pesar de mis protestas, me tomó en brazos, llevándome a todo correr hacia el "spoliarum" en donde los médicos se echaron encima de mí para curarme la lesión que, si no profunda, empezaba a dolerme más de lo conveniente.

Cinco minutos después, exclamé:

—Estas medicinas que usan en Kang son maravillosas, Barclay.

—Me gustaría conocer el secreto, Chris. Con la patente, cobrando solamente a centavo por frasco, iba a batir todos los "records" conocidos en cuestión de tipos ricos —rió fuertemente Barclay.

Pero apenas me habían vendado el muslo, cuando ya nos llamaron de nuevo al palenque:

—¿Pero es que aquí nadie muere en la cama? —gruñó Barclay—. ¿Todos los Juegos van a ser en el mismo día?

Me encogí de hombros. A juzgar por las palabras que nos dirigió el legionario que vino a la cámara, en aquella ocasión no íbamos a usar otra cosa que las manos, y Cass se las frotó:

—¡Estupendo! En eso no tengo rival. Era campeón de peso medio en los "marines".

—En cuanto a mí, en tiempos universitarios practiqué bastante la lucha japonesa —dije, alegrándome de que en esta ocasión el combate fuera incruento, pero la extraña sonrisa y la misteriosa mirada que nos echó el oficial de Tardos, me dio que pensar.

—¿Te has fijado, Cass?

—¿En qué, Chris? No me he dado cuenta.

—Me refiero —dije—, a la sonrisita del tipo ése. Me está dando mucho que pensar.

—¡Bah! Esto será un compás de espera, para entretener a la gente. ¡Vamos! Tengo ganas de machacar unas cuantas mandíbulas.

Nos habían desnudado previamente, untándonos el cuerpo de una grasa aromática, lo cual, si haría que evitásemos presas, sobre nosotros, también sería causa de graves dificultades para que pudiésemos aprehender a nuestro rival de turno. Solamente teníamos, como vestimenta, un "slip" de hilos de oro y, como había dicho acertadamente Cass, por lo menos no moriríamos como mendigos. Aquel planeta debía ser totalmente una fabulosa mina de dicho precioso metal.

Echamos a andar. Ya la arena estaba limpia de cadáveres y blanqueada de la sangre vertida en ella, como si no hubiera ocurrido nada media hora antes. Y los rugidos de la muchedumbre proseguían incesantemente, aun a pesar de contemplar los reducidos bandos de supervivientes que, pausadamente vestidos todos de igual manera, diferenciándose únicamente en la plata y el oro de los calzones, avanzaban los unos hacia los otros y todos, cosa curiosa y en la que no pude por menos de fijarme, abriendo y cerrando las manos nerviosamente. Unos cincuenta o sesenta quedaríamos por bando, mas apenas habíamos caminado cien metros escasos, cuando el cuerpo se me inundó totalmente de un frío sudor. Entonces comprendí la sonrisa enigmática del oficial cuando escuchó, a través de su traductor, las frases de nuestra conversación.

El cuadrilátero mediría unos cien metros de lado, todo él de mármol liso y resplandeciente como un espejo. El objeto de la lisura de tal pavimento era fácil de comprender: el ardor de la lucha estimularía la secreción de las glándulas sudoríparas y las plantas de los pies resbalarían fácilmente, provocando cualquier golpe, por pequeño que fuera, la caída del que lo recibiera. Pero no acababa ahí todo, ni era precisamente el mármol lo que me había espantado, sino los puntiagudos objetos que sobresalían de él, lo que me había infundido tal pavor que tentado estuve de volverme atrás, sin importarme poco ni mucho que me tacharan de cobarde. Si no lo hice fue porque, con el rabillo del ojo, me di cuenta de que una cohorte de flecheros, teniendo a punto, en las muescas de sus ballestas, viras con punta de radium,

estaban prestas a disparar contra el que flaqueara y abandonara el "ring" de la muerte que nunca mereció mejor apodo.

"Kriss" malayos, de ondulada hoja; dagas toledanas, buidas como agujas; corvos y afiladísimos alfanjes turcos; rectas espadas, de flexible acoro; descomunales puntas de lanza, con bordes aserrados; tales eran las armas de que, cada medio metro aproximadamente, estaba sembrado el marmóreo y blanquísimo pavimento que no me costó nada imaginarme enrojecido por la sangre que brotaría de los cuerpos antes de poquísimos minutos. Calculé que habría unas diez mil armas, con las puntas hacia arriba y dudé mucho de que en esta ocasión pudiera salir con vida.

Froté nerviosamente mis pies sobre la arena, con objeto de evitar en lo posible los deslizamientos y ascendí los veinte centímetros que separaban el "ring" del suelo, en medio de algo que me impresionó más que el mismísimo griterío: un espantoso silencio de la multitud que aguardaba anhelante el comienzo de la lucha.

Miré hacia Cass y le sonreí con una mueca, correspondiéndome igualmente. Luego mi vista se dirigió hacia el palco de Kang y advertí a Clara a punto de desmayarse, así como el saludo de Tanna que agitó la mano en dirección hacia mí, como animándome. ¡Lástima de chica!

Nos colocamos en hilera. Tenía a mi derecha a Cass y a mi izquierda a una feroz amazona, alta y robusta como una valquiria, mal cubiertas sus esbeltas formas por unos áureos pectorales y unos pantaloncitos apenas mayores que los míos. Allí, en Kang, la igualdad de sexos era una cosa evidente y no mera palabrería. Suponiendo que tuviéramos que enfrentarnos, ella no dudaría en matarme, y yo tendría que corresponderle igualmente, si quería conservar el pellejo, harto baqueteado ya.

Al fin sonó la señal. Lentamente fuimos avanzando las dos hileras, la una hacia la otra, hasta hallarnos casi en el centro del cuadrilátero y, en el momento en que nos lanzábamos al choque, estalló el griterío del populacho.

Mi contrincante fue en esta ocasión un hombre de piel verde, de simiescas facciones, sobrepasándome la cabeza cumplidamente, y no soy precisamente un enano. Relucía su esmeraldina piel y relucían sus dientes en una mueca, que quería ser una sonrisa de satisfacción, al pensar que le había tocado algo muy parecido a un bombón. Pero estaba equivocado, se lo demostré en el segundo siguiente, cuando se abalanzó sobre mí.

También yo salté hacia él. Abrió sus brazos, como si quisiera cogerme entre aquellos mortíferos alicates que en una lucha corriente, al dejarme aprehender, me hubieran aplastado en un santiamén, pero los evité agachándome súbitamente, con lo que el hombre verdoso no encontró otra cosa que el vacío, intentando rectificar, pero ya era demasiado tarde para él.

Hundí mi cabeza en el pecho, avanzando los hombros inclinados. Sin el menor reparo, dispuesto a que la presa no se me resbalase a causa del óleo que le cubría la epidermis por completo, clavé mis dedos en sus muslos y, aunque me pareció que pesaba una tonelada, la energía que me infundió la desesperación, me comunicó fuerzas suficientes para elevarlo sobre mí, despidiéndolo hacia atrás, en medio de un alarido infrahumano.

Me volví rápidamente, pero no hizo falta un segundo golpe. Planeando trágicamente, mi antagonista había caído de pecho sobre el mármol erizado de agudas hojas, una de las cuales le atravesó limpiamente la garganta, saliéndole por la nuca. La punta de un "kriss" asomó por su dorso, junto a la columna vertebral, y una tercera hoja, la de un corvo alfanje, le cortó casi hasta el hueso, uno de los muslos gruesos como tronco de olivo centenario. Gimiendo agónicamente, trató de desclavarse, en espasmódicos movimientos de macabra calistenia, pero desmayó en sus esfuerzos que eran, más que órdenes conscientes de su cerebro, reflejos de sus últimas sensaciones, y no pude seguir mirando más, porque en aquel momento, alguien, tomándome de sorpresa me asió en una doble Nelson, amenazando con quebrarme las vértebras cervicales.

Luché con ferocidad, sintiendo ríos de sudor bañarme la piel. Mas mi desconocido antagonista, a quien, por la frialdad del contacto y lo rugoso de sus escamas, califiqué inmediatamente como de hombre-lagarto, me tenía harto sólidamente sujeto, y no solamente se me había aferrado con tremenda firmeza, sino que levantó una de sus rodillas, clavándomela en la espalda.

Evitando las puntas y los filos, fuimos de un lado para otro. Él buscando la manera de liquidarme. Yo intentando desasirme de aquella presa y súbitamente aflojé los músculos, pero solamente durante un segundo, para tensarlos al siguiente.

El resultado fue claro. El bípedo reptil, cogido de sorpresa, aflojó un tanto y entonces fui yo, quien a costa de desollarme las palmas de las manos, le cogí por su escamosa nuca, haciendo un repentino y súbito esfuerzo, que lo hizo voltear sobre mí, despidiéndolo de espaldas

sobre una aguja de espada toledana, que lo traspasó irremisiblemente. La punta le salió por el pecho, y el individuo ya no se movió, muerto instantáneamente.

Jadeando, procurando tomar aire, miré en torno a mí. Aquí, a dos metros combatían ferozmente la amazona que había acudido al combate a mi lado y un pigmeo negro. Mas si la hembra era fuerte, el negrito era astuto y no se dejaba coger así como así. No obstante llegó lo irremediable. Los brazos de la mujer eran más largos y el pigmeo tenía algo en la cabeza en lo que la amazona, con femenino y lógico ardid, hizo presa: sus rizosos cabellos, de los cuales lo cogió, en tanto que el apresado, viéndose perdido sin remedio, chillaba ratonilmente.

De no ser una escena dramática, harto hubiera tenido que reír viendo a la amazona, girando sobre sus pies, asiendo los cabellos del homúnculo y haciéndolo voltear en sentido horizontal. Pero de repente ocurrió lo inesperado y fue que, a consecuencia de tan original combate, murieron cuatro combatientes y yo resulté con un hombro atravesado. La cosa fue así:

La amazona seguía girando, aumentando el ritmo de sus evoluciones, con el objeto, fácilmente previsible, de lanzar al ya más que aterrado pigmeo que no veía ni podía hallar la forma de desasirse, cuando de repente perdió pie, resbalando.

Instintivamente, para buscar apoyo, soltó su presa la mujer y cayó inevitablemente de espaldas, sobre un alfanje corvo que la degolló instantáneamente, haciendo brotar de su abierta yugular un surtidor de sangre. Pero en el mismo momento, el pigmeo volaba hacia mí, dándome en un hombro y derribándome, también de espaldas, y luego, sobre dos combatientes, un hombre-león y un hombre-halcón, quienes, confundidos en el estrecho abrazo en que luchaban cayeron sobre una serie de aceradas puntas, que los atravesaron de parte a parte, así como al negrito que se quedó quieto al momento, cuando un "kriss" malayo le partió el corazón.

Y en cuanto a mí, apenas había tocado el suelo, sentí un vivísimo, lacerante dolor en el hombro y, al llevarme instintivamente la mano a la parte afectada, me pinché la palma. Estuve a punto de desmayarme cuando vi el extremo de una espada sobresalir junto a la articulación del hombro, y al momento sentí el tibio calorcillo de la carne.

En aquel momento me divisó Cass, percatándose inmediatamente de mi crítica situación.

—¡Allá voy, Chris! —me dijo, derribando de un soberbio gancho de izquierda al lagarto que le había correspondido en suerte, que se quedó pinchado como una aceituna por dos hojas metálicas. Pero alguien se anticipó a Cass y no precisamente para echarme una mano, sino para concluir de liquidarme, pues que súbitamente había sentido una gran laxitud y las fuerzas me habían abandonado de tal manera que apenas podía moverme.

Un hombre-león me vio al mismo tiempo que Barclay y lanzó, sin metáfora, un rugido de alegría. Agachándose rápidamente, dio un brusco tirón con su mano, arrancando un puñal de más de cincuenta centímetros de longitud, dando un salto hacia mí, con la sana intención, para él, desde luego, de concluir la obra a la que el negrito no había podido poner feliz remate.

Pero en el momento en que saltaba hacia mí, la daga en alto, sonaron varias cuerdas de guitarra. El ¡bang! de las cuerdas de tres o cuatro ballestas, al ser liberadas de su tensión, sonó claramente y otras tantas viras se clavaron profundamente en el ancho tórax del león humano, cuyo rugido fue en esta ocasión de dolor, al sentirse traspasado y abrasado al mismo tiempo. Había hecho una cosa prohibida por el reglamento de aquel singular torneo, que prescribía podían usarse únicamente las manos, e inmediatamente había recibido su condigno castigo.

Y ya no vi más. Todavía quedaban unas cuantas parejas luchando con encarnizada ferocidad, pero un piadoso desmayo vino a aliviar mis torturantes pensamientos.

CAPÍTULO VIII

Retiróse la excavadora que había abierto amplio hueco en el centro de la arena, mucho más ancho desde luego, que hondo, puesto que apenas mediría un par de metros de profundidad por más de ciento cincuenta de diámetro, y apenas se había retirado a un lado la máquina, cuando por las bocas de una docena de mangueras, de sabe Dios qué metal especial, empezaron a verterse en el hueco ingentes ríos de llameante radium en tales cantidades que no tardó quince minutos en estar lleno de aquella verdosa sustancia semilíquida,

semipastosa, que despedía espeluznantes vapores.

Todo esto lo presencié desde mi lecho, en el que unos cuantos médicos se afanaban en curarme la lesión causada por la daga.

—¿Qué diablos usan ustedes que sanan tan rápidamente las heridas? Estoy como si no me hubiera ocurrido nada, salvo la pérdida de sangre.

Me contestó el doctor a través del inevitable traductor:

—En realidad, no está curado del todo, mas sí en condiciones de seguir la lucha.

—¿La lucha? —di un bote en la litera, y miré hacia la pantalla de nuevo, apreciando que dos altísimos mástiles se estaban levantando por medio de sendas brigadas de obreros, y que una pasarela era tendida entre ellos. En aquel momento entró Barclay:

—¡Hola! ¿Cómo va eso?

—Bien, pero...

—Tú vas en el segundo turno. Ahora me corresponde a mí luchar con un hombre verde. Tú, has tenido suerte. Te ha tocado un pigmeo como contrincante. —Sonrió de manera indefinible y continuó—: No quedamos más que nosotros cuatro.

Me dejé caer hacia atrás. Había comprendido con toda claridad lo que de nosotros se esperaba y, mirando de nuevo al lago de hirviente radium, sentí, ésta es la verdad, un desfallecimiento que me hizo perder, durante unos segundos, la noción de las cosas. Mi amigo no esperó a más, porque alguien entró a llevárselo y, después de tomar una larga espada, recta como un huso, salió fuera, no sin hacerme un gesto afectuoso con la mano.

Con la frente bañada de sudor, presencié el espantoso combate a doscientos metros de altura y, que en medio del mayor silencio, terminó con la caída del hombre verde al charco de radium, en medio de un alarido espeluznante, cuando su fatídico viaje terminó en el líquido mortal.

Diez minutos después me hallaba yo allá arriba, contemplando con ojos espantados la que a mí me parecía enorme distancia, que nos separaba de la estrecha pasarela de apenas quince centímetros de anchura que unía los dos postes verticales, colocados a ciento

cincuenta metros el uno del otro. La cinta se combaba ligeramente hacia el centro y oscilaba a medida que el negrito, armado de la misma forma que yo, avanzábamos al mutuo encuentro.

Ignoro cómo pude lograr mantener el equilibrio. Todavía hoy me despierto por las noches, presa de espantosas pesadillas, pero el caso es que, pensándolo fríamente y, aunque el pigmeo se movía como el rabo de una lagartija, no tenía la menor probabilidad de sobrevivir. Mi brazo era mucho más largo que el suyo y una estocada a fondo, que le alcanzó en pleno pecho, dio fin al combate.

Soltó el acero, colocándose las manos en el pecho, como si quisiera impedir los borbotones de sangre que le salían, pero al fin, con un suspiro que solamente pude oír yo, se inclinó a un lado y, horriblemente fascinado, seguí con los ojos la trayectoria de su caída, que terminó unos segundos más tarde. El radium recobró pronto su apariencia normal, como si no hubiera pasado nada y yo regresé sobre mis pasos, junto al poste, en el que había una plataforma en la que me recuperé unos minutos, los que tardó Barclay en subir. Y entonces, por última vez sonaron los clarines. Daban la señal de la última lucha.

Avanzamos el uno hacia el otro, los músculos tensos, los ojos vigilantes, oprimiendo con fuerza los puños de las espadas.

—¡Salve, víctima! —rió fuertemente Cass al quedar a un par de metros de distancia.

—Todavía estoy vivo —le grité y, deseando concluir cuanto antes con aquella incertidumbre, mas sin perder en ningún momento —no me convenía—, la calma ni la sangre fría, avancé hacia él.

Saltaron chispas de nuestros aceros al cruzarse. Tiré una estocada y me la paró en tercera, debiendo yo detener en cuarta un furioso tajo que me tiró a la cabeza y que, de alcanzarme, allí concluyera el combate, por haber acabado conmigo. Pero inmediatamente me tiré a fondo y Cass tuvo que curvar lateralmente el cuerpo, mas no sin evitar el ser rozado por el filo de la espada, que le abrió sangriento surco en el costado.

—"¡Touché!" —exclamó, de buen humor, aunque la expresión de sus ojos desmentía su aparente tranquilidad—: ¡Para ésta, si puedes!

Su acero silbó rabiosamente y mi puño resistió el impacto. Pero, Cass había sufrido menos que yo en los combates por que había atravesado y las curas que me habían hecho eran simplemente para que pudiera luchar. De vencer no se había hablado ni una palabra y me podía

sostener en pie de una precaria manera, ayudado, más que nada, por la indomable voluntad de vivir, vivir para mí y para Clara. Al rechazar un asalto, caí de espaldas. No sé cómo no me precipité en el rugiente abismo que tenía a mis pies, pero durante unos segundos inacabables paré, como Dios me dio a entender, una serie de irritados tajos y estocadas, desde la posición en que, tendido sobre la estrecha cinta que era la pasarela, me hallaba y que con las mejores intenciones del mundo, para él, me tiraba el soldado. Pero al fin, y procurando en todo momento no perder el equilibrio, devolviéndole golpe por golpe, conseguí levantarme y entonces fui yo quien tomó la iniciativa. Lenta, pero seguramente avancé, haciéndole retroceder inexorable. Mi espada se había convertido en una rabiosa serpiente de acero, que silbaba, se retorcía sobre sí misma, avanzaba; golpeaba y durante unos momentos me sentí invadido de un vértigo tal que no dudé ya de mi seguro triunfo. Lamentaba con toda mi alma tener que matar a un buen amigo, pero de nada me hubieran servido mis conmiserativos sentimientos. Tenía que vivir y a fe que luché por ello.

Vi con toda claridad que gruesas gotas de sudor se esparcían por el rostro de Barclay. Comprendía instintivamente que, en aquellos momentos, mi esgrima era infinitamente mejor que la suya, y su piel, además de cubrirse de sudor, empezó también a enrojecer a causa de las heridas que recibía. Comprendimos ambos, al mismo tiempo, que llegaría un momento inevitable en que la pérdida del vital líquido haría sentir sus efectos, debilitándole y cuando este momento llegase, nada ni nadie podría evitar la horrorosa muerte que le esperaba doscientos metros más abajo.

Absortos en nuestra feroz lucha, no nos dimos cuenta de los millones de espectadores que nos contemplaban ávidamente, sin querer perderse detalle de lo que para ellos constituía digno remate de los Grandes Juegos más espectaculares que registraba la historia de Kang, y en aquel momento, con un último golpe, como si fuera una cosa viva, mi espada rodeó la de Barclay y, arrebatándosela de las manos, voló por el aire, despidiendo chispas de luz.

Extendió un poco sus manos, palideciendo intensamente. Según las reglas, nada me impedía ya avanzar hacia él y rematarle. O simplemente empujarle para que cayera abajo, al lago de radium. Su vida era mía y todo el mundo lo comprendió así, porque estoy seguro de que en aquel tenso momento, todas las respiraciones se contuvieron.

Pero de repente, una voz, dominando todo el inmenso ámbito del circo, gritó algo que no entendí. Dos o tres gargantas se le unieron, y

cinco segundos más tarde, tres millones de enfurecidos espectadores gritaban algo, agitando sus puños furiosamente en dirección al palco imperial, en el que girando un poco la cabeza a un lado, pero procurando no perder de vista a Barclay, y vi a Tardos agitarse, rebullendo inquieto en su asiento, en tanto que en torno a él advertí movimiento de su guardia legionaria, como si quisieran protegerle de un posible asalto de la plebe. Y me dio la idea de que la muchedumbre pedía nuestro perdón conjunto.

Sonreí a Cass, viendo que, al fin había llegado el término de nuestros padecimientos, y avancé un paso para él, cambiando de mano la espada y alargándole la derecha:

—¡Me parece que hemos salvado la piel, compañero! —le sonreí, y obró de idéntica manera; sentí un agudísimo dolor en la pierna herida anteriormente que me falló de mala manera y, ante la sorpresa y el espanto de Barclay perdí el equilibrio.

Me vi precipitado en el verdoso abismo, pero en aquel momento, que apenas si duró una centésima de segundo, tuve la suficiente serenidad para soltar la espada y asirme con ambas manos a la angosta pasarela. Pero esto no fue lo peor.

Barclay, tomado de sorpresa, se bamboleó también cuando la cinta empezó a subir y bajar bruscamente, a causa del impulso que le diera en mi caída y perdió igualmente el equilibrio, sin que tuviera la fortuna de agarrarse a la pasarela, y su cuerpo, lanzando un aullido de pavor, se precipitó en el vacío.

No obstante, tuvo la fortuna de caer hacia adelante y, extendiendo los brazos en un puro movimiento instintivo, consiguió asirse a una de mis piernas que, para mala fortuna de ambos era la lesionada, y en la que de nuevo comencé a sentir agudísimos dolores. Aquello me convenció de que la célebre pomada tenía efectos más aparatosos que reales, pero no tenía a mano ningún matasanos para escupírselo a la cara, con mi indignación, y hube de resignarme, en un macabro "impasse", sin poder, a causa del peso extra, remontarme, ni tampoco, por un exceso de compasión, golpear con el pie libre en la cara de Cass para librarme de él.

—¡Por el amor de Dios, aguanta todo lo que puedas, Chris! —me gritó, con el rostro ceniciento.

—Guarda el aliento y procura trepar por mi cuerpo —gruñí, y comprendiendo que era la única forma de salvarnos ambos, así lo

hizo, en medio de la expectación de la concurrencia que, dándose cuenta de la dramática situación en que nos hallábamos, había olvidado sus improperios hacia Tardos.

Él me ayudó a subir a la cinta y cuando lo logramos, una ovación unánime y entusiasta estalló en el ambiente, para disiparse un minuto después, cuando de nuevo el rugido colectivo volvió a pedir la gracia de nuestro indulto. Cass y yo levantamos nuestras respectivas manos derechas, comprendiendo claramente lo que ocurría, y aguardamos el fallo definitivo.

Pero en aquel momento ocurrió lo inesperado.

Del extremo opuesto del circo se levantó un hombre halcón que voló raudo hacia el palco de Tardos, empuñando firmemente la larguísima lanza, mas sin dar señal alguna de querer utilizarla.

Aquello me escamó un poco.

—Hay que bajar allí —dije a Cass—. Tenemos que averiguar qué es lo que ocurre.

—Para luego es tarde —me contestó decidido.

En dos zancadas llegamos a la plataforma del poste, pero entonces me di cuenta de que Tardos gesticulaba enérgicamente, señalando a Clara que se echó a un lado, asustada, y aquello inflamó mi corazón de cólera. Busqué con la vista, desesperado, un medio de llegar rápidamente al palco imperial y, con un suspiro de satisfacción, lo hallé prontamente.

Amarrado a la perilla del poste, había un cable suelto que ondulaba ligeramente y que, por alguna razón ignorada, habían dejado de sujetar a las estacas clavadas en el suelo, quizá por no creerlo necesario. En cuatro movimientos frenéticos, cobré lo que calculé suficiente y, dejando asombrado a Cass, retrocedí, sujetándolo por el otro extremo firmemente, a lo largo de la pasarela, lanzándome entonces como si fuera una araña al extremo de su hilo, balanceándome en un larguísimo arco de círculo.

La guardia de Tardos se dio cuenta de mis intenciones, y una docena de ellos, enristradas sus lanzas, se colocó en el punto en que debía aterrizar, pero les burlé en el último segundo, contorsionándome sobre mí mismo, encogiendo las piernas y soltando el cable, yendo a parar sobre el palio de púrpura, del que salté al palco, colocándome entre Tardos y Clara.

En aquel momento el hombre-halcón repetía sus protestas:

—Tanna es mía. Me la prometiste, Tardos. Debes entregármela.

El Emperador de Kang vaciló antes de contestar:

—Prometí su mano al que resultara vencedor en los Juegos.

—Esa promesa me había sido hecha a mí con anterioridad. Entrégamela o...

Tardos se levantó majestuosamente:

—¿Osarás rebelarte contra tu emperador?

—¿Emperador? —rió el otro—. No eres más rey que yo, Tardos. Mi reino es tan extenso como el tuyo y, si te prometí un día vasallaje, fue pensando en que nos uniríamos en alianza por medio de mi matrimonio con la princesa.

—¡Alto ahí! —gritó alguien en aquel momento—. No sé qué derechos tendrás, pajarraco de los demonios, pero de lo que sí estoy seguro es que, si Chris no la quiere, Tanna será mi mujer. Él y yo somos los dos únicos supervivientes de los Grandes Juegos y perdonados por la voluntad del pueblo de Kang.

—Todavía no estáis indultados. —Tardos nos miró oblicuamente, y Cass, pues éste era el que había hablado, y descendido hasta el palco imperial de la misma forma en que yo lo hiciera, dio un paso en actitud amenazadora hacia él.

—¿Quieres decir que todavía tenemos que pelear éste y yo? —aulló, descomponiéndose, y yo le imité, asiendo por la parte superior de la túnica, sin el menor respeto a la imperial dignidad, a Tardos, diciéndole:

—Naturalmente que nos pelearemos Barclay y yo. Pero será por ganar el dudoso honor de atravesarte con una espada.

—¡A mí, la guardia! —gritó, estremeciéndose de abyecto pánico, el que presumía de dominar férreamente un planeta de infinidad de millones de habitantes, mas antes de que los legionarios tuvieran ocasión de dar un paso, un sordo rumor de batir de alas se escuchó, haciéndonos volver a todos la cabeza.

Una obscura nube de hombres-halcones salía en aquellos momentos de

algún lugar situado fuera del inmenso circo y sus intenciones no podían ser más claras: apoyar las pretensiones de su rey quien súbitamente, antes de que pudiéramos darnos cuenta, asió por la cintura a Tanna y se elevó en el aire, gritando alegremente:

—¡Quieras o no, Tardos, Tanna será mi mujer!

En aquel instante, la nube de halcones se abatió sobre nosotros. A través del ensordecedor ruido que hacían sus alas, batiendo el aire, pude escuchar las palabras de su rey:

—¡Coged a la otra mujer! ¡Será la esposa del príncipe heredero!

Aquello me enfureció. Salté hacia adelante, derribando en confuso montón a Tardos, al misterioso enmascarado y al profesor Craig, pero llegué tarde. Dos fieras de aquellas se habían apoderado ya de Clara, que me llamó con desgarradores acentos, pero sin poder evitar el verse arrebatada por los aires. Y, para evitar la reacción nuestra, una furiosa lucha se entabló entre nosotros y los hombres-halcones que trataban de proteger la retirada.

Uno de ellos cargó sobre un legionario, clavándolo con su lanza como si fuera una mariposa en el suelo. Pero el arma se había incrustado profundamente y, en tanto el hombre-halcón trataba de sacarla, yo me agaché, en rapidísimo movimiento y desenvainé la espada del legionario muerto de tan horrible manera.

Voló la cabeza de mi antagonista, separada de su tronco, a consecuencia del furioso tajo que le tiré y, apenas había hecho esto, cuando tuve que parar un lanzazo que de no haber estado atento, allí hubiera acabado conmigo.

El asta era de madera y la partí fácilmente con un molinete. Viéndose inerme, el hombre-halcón volvió grupas, mas no aleteó dos veces seguidas, porque le arrojé la espada que se clavó en su torso, cayendo instantáneamente al suelo, a la arena del anfiteatro, contra la que se estrelló con sordo choque.

Lancé un grito de victoria.

Pero la lucha no había hecho más que comenzar. El rey de aquellos hombres con alas debía de haber dado instrucciones a éstos, y las cumplían a rajatabla, es decir, procurando eliminar a cuantos estábamos allí y a fe que estuvieron a punto de lograrlo.

Mas en el momento en que nos acorralaban, en el momento en que el

palco imperial y sus alrededores estaban ya cubiertos de cadáveres de uno y otro bando, cuando ya, codo con codo, espalda con espalda, empezábamos a dudar si saldríamos con vida, la situación cambió de medio a medio.

Por los "vomitoriums" que había al pie del parapeto, a nivel de la arena, comenzaron a salir los ballesteros, tensas las cuerdas de sus arcos, colocada la correspondiente saeta con punta de radium llameante en la muesca.

Vibraron como cuerdas de guitarra, emitiendo su fatídico ¡bang! y disparando una nube de viras, que hicieron su correspondiente blanco. Infinidad de hombres-halcones fueron derribados aleteando convulsivamente en los espasmos de la agonía, aclarándose en un momento sus filas, y los que quedaban vivos, obedeciendo órdenes, cargaron furiosa y desesperadamente sobre los flecheros, que los recibieron sin vacilar lo más mínimo, a pie firme.

Una segunda descarga abatió un número grandísimo de hombres-halcones y, los que quedaban, comprendiendo que ya toda resistencia sería inútil, volvieron grupas, agitando sus alas velozmente y perdiéndose en la distancia, donde la enorme nube que era el grueso de la tribu alada, no era ya más que un puntito en la lejanía. ¡Y allí iba mi adorada Clara!

Gemí de dolor, pensando en haberla perdido irremisiblemente, pero en aquel momento sentí una mano apoyada en mi hombro.

Me volví. El duro, el cruel, el sanguinario Tardos, no era en aquel momento más que un padre afligido que lloraba la pérdida de su hija. Su cuerpo mostraba por todas partes cruentas y rojas señales de la dura lucha que había sostenido, pero su espíritu había vuelto a recuperar su acerada dureza.

—Tú has perdido, por el momento, a una persona querida. A mí me pasa lo mismo. Estamos, pues, en igualdad de condiciones. Recuperaremos a las dos muchachas, y haré que Ikkar no vuelva a raptar más mujeres.

—¿Ikkar? —pregunté, sin comprender.

—Ikkar, sí. El rey de los hombres-halcones que, con su pueblo, ha osado rebelarse contra su natural dueño y señor. En cuanto reparemos nuestras fuerzas partiremos para su reino, Ikkarum, y lo barreremos de la faz de Kang.

—Yo seré uno más en la expedición, Tardos —se adelantó un paso Cass, mas en aquel instante las heridas que había sufrido en los combates hicieron su efecto y vaciló.

Me aproximé a sostenerlo.

—¡Vivo! ¡Mis médicos! —gritó Tardos, y apenas lo había dicho cuando todos, contra nuestra voluntad, imitamos a Barclay, pues un trueno sordo y prolongado comenzó a oírse, temblando la tierra, al mismo tiempo que enormes bloques de mármol comenzaban a desprenderse del anfiteatro, cayendo a la arena. Pero esto duró poco: el terremoto cesó antes de diez segundos, sin causar más daños y sin que la multitud tuviera tiempo de sentir pánico.

CAPÍTULO IX

Era realmente impresionante el espectáculo de la formidable armada aérea que había salido de Kang, rumbo a Ikkarum, capitaneada por el propio Tardos, decidido a recuperar a toda costa a su hija, y nosotros con él, Cass y yo. Mi amigo sostenía, y no le faltaba razón, que la mano de Tanna le correspondía a él, al renunciar yo a un nuevo combate, puesto que si deseaba pelear, y ardientemente, era por salvar a Clara de las garras del hijo de Ikkar.

Millares y millares de aparatos oscurecían literalmente el cielo. Pero no eran como los que conocíamos, sino que parecían producto de la delirante fantasía de algún esquizofrénico proyectista. Adoptaban formas rarísimas, de aves, de peces, no siendo esto obstáculo para que volasen raudamente hacia el reino de los hombres-halcones.

—Lo destruiré hasta sus cimientos —gruñó en una ocasión Tardos, pilotando personalmente su propio aparato, en el que viajábamos, aparte del profesor y del incógnito personaje que no hacía más que rehuirnos, Cass y yo, amén de un pelotón de escogidos legionarios de la guardia pretoriana del Emperador, armados, además de con aquellas anacrónicas espadas, con fusiles como los que habíamos visto a nuestra llegada a Kang.

Tardos continuaba hablando en monólogo, pero le escuchábamos claramente:

—Ese Ikkar me ha dado siempre grandes disgustos. Nunca fui un emperador de su agrado, pero realmente esto ya pasa de la raya. No volverá a sublevarse contra mí.

Como una bíblica plaga de langostas, así avanzamos sobre la inmensa redondez de aquel planeta, atravesando tremendas extensiones, en las que con frecuencia aparecían grandes ciudades que desfilaban rápidamente bajo nuestros pies. Y, al fin, cuando ya había pasado un lapso de tiempo que no pude calcular, una visión de pesadilla se apareció ante nuestros ojos.

Altísimas montañas, superiores en más de tres veces a nuestro conocido Everest, pero sin la menor sombra de nieve en sus perpendiculares picachos que teníamos enfrente.

Taludes desgarrados por gigantescas convulsiones geológicas, perdidas en los principios del Tiempo, alzándose verticalmente durante millares de metros. Interminables cañones, al lado de los cuales el terrestre del río Colorado apenas si hubiera sido mayor que un trazo de lápiz. Corrientes de agua de miles de metros de anchura, con altísimos árboles en sus márgenes, se desplomaban por los verticales precipicios en cataratas de una belleza inigualada. Tales eran los elementos que componían Ikkarum, el reino de los hombres-halcones de los que un destacamento avanzó a nuestro encuentro, valientemente, sin otras armas, al parecer, que sus lanzas.

La fuerza enemiga era numerosísima. A simple vista calculé que podían ser cinco o seis mil y, como la marcha de nuestros aparatos era silenciosa, podía escucharse con toda claridad el rumor de sus aleteos. Venían en formación cerrada hacia nosotros, pero antes de entrar en combate, a quinientos metros de distancia, comenzaron a esparcirse para ofrecer menor blanco.

Alguien me proporcionó un fusil. Tardos nos miró a Cass y a mí.

—Os hará falta —dijo—. Estas naves voladoras son descubiertas y las lanzas de los súbditos de Ikkar muy afiladas. Con oprimir el gatillo tenéis suficiente. No os preocupéis por la carga. Si pudierais hacerlo, derribaríais uno por uno a esos pajarracos, sin tener que renovar el depósito de proyectiles.

—¿Qué clase de balas usan estos rifles? —inquirí, en tanto que me echaba uno de ellos a la cara, enfocando mi primer blanco con el

teleobjetivo.

—Paralizantes. Por poco que penetren en la carne, influyen en el sistema nervioso fulminantemente. Si vosotros recibierais uno de esos proyectiles no os ocurriría otra cosa que dormir unas cuantas horas profundamente.

Comprendí inmediatamente la diabólica astucia de Tardos. Al fallarles a los hombres-halcones los nervios, sus músculos quedarían igualmente paralizados y una caída desde veinte o veinticinco mil metros sería más que suficiente para acabar con su existencia. Afortunadamente para ellos no se enterarían. La pérdida del conocimiento sobrevenía inmediatamente después de la recepción del balazo. Pero tenían un inconveniente: su precario alcance, apenas de sesenta metros, según concluyó de explicarnos Tardos, quien, tras pronunciar sus últimas palabras, dio toda la marcha a su aparato, lanzándose sobre el centro de la formación enemiga.

El primero de mis rivales se me apareció con toda claridad en el ocular, de tal manera que por un segundo creí tenerlo al alcance de la mano. Hice mi primer disparo de prueba, mas el hombre-halcón siguió volando impertérrito. Todavía no se hallaba a tiro.

Sí lo estuvo un segundo después, y apenas había oprimido el gatillo por segunda vez cuando las alas del objetivo se plegaron y emprendió vertiginosa caída hacia las profundidades, perdiéndose muy pronto de vista.

Pero si aquellos proyectiles eran de excelentes efectos, ya que bastaba acertar al blanco en cualquier parte de su organismo, en cambio su alcance era limitadísimo, y aunque rieláramos bastante las espesas alas de las avanzadillas del ejército de Ikkar, no pudimos contener totalmente su ofensiva y pronto estuvieron rodeándonos y atacándonos con sus larguísimas lanzas.

Una enconada lucha se trabó a bordo de nuestra aeronave. Disparando incesantemente nuestros fusiles, logramos rechazar la primera oleada de asalto, derribando infinidad de hombres-halcones, quienes, valientemente, insistían una y otra vez en sus suicidas ataques. No supe comprender por qué Tardos no aumentaba la velocidad del aparato, ordenándolo así a su flota y exponiéndose a que, en más de una ocasión, toda la tripulación de alguna de las naves fuera exterminada, yendo el aparato, sin gobierno alguno, a estrellarse contra las rocas que había a veinte mil metros debajo de nosotros, donde solamente por la violencia del choque se desintegraban en mil

metálicos fragmentos.

Solamente cuando de los cinco o seis mil alados guerreros enemigos quedaron unos pocos centenares, me di cuenta de la astucia de Tardos. El ejército que habíamos deshecho era la flor y nata de la potencia bélica de Ikkarum y, aunque fácilmente, a causa de nuestra mayor velocidad, podíamos haberlos dejado atrás, tan parados como la Tierra con respecto a la velocidad de la luz, luego nos hubieran alcanzado y, para rescatar a las dos mujeres teníamos que desembarcar y luchar en tierra. En suma, eran unos cuantos millares de hombres-halcones con los que luego no tendríamos que luchar y al comprenderlo alabé mentalmente la astucia de Tardos.

Quedaban, como dije, unos pocos centenares. A pesar de que el Emperador de Kang era hábil y valiente —no en vano había llegado a tal puesto ganándose el trono en feroces luchas—, tenía mucho de exhibicionista y por ello su aparato era el más adornado y más lujoso, pareciendo un escaparate de joyería volante, por lo que los halcones supervivientes, agrupándose, lanzaron un desesperado ataque final, con ánimo de derribar nuestra nave. Si lo conseguían, habrían ganado una baza decisiva en la batalla que no hacía más que comenzar, ya que el ejército de Kang se quedaría sin su conductor.

Tabletearon los fusiles, aclarando enormemente las filas de los atacantes. Chispas de luz salieron de sus bocas, enviando proyectil tras proyectil al batallón de locos, que, como un rayo, se precipitó sobre nosotros.

Una tremenda pelea se entabló sobre nuestra nave, que comenzó a dar alarmantes bandazos. Los legionarios de la guardia de Tardos luchaban ferozmente, defendiéndose con las espadas y culatas de los fusiles de los lanzazos que tiraban los hombres-halcones, formándose una confusa mezcolanza de gritos, chillidos, imprecaciones y aullidos que ponía verdadero pavor en el ánimo.

Un legionario se desplomó a mi lado, atravesada la garganta por una lanza, y, mientras que su matador luchaba por desasirla, me lancé a fondo, clavándole mi espada hasta los gavilanes. Uno de los aletazos que dio en su agonía me derribó a un lado y yo caí sobre el conductor, quien perdió la estabilidad, haciendo entrar la nave en barrena.

De todas partes acudieron los aparatos a sostener el ataque y a ayudarnos. Nuestros enemigos iban disminuyendo en número, pero como si esto fuera un revulsivo en los que quedaban, redoblaron éstos su ferocidad, y en pocos minutos únicamente quedamos en pie,

cubiertos de sangre de pies a cabeza, propia y ajena, Tardos, el enmascarado, Barclay y yo, en un rincón de la nave, que continuaba cayendo sin gobierno, defendiéndonos con la energía que infunde la desesperación.

Desvié un golpe y decapité limpiamente a mi antagonista. Brotaron de su cuello sin cabeza dos surtidores de roja sangre y el tronco alado cayó a un lado. Otra lanza dirigida hacia mí fue partida por gala en dos, de un formidable tajo, pero el enemigo de turno se lanzó sobre mí, asiéndome con sus nervudos brazos y arrancándome del suelo, antes de que tuviera tiempo de atravesarlo.

Vi claramente sus intenciones. Una vez fuera de la aeronave, el hombre-halcón soltaría su presa y mi cuerpo se haría trizas contra el suelo, pero yo también me aferré a él con una poderosa llave que hice con mis piernas, en tanto que con las manos me asía a su cuello, intentando quitarle la respiración.

Boqueó mi contrincante en busca de aire y sus aletazos aumentaron en rapidez, como si con ello quisiera evitar la asfixia, pero mis dedos, en férrea tenaza, no lo soltaron, y, al fin, unidos en estrecho abrazo, comenzamos a caer.

Pero súbitamente nuestro descenso se interrumpió. Una nave de las de Tardos se había interpuesto en nuestra trayectoria y unas cuantas manos se apoderaron de mi rival, ya semiinconsciente. Antes de que pudiera recuperarse, media docena de espadas lo traspasaron y su cuerpo, ya inerte, fue arrojado sin la menor compasión por encima de la borda.

Miré ansioso hacia el lugar en que suponía debía hallarse mi amigo. La nave de Tardos caía hacia abajo y el corazón se me oprimió, pero de repente una furibunda palmada en mi espalda casi me derribó.

—¡Estoy aquí, compadre!

Me volví. Tardos, el de la negra capucha y Cass acababan de saltar a bordo, entrando por la parte opuesta, y la verdad, aunque nos hubiéramos peleado antes a muerte, eso no obstaba para que sintiera un verdadero afecto por el G. I. Me alegré sinceramente.

—Cuando ya me veía convertido en una tortilla, unas cuantas naves nos sacaron del apuro. Llegaron justamente a tiempo —me aclaró, mas en aquel momento alguien gritó:

—¡Ikkarum!

Movidos por la curiosidad, Cass y yo nos asomamos a la borda. El reino de Ikkar era algo impresionante. Un espectáculo digno de contemplarse con más tranquilidad que la que podíamos tener nosotros en aquel momento.

Era un cráter, pero ¡qué cráter! Mediría más de cien kilómetros de diámetro y las paredes que lo delimitaban, abruptas, inaccesibles para quienes no dispusieran de alas, se alzaban sobre el nivel del valle central, a más de veinticinco mil metros de altura, destacando sus grises, blancos, rojos, pardos tonos, de las distintas clases de roca, sobre el intenso verdor del suelo horizontal, regado por infinidad de arroyos de plata.

Comenzamos a descender en cerrada formación, aumentando la velocidad en todo cuanto permitían las máquinas de los aparatos. A medida que perdíamos altura, podíamos ver los negros orificios en las paredes del cráter que eran los habitáculos de los hombres-halcones, pero el conductor de nuestra nave, siguiendo las indicaciones de Tardos, se encaminó sin vacilar hacia un punto que fue aumentando rápidamente de tamaño.

Por la forma debía ser el palacio de Ikkar. En la pantalla televisora, dotada de teleobjetivo, pude admirar las ricas esculturas, talladas en la misma roca, que eran las paredes verticales de la residencia del rey de los hombres-halcones, pero no tuve tiempo para admirar tal muestra de arquitectura, porque una serie de rayos comenzó a salir por multitud de orificios, encaminándose a nuestros aparatos.

Muchos de ellos fueron alcanzados, pero en lugar de ser derribados, fueron atraídos hacia el muro, de la misma forma que si fuera un cabo de remolque. Irresistiblemente succionadas por aquella misteriosa fuerza de atracción, volaron raudamente a su trágico destino, a pesar de los frenéticos esfuerzos de sus pilotos para escapar a tan horrorosa suerte, estrellándose contra la roca, en medio de cegadoras llamaradas y estruendosas explosiones.

Pero por nuestra parte no tardó en llegar la correspondiente respuesta. Los rayos electromagnéticos habían destruido muchas naves, pero todavía quedaban más y éstas comenzaron a disparar, por los cañones que súbitamente habían surgido en las proas de los aparatos, proyectiles de alto poder explosivo, que atravesaron el aire, aullando estrepitosamente.

El alarido provocado por el desplazamiento de las capas atmosféricas causado por centenares y centenares de granadas, cuyos artilleros

habían elegido previamente su blanco, aumentó hasta llegar a límites realmente insospechables, pero se apagó repentinamente cuando aquéllas llegaron a su destino.

Un trueno profundo, ensordecedor, de pavorosas dimensiones acústicas, resonó cuando mil proyectiles, sin solución de continuidad, estallaron en los blancos prefijados, cegando las bocas de los proyectores de rayos electromagnéticos que rodeaban al palacio de Ikkar.

Miles de toneladas de tierra y rocas se desprendieron, en incontenible alud, cientos de metros abajo, levantándose una espesísima nube de polvo, que durante unos momentos ocultó por completo la visión. Y, aprovechándonos del improvisado enmascaramiento, comenzamos a saltar de los aparatos que habían conseguido tomar tierra.

Todavía algunos de ellos cayeron derribados por algunos proyectores no destruidos, pero fueron los menos. El grueso de nuestro ejército, aun habiendo sufrido una elevada proporción de pérdidas, estaba ya organizándose y dispuesto para el ataque final.

Tardos lo condujo. Colocándose en cabeza, guió, en irresistible marea de combatientes, a sus hombres, arrollando fulminantemente las vanguardias de hombres-halcones que habían sido enviadas contra nosotros, para contener el primer embate.

Apenas nos detuvimos. Así como el hierro caliente atraviesa fácilmente un bloque de mantequilla, de la misma manera pasamos nosotros a través de la línea defensiva enemiga, que quedó rota, desarticulada en pocos minutos, quedando la mayoría de sus componentes esparcidos en trágicas posiciones en el suelo, debiendo ser rematados por los que nos seguían, ya que, aunque no podían volar, no por ello cesaban de hostigarnos, y en un momento estuvimos en los primeros peldaños de la gigantesca escalinata que daba acceso, concluyendo en una puerta de colosales dimensiones, en cuya entrada se hallaba apostado lo más florido de la guardia de Ikkar y, aleccionada por lo que les había ocurrido a sus compañeros de vanguardia al ser recibidos con los proyectiles paralizantes, cubiertos de unas ligerísimas corazas que les ocultaban la mayor parte de su organismo, a excepción de las alas, pero en las que las balas no surtían efecto por desintegrarse apenas tocaban un obstáculo.

Un espeso muro de lanzas con bordes aserrados nos cerró el paso. Sostenidas firmemente por la mano de los guerreros, nos hicieron vacilar un momento a los que íbamos en vanguardia, pero en aquel

momento Tardos dio una orden, y nos hicimos a un lado.

Un nutrido pelotón de ballesteros hizo irrupción en el lugar que acabábamos de ocupar y las cuerdas de los arcos vibraron sonoramente cuando cientos de saetas fueron despedidas, yendo a clavarse en los pechos y vientres de los hombres-halcones de la primera fila, derribándolos en medio de una espantosa confusión, muertos o heridos la mayoría, haciendo vacilar a los que se hallaban detrás, cuyo psicológico momento supo aprovechar bien Tardos que lanzó sus huestes al ataque, sin que nos quedáramos, ni mucho menos, rezagados Cass y yo. Pero sí me di cuenta de que el encapuchado procuraba esquivar la pelea, metiéndose en medio de grupos de guerreros de Kang, que con sus cuerpos le protegieran de los lanzazos enemigos.

Un feroz cuerpo a cuerpo se trabó en la entrada del palacio de Ikkar. Una lucha sin cuartel, sin compasión, en la que el vencedor no perdonaba la vida al vencido, ni éste pedía gracia, antes al contrario, procuraba matar en medio de los espasmos de su agonía.

Más de una vez me rozaron los cortantes bordes de las lanzas de Ikkarum, llenándome el cuerpo de sangre, pero llegó el momento en que el mismo vaho rojizo que se desprendía del líquido vital derramado nos enloqueció a todos y ya la batalla, si había sido encarnizada hasta aquel momento, se convirtió en una lucha que no hay manera de describir.

Todos atacábamos a la vez.

Avanzando a través de charcos de sangre, cuerpos despedazados, horriblemente mutilados, venciendo la sobrehumana resistencia que nos ofrecían los alados guerreros, matando, degollando, golpeando sin parar, tirando incesantes tajos y estocadas, logramos por fin, al cabo de homéricos esfuerzos, romper aquella línea de defensa y, cuando lo logramos, el enemigo, desmoralizado ya, emprendió, no una retirada, sino una huida desordenada, lo cual nos animó más y más todavía.

Como un irresistible torrente en la época de la fusión de los hielos para el que no hay dique posible, así atravesamos nosotros el enorme vestíbulo, sin fijarnos tampoco en las maravillosas esculturas, también labradas en la roca, obra de artífices que existieron numerosos siglos atrás, y buscamos, guiados por Tardos, que, por haber estado en Ikkarum con anterioridad, conocía aquello, las habitaciones del rey de aquella extraña tierra, en las que esperábamos encontrar a Clara y Tanna.

Esperábamos hallarlas y no quedamos defraudados. Solamente estaban allí Ikkar y su hijo, uno a cada lado de ellas.

Clara lanzó un grito de alegría y yo también, pero me quedé helado de pavor cuando vi que la punta de una lanza hacía presión en su costado. Resonó una sonora carcajada. La había proferido Ikkar.

—¡Largo! Largo de aquí o mataremos a las prisioneras. Podremos morir nosotros, pero antes tendremos el tiempo suficiente para atravesarlas con nuestras lanzas.

—¡Escucha un momento, Ikkar! —Tardos avanzó un paso hacia él.

—¿Qué quieres? —Una de las cosas de que me había provisto y no había soltado por ningún concepto, sólidamente sujeto a mi cinturón, era un traductor, y así pude seguir la conversación, desarrollada en el monosilábico idioma kangiano.

—Sabes que no puedes hacer nada. Tu ejército está aniquilado y sus restos dispersos. Te doy la oportunidad de rehacer tu reino y volver a ser el gran rey de Ikkarum, si accedes a devolverme las prisioneras.

Ikkar volvió a reír, atronando el espacio con sus sonoras carcajadas.

—¿Crees que soy tonto, Tardos? Te conozco demasiado bien. En cuanto accediera a tus pretensiones podría contarme entre los muertos. No. No —repitió; riendo sin cesar—. Marchaos. Estas dos mujeres son nuestras. Nos pertenecen por derecho de conquista y ellas son las que perpetuarán nuestra estirpe. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —gritó finalmente con voz estentórea.

Realmente era una solución sin salida, un verdadero atasco y no veíamos la manera de recuperar a las dos cautivas, hermosísimas en su marmórea palidez, pero como si el grito último de Ikkar hubiera sido una señal, un trueno sordo y prolongado comenzó a oírse inmediatamente.

El ruido aumentó de volumen y de repente sentimos vacilar nuestras piernas. Una ligera grieta se abrió en el pavimento y del techo empezaron a caer hilillos de polvo y algunas piedrecitas pequeñas.

El trueno se hizo prolongado, altamente uniforme en su potencia, al mismo tiempo que las paredes del palacio empezaban a combarse o a agrietarse con trágicos chasquidos.

—¡Un terremoto! —exclamó alguien, y una nueva sacudida, esta vez

mucho más fuerte que las anteriores, nos derribó a todos, de costado, por tierra, al mismo tiempo que del techo caían fragmentos de material cada vez mayores y los estallidos de las rocas fracturadas aumentaban su ruido de una manera aterradora.

Súbitamente se oyeron gritos en el exterior y un guerrero entró vociferando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡El palacio se hunde! ¡Sálvese quien pueda!

Pero yo estaba decidido a no marcharme de allí sin mi amada y, con la espada presta, avancé hacia el lugar en que estaba ella, dispuesto a entrar en combate con el hijo de Ikkar, cosa que no me hizo falta, porque durante aquellos momentos de confusión un pedazo de mármol le había abierto la cabeza, matándolo en el acto.

Me dirigí entonces hacia su padre.

Ikkar se dio cuenta asimismo de lo ocurrido a su hijo y no intentó siquiera defenderse. Cass y yo tomamos en brazos a las dos mujeres y, seguidos por Tardos, echamos a correr hacia la salida del palacio, que se iba derrumbando cada vez más aparatosamente, esquivando los obstáculos que se alzaban a nuestro paso, como consecuencia del hundimiento de las bóvedas.

Sentí los cálidos brazos de Clara arrollarse en mi cuello y aquello me infundió las energías necesarias para llegar hasta la nave que nos aguardaba, la que, tras meternos en su interior, comenzó a elevarse.

Mientras huíamos de aquella incomparable catástrofe sísmica que estaba destruyendo a Ikkarum, mis ojos presenciaron algo que no se borrará jamás de mi mente. En medio de los enormes fragmentos de roca, lienzos enteros de muralla que se abatían desde millares de metros de altura, Ikkar, perdido el dominio de sí mismo, bamboleándose de vez en cuando, hizo su aparición con el cadáver de su hijo en brazos.

Los desprendimientos aumentaban de una manera prodigiosa. No podíamos hablar siquiera, porque el ruido era tan intenso que, a pesar de la distancia cada vez mayor que nos separaba del suelo convulsionado, nos maltrataba duramente los tímpanos con sus ondas sonoras crecientes en volumen a cada segundo que transcurría. Y en aquel momento, toda la fachada del palacio de Ikkar, una fachada que mediría un par de miles de metros de altura por otros tantos de anchura, se desplomó en bloque, como si fuera la página de un gigantesco libro, haciendo desaparecer bajo su apocalíptico

derrumbamiento a Ikkar y su hijo, que se desvanecieron tras la nube de polvo que se elevó a continuación.

Por todas partes se derrumbaban trozos enteros de montaña. Picos de miles de metros de altura caían como simples castillos de naipes, arrastrando aludes rocosos inconmensurables, en medio de un fragor imposible de describir. La tierra se abría por todas partes en el valle, saliendo lenguas altísimas de humo y llamas de su interior, confundiéndose con la espesa niebla que se levantaba de la roca pulverizada, atomizada. Pero todo ello desapareció muy pronto de nuestra vista, cuando la nave, a una orden de Tardos, emprendió raudo vuelo hacia Kang. Y entonces, de todos los pechos de cuantos estábamos a bordo, salió un ancho suspiro de alivio y satisfacción.

CAPÍTULO X

Estábamos descansando de las fatigas pasadas y a fe que nunca estuvo mejor empleada la expresión. Clara y yo, amándonos intensamente, estábamos en una de las terrazas del palacio de Kang, contemplando distraídos el riente paisaje que se contemplaba desde allí, paisaje que no hubiera tenido tacha a no ser por el peculiar tono rojizo del cielo de Kang.

—¡Qué extraño, Chris! Resulta agobiador, lúgubremente pesimista, deprimente este cielo —dijo Clara.

—Sí. Algo así debió contemplar el Faraón que quiso impedir el Éxodo —murmuré, sintiéndome también aplanado por aquella atmósfera, cada día más sofocante.

Un sordo rumor se oyó a lo lejos. Se acercó, en suaves ondulaciones, aumentando hasta el punto en que nos hallábamos, para alejarse luego de la misma forma, en dirección opuesta, y Clara no pudo evitar el oprimirse contra mí.

—Tengo miedo, Chris —musitó—. Estos ruidos, estas convulsiones de la tierra me hacen presentir algo funesto, fatídico.

—¡Vámonos dentro, cariño! —dije, rodeándole el talle con el brazo, procurando animarla—. Debes desechar esos pensamientos. Los

terremotos ocurren porque Kang debe ser un planeta moribundo, cuyas capas interiores se están enfriando y al perder grados de temperatura, la masa mineral sufre tremendas contracciones que motivan todas estas sacudidas sísmicas al producirse en el interior del globo gigantescos hundimientos.

No conociendo lo que pasaba, la teoría era correcta. Pero la realidad era muy diferente. Sin embargo, todavía no lo sabíamos, aunque no tardaríamos mucho en conocer la terrible verdad.

Creía sinceramente que la muerte de Kang iba a ser cosa de largos siglos y que, por lo tanto, no teníamos por qué preocuparnos, máxime cuando un día u otro deberíamos abandonar aquel mundo perdido en el Universo. Y todavía había otra cosa que me intrigaba, aunque embargado en la intensidad de mi amor, no le di entonces ninguna importancia.

Desde que regresáramos de Ikkarum, dejando detrás de nosotros un mundo de desolación y ruinas geológicas, el profesor Craig se había sumido en sus estudios y apenas se dejaba ver. Andaba por todas partes, merced a la protección dispensada por Tardos, insólitamente benévolo, con una nave y hombres que le servían de auxiliares en sus trabajos, a su disposición, y apenas si teníamos noticias de él. Las pocas ocasiones en que tuvimos que cambiar unas palabras, me dio la impresión de hallarse hondamente preocupado, sumido en agobiadores pensamientos, y apenas si contestó con gruñidos que querían ser monosílabos a mis palabras de saludo. Pero, como yo me hallaba en el mejor y más feliz de los mundos, no di gran importancia al detalle. Así me fue mejor y los días transcurrieron sin una sola nube en el cielo de nuestro mutuo amor.

Regresando hacia el interior, nos tropezamos con Cass y Tanna. La princesa me dirigió una melancólica mirada en la cual no fingí reparar, pero también me di cuenta de que Barclay se estaba ganando poco a poco su corazón. Esto me quitó un peso de encima, pues, a decir verdad, no sé qué es lo que hubiera hecho, si ella hubiera insistido en sus pretensiones amorosas, en las que había cesado a raíz de la batalla sostenida contra los hombres halcones y de la que voces extrañas le habían cantado el singular valor desplegado en la empresa de su rescate por su admirador y, ¿por qué no decirlo?, de su más apasionado adorador, lo cual hizo infiltrar, lentamente, con seguridad, en el corazón de Tanna, el incuestionable hecho de que tenía que ser la esposa de Cass un día no lejano. A esto ayudaba no poco el respeto que ella sentía por las tradiciones de su pueblo y que ordenaban se entregara al que la hubiera ganado en los Grandes Juegos, en los que

había sido ofrecida como prenda al campeón y, aunque en realidad no lo había habido, desde el primer momento yo renuncié a su mano, absorbido por completo en el amor de Clara, al que ésta me correspondía plenamente, sin restricción alguna.

Durante la comida me di cuenta de que Tardos dirigía furtivas miradas a Clara. Ello me dio motivos en qué pensar, pero pronto lo olvidé y, en unión de Cass, tras despedirnos de nuestras respectivas amadas, nos fuimos al cuarto que ocupábamos en común, dispuestos a recuperar las energías gastadas durante el día en un tranquilo y reparador sueño.

Pero yo no podía dormir aquella noche. Al tiempo que nos retirábamos a descansar, nos habíamos cruzado con el profesor Craig, el cual, según la última costumbre adquirida, nos había soltado un bufido y no de descortesía sino de preocupación, en lugar del saludo correcto. Ya llevaba varias semanas así —digo semanas empleando medidas terrestres de tiempo—, y aquello, la verdad, me tenía harto mohíno. Como se me metió en la cabeza no pude conciliar el sueño y, sin saber qué hacer, se me ocurrió levantarme y salir a dar un paseo.

La temperatura en el interior de la cámara era sofocante. Maravillosos inventores en unas cosas —el traductor automático de idiomas, por no mencionar más cosas, lo demostraba—, no se les había ocurrido construir algo tan elemental como un acondicionador de aire. Pero de ello tenía únicamente la culpa su peculiar idiosincrasia. Estoy seguro de que ni siquiera se les había ocurrido, aunque luego me di cuenta, como se verá, de que no había habido tiempo para tal cosa.

Salí a dar un paseo por la terraza, lamentando no tener a mano algún cigarrillo. El cielo estaba oscuro, mas no totalmente negro, sino rojizo en retazos, cruzado a ratos por cárdenos y deslumbradores relámpagos que no podían saberse de dónde procedían, ya que no había la menor sombra de nube en la atmósfera.

Caminando inconscientemente, absorto en mis pensamientos, la mayoría de los cuales se referían a planes que hacía para nuestra felicidad futura, llegué a un sitio en el que dos hombres discutían acaloradamente, aunque en voz baja. Sin embargo, no era obstáculo para que las sílabas llegaran claramente articuladas a mis tímpanos y, aunque mi primera intención fue retroceder, ya que no tenía ningún deseo de escuchar su polémica, que ellos continuaban sin darse cuenta o sin hacer caso de mi presencia, cuando ya estaba a punto de dar media vuelta, me quedé clavado en el suelo.

¡AQUELLOS DOS HOMBRES HABLABAN EN MI IDIOMA!

Descarté rápidamente todas las posibilidades. Cass no podía ser, puesto que acababa de dejarlo plácidamente dormido. Solamente quedaba el profesor, cuya voz reconocí al instante; pero, ¿quién diablos era el otro? No era un habitante de Kang que hablase por medio del traductor, lo que fácilmente hubiera reconocido por el metálico tono del altavoz, pero de una cosa estaba cierto y era que solamente cuatro personas en aquel mundo perdido éramos las únicas que hablábamos inglés: el profesor, Clara, Barclay y yo.

El otro era un hombre y su tono me resultó absolutamente desconocido. De modo que, procurando fundirme con las sombras, escuché su conversación. Era el profesor quien interrogaba en aquellos momentos.

—¿Cómo pudo usted llegar hasta Kang?

—No olvide, profesor —le respondía el desconocido—, que una de mis especialidades es la astronomía y que yo conocía el paso de este planeta cortando la órbita del nuestro. No me resultó nada difícil calcular el momento exacto y salir con una astronave a su encuentro. Tenía curiosidad por conocer a los habitantes de este mundo extragaláctico, calificación que le aplico teniendo en cuenta que no pertenece a nuestro sistema. Pero nunca pude suponer encontrarle a usted aquí, Craig, y a fe que ha sido una gran alegría para mí.

—No opino yo lo mismo —respondió el profesor con aspereza.

El otro se echó a reír.

—Lo comprendo, Craig, lo comprendo. Pero ahora creo que deberíamos echar pelillos a la mar, como vulgarmente se dice, y hacer un intercambio de conocimientos.

—¿Intercambio de conocimientos? —repitió desdeñosamente el profesor—. ¿Qué clase de conocimientos?

—Usted lo sabe mejor que yo, profesor. Demasiado supone qué es lo que quiero conocer.

—¡Jamás! ¡Es un invento mío y no consentiré que hombres sin escrúpulos como usted se aprovechen de él! —denegó Craig apasionadamente.

En el tono del interlocutor del profesor se advertía ahora una nota ominosa:

—¿Se ha dado cuenta de que he conseguido hacerme indispensable para Tardos? A pesar de su civilización, en algunas cosas son tan poco instruidos como los antiguos romanos, cuya indumentaria han adoptado. Tardos sabe que yo soy un técnico y que todavía conseguiré mejorar muchas de sus cosas, por lo que no hace más que adularme. Si consigo el secreto de su invento, profesor, podemos repartirnos los beneficios a medias. ¿No se ha dado cuenta de que los brillantes y el oro andan aquí a patadas? Un par de años aquí, en Kang, y volveremos a la Tierra como diez Cresos. Pero necesito su invento para ello, profesor. Por las buenas o por las malas.

Ahora fue Craig quien rió.

—¿Dos años? ¿Dos años? —repitió—. ¡Iluso! ¿Sabe usted si los va a vivir siquiera?

—¿Por qué no? No hay ninguna guerra. Me encuentro perfectamente sano.

Craig seguía riendo y ninguno de los dos, ni el desconocido ni yo, acertábamos a comprender el sentido de su risa. Sobre todo el otro estaba lo que se dice absolutamente desconcertado. Volvió a inquirir:

—¿Por qué dice usted que no voy a vivir dos años?

—No solamente usted, sino todos cuantos nos encontramos en la superficie de Kang. ¿A qué se deben, si no, tales convulsiones geológicas?

—Supongo… —empezó a decir el otro, pero Craig le cortó sin ninguna cortesía:

—No suponga nada, porque no acertará por mucho que se exprima sus cien gramos de materia encefálica. Toda la vida estaría pensando en ello y no sería capaz de dar con la solución. Pero le daré un indicio. ¿Sabe usted cómo funciona siquiera una bomba atómica?

—Es claro, pero no veo…

—Yo sí —la voz de Craig era firme—. Es muy sencillo… cuando se ha dado con la idea. Hasta entonces, a las primeras explosiones que ocurrieron al final de la II Guerra Mundial, en el año 1945, costó mucho trabajo. Lo demás ha sido coser y cantar y hacer bombas atómicas cada vez más potentes o empleando otros materiales fisionables, como el hidrógeno, capaces de liberar una cantidad infinitamente superior de energía a la del uranio-235.

—Sigo sin comprenderle, profesor.

Ahora hablaba éste como si se encontrara en su cátedra:

—Tomemos una esfera de uranio-235, o de plutonio. Como usted quiera, me es indiferente. Aquellas de que le he hablado tenían, como lo que diremos argumento principal, una esfera de uranio puro, inferior a la masa crítica, que, para dicho material, es de doce kilogramos. Es lógico que había que llegar a dicha masa crítica, para provocar la desintegración del átomo de U-235, y con ella la explosión. ¿Cómo se logró? Muy sencillo. Disponiendo en derredor de dicha esfera de metal fisionable una serie de diminutos cañones rayados, saliendo de ella en todas direcciones. Cada uno de ellos era una pistola que disparaba un solo proyectil: otra esférula mucho más pequeña, también de uranio, con objeto de llegar a la masa crítica. Era un mecanismo relativamente sencillo, pero delicadísimo, y, sobre todo preciso. Debía estar ultrasincronizado, con objeto de que las masas menores de uranio chocaran con la mayor en el instante deseado pero todas al unísono, sin que hubiera una diferencia de una centésima de segundo. Un circuito de encendido se encargaba de hacer los primeros disparos, los de los cañones rayados y, en cuanto la esfera grande de uranio había llegado a la masa crítica, ¡booom!, la explosión se había producido.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto de que estábamos tratando? —inquirió el otro, con mal disimulado enojo.

—Nada —repuso con una conejil risita Craig—. Nada, excepto que el interior de Kang es un inmenso depósito de uranio casi puro, desprendiendo neutrones constantemente y causando explosiones parciales que determinan estos terremotos que sacuden continuamente la corteza superficial de Kang. Pero, o mucho me engaño, no tardaremos mucho en volar por los espacios, convertidos en menos que polvo. Hasta ahora las explosiones nucleares autoprovocadas, por decirlo así, se han reducido a los límites de las inmensas cavernas naturales de Kang. Pero ha de llegar un momento en que las paredes de uno de estos cubículos ceda; la desintegración, la reacción en cadena se produzca y entonces, ¿se da cuenta usted de lo que pasará?

Yo no sé si el rival dialéctico de Craig se dio cuenta. De mí sé únicamente decir que se me erizaron los cabellos, un sudor frío brotó instantáneamente de mis poros y las piernas se me convirtieron en sendos bloques de gelatina a menos de un metro de la boca de un horno. La lengua me aumentó de tamaño súbitamente y la boca se me secó como si jamás hubiera tenido saliva. ¿Miedo? Sí. Lo confieso. Un

miedo, un pánico abyecto y cerval se apoderó de mí al momento y, sin preocuparme si hacía o no ruido, me retiré a mi cámara, en la que, a pesar de echarme en la cama, no pude conciliar el sueño.

Pasé la noche dando vueltas; mas, apenas lució el nuevo día, me fui en busca de Craig. Y, aunque se sorprendió enormemente de que me hubiera enterado de su conversación, no por eso dejó de confirmármelo, en presencia de otro personaje tan atónito como yo, a quien quise tener al corriente de lo que pasaba.

—No hay más que una solución, profesor, y es largarnos cuanto antes de aquí. No debemos aguardar un minuto más.

—Si, pero hay un punto a tratar: ¿nos dejará marchar Tardos?

Cass Barclay sonrió indefinidamente:

—Tengo un viejo amigo que le convencerá. Una cosa que escupe seiscientos proyectiles por minuto, pero con que dispare seis en un segundo, si dan en el blanco, caso de que el "blanco" se muestre tozudo, tengo más que suficiente. Vayan hacia allí. Yo llevaré a las chicas.

Cass tenía razón. En cualquier momento podría ocurrir la tan temida explosión y ésta sería súbita, repentina, sin que tuviéramos tiempo de enterarnos siquiera. Las explosiones en el interior de Kang continuaban resonando sordamente y, a lo que parecía, ganando terreno constantemente. De modo que Craig y yo corrimos hacia el lugar en que habían depositado su nave, cerca del palacio de Tardos, trayéndola del lugar en que desembarcáramos por primera vez, dispuestos a subir a ella y tener todo listo para cuando Barclay llegara con las dos muchachas.

Pero cuando llegamos allí, nos llevamos la gran sorpresa, para mí a medias, porque dos segundos después de ver al hombre enmascarado, manejando los controles de la nave de Craig, me enteré de su identidad.

—¡Stanislas Caddo! ¿Qué demonios haces ahí, miserable?

¡Caddo! ¿De modo que había sido el rival científico de Craig quien había tenido las culpas de nuestras desventuras? En un segundo lo comprendí todo, y, loco de ira, me abalancé sobre él, para detenerme al instante, rodando por el suelo, cuando, extrayendo de debajo de su túnica una pesada pistola automática, me derribó de un balazo que me durmió el hombro.

—¡Canalla...! —rugió Craig, pero el otro, quitándose la negra capucha, sonrió siniestramente.

—Me llevarás contigo o te mataré, Craig.

—Tú también morirás, Caddo. No sabes manejar mi máquina.

—Es probable. Pero creo que me dará tiempo a desentrañar su misterio. Por lo menos, salir de este volcán que está a punto de estallar. ¡Y que me voy pobre! —dijo complacido, golpeando con el pie un pesado saquete que tenía al lado y que aprecié estaba repleto de piedras preciosas.

—Me niego, Caddo. Soy testarudo y jamás te traspasaré el secreto de mi nave.

Empezó a dolerme mi hombro y, mal que me pesara, tuve que preocuparme de él. No obstante, me di cuenta de que la discusión entre ambos sabios estaba aumentando de tono, con lo cual no podía ocurrir más que una cosa: que Stanislas Caddo se hartara y metiera un balazo entre ceja y ceja al obstinado Craig, pero súbitamente varió la situación.

Alguien hizo irrupción en el interior de la cabina. Cass Barclay, con su metralleta colgada del hombro, en sentido horizontal, quien, atónito, sin comprender exactamente lo que ocurría, inquirió:

—¿Qué fiesta tenemos ahora, profesor?

Pero Caddo interpretó mal sus intenciones y, perdiendo los estribos, hizo fuego. En circunstancias normales, Caddo, hombre dedicado a la ciencia, no hubiera sabido distinguir una pistola de una cigarrera, pero en aquella ocasión sonó la flauta y la pesada bala impactó en pleno pecho de Cass, que palideció y vaciló.

También vaciló Caddo, evidentemente sorprendido, a pesar de sus anteriores bravatas, mas la duda le fue fatal, porque Barclay oprimió el gatillo de la "Thompson" y una serie de detonaciones atronó el interior de la cabina, alcanzando de lleno a Caddo, quien se retorció convulsivamente sobre sí mismo a medida que iba recibiendo los sucesivos impactos, lanzando horrorosos gritos de dolor que muy pronto se convirtieron en agónicos estertores. Abriendo los brazos, se desplomó de cara al suelo, entrando en la inmovilidad absoluta pocos segundos después.

Entretanto, Cass, perdiendo las fuerzas, había caído hacia atrás. Me

precipité en su auxilio, dominando mis dolores, sacando fuerzas de flaqueza, pero ya estaba en brazos de Tanna. Clara estaba a su lado.

—¡Qué mala suerte, compadre...! —gimió Barclay—. Ahora... ahora que teníamos la... la salvación al alcance... de... de la mano...

Un enorme temblor de tierra se dejó sentir, en medio de una serie de espantosas detonaciones que provenían de las profundidades de Kang. Echando el inerte cuerpo de Caddo fuera de la nave, Craig gritó:

—¡Pronto! ¡Marchémonos de aquí!

Tomé la mano de Clara, haciéndola pasar al interior, y luego me volví para ayudar a Cass a subir a bordo. Pero éste, con una espumilla sanguinolenta en los labios, denegó:

—Yo ya estoy listo... compadre... Me... me quedo... ¡Tanna!

—¿Qué quieres, Cass? —preguntó la princesa, arrodillada, teniéndole la cabeza entre las manos.

—¡Anda... marcha... márchate antes de que sea tar... tarde...! Todavía... estás a tiempo de salvar la... la vida...

Ella movió los oscuros cabellos al negarse.

—No, Cass. Tu suerte será la mía. Vivirás o moriremos. Me ganaste en los Grandes Juegos y la mujer del campeón debe seguir la suerte de su marido.

Cass oprimió suavemente la mano de Tanna.

—Eres... eres muy buena... ¡Adiós, Chris! ¡He... he pasado unos ratos estupen... estupendos contigo...!

Ya estaba en la puerta de "Chronos". Comprendí que sería inútil tratar de llevármelos. Cass no tenía remedio y Tanna, siguiendo su tradición, prefería morir con él. Alcé una mano en el saludo definitivo y ellos me contestaron, animosos, sonrientes, sin el menor temor por su futuro.

La puerta de "Chronos" se cerró y perdimos a Kang de vista. Unos brazos me rodearon el cuello y los frescos labios de Clara oprimieron los míos.

* * *

Añoro los felices tiempos aquellos. Con Clara a mi lado, y el profesor refunfuñando cuando alguno de nuestros vástagos —media docena, ¡Señor!— le juega una trastada. Los primeros días me decía:

—Hay que devolver a Clara a su época.

—Usted está a sueldo de Robespierre, profesor. ¿Quiere que me la envíen a la guillotina, sólo por un capricho suyo?

—Pero...

Me marchaba sin hacerle caso, y es que decía sus palabras de labios para afuera. En realidad, nos había tomado un gran cariño y nos consideraba como sus hijos, y a los nuestros como sus nietos.

Vivimos pacíficamente, gracias a Dios. Y ricos. Aquel saquete que Caddo quería llevarse de Kang, nos vino a nosotros de perillas, digamos las cosas claras.

De vez en cuando, por la noche, cuando la chiquillería duerme, rodeando el talle de Clara, cada día más hermosa, fumándonos unos cigarrillos, el profesor y yo recordamos a Cass y su adorada Tanna, de la que hablamos sin que mi mujer sienta los menores celos.

—¿Qué habrá ocurrido en Kang? ¿Se habrá desintegrado al fin?

—Seguramente. Era el término natural de aquel globo. Y si te molestas en leer los periódicos de finales de mayo y principios de junio de 1955, te darás cuenta de que en aquellas épocas se hizo el descubrimiento de una "supernova". Una estrella que había aumentado miles de veces, millones quizá, su brillo. Kang estallaría y se convertiría en una súbita luminaria vista desde aquí iluminando su espacio.

—Pero, por muy grande que fuera el imperio de Tardos, no es lo suficiente para adquirir tal magnitud lumínica —objeté.

—Estoy seguro de que la explosión se propagó a todos los planetas que lo rodeaban. Una explosión de tal índole en las proximidades de nuestro sistema, cercana al Sol, podría tener para nosotros graves consecuencias, las mismas que habrán sufrido todos los mundos vecinos a Kang.

No tuve ya nada más que decir. Lamenté infinito que Cass y Tanna no

estuvieran con nosotros. ¿Qué suerte habrían corrido? ¿Habrían logrado salvar su vida? ¿Tuvieron tiempo de huir o, por el contrario, murieron en el pavoroso incendio que sucedió en aquella parte del Universo al desintegrarse Kang?

Éstas son preguntas a las que no he conseguido hallar la adecuada respuesta todavía. El misterio de la suerte que corrieron tan excelentes amigos seguirá siendo un arcano indescifrable para mí. Sólo lo sabré cuando mi vida se extinga. Pero junto a Clara no tengo el menor temor al porvenir. Envejeceremos juntos y, cuando ya seamos dos ancianitos, rodeados de descendientes que nos pedirán contemos las aventuras que corrimos en nuestra juventud, el recuerdo de aquellos dos seres que prefirieron la muerte a la separación, continuará vivo en nosotros, como el día en que nos vimos por última vez

FIN

[1] El verdugo de París durante la Revolución.